Una señorita muy poco victoriana



Los diarios de EMMA M. LION

vol. 3

Beth Brower

Una señorita muy poco victoriana



Los diarios de EMMA M. LION

vol. 3

Beth Brower

Los diarios de EMMA M. LION vol. 3

Beth Brower

Traducción de Isabel Murillo

SUMA de letras

Emma M. Lion

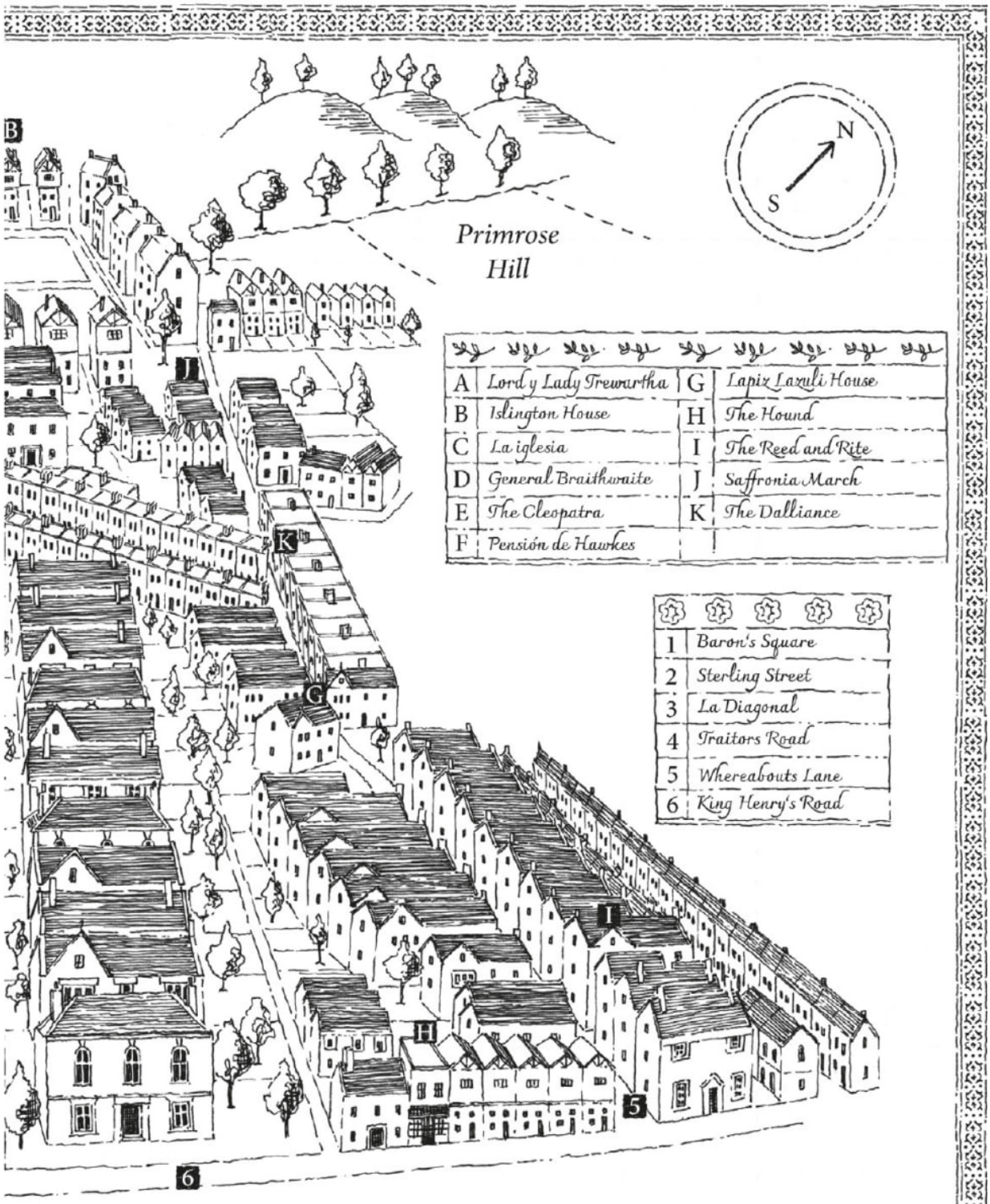
querría dedicar sus diarios a todos aquellos
que tengan la osadía de leerlos.

Comprende la tentación de hacerlo.

Y, aunque nada bueno podría salir de tal indiscreción,
quien los lea se lo pasará en grande.

ST CRISPIAN'S





A	Lord y Lady Trewartha	G	Lapiz Lazuli House
B	Islington House	H	The Hound
C	La iglesia	I	The Reed and Rite
D	General Braithwaite	J	Saffronia March
E	The Cleopatra	K	The Dalliance
F	Pensión de Hawkes		

1	Baron's Square
2	Sterling Street
3	La Diagonal
4	Traitors Road
5	Whereabouts Lane
6	King Henry's Road

Personas de interés mencionadas con anterioridad

Emma M. Lion: *Yo, por supuesto. En vías de recuperar Lapis Lazuli House.*

Archibald Flat: *Tramposo, ladrón, villano. Una plaga universal para la humanidad.*

Prima Matilde: *Hermana mayor de Archibald. Ogresa.*

Lady Eugenia Spencer: *Mi imponente tía. Leal, aunque no cariñosa.*

Damian Spencer: *Mi primo mayor, actualmente escondido en el continente.*

Arabella Spencer: *Diosa divina. Belleza radiante. Mi cómplice.*

Parian: *Ayuda de cámara, mayordomo, hombre insufrible. Encima, haragán.*

Agnes: *Fregona, cocinera. Mal pagada. Opiniones extrañas. Escocesa. Maravillosa.*

Niall Pierce: *El Inquilino. Píramo demostrado. Sigue rodeado de misterio.*

Joven Hawkes: *«El Formidable Nigel Hawkes». El insólito vicario de St. Crispian's.*

Duque de Islington: *Me desaprueba. Bien educado, creo.*

El Romano: *Fantasma residente de St. Crispian's al que aún no he visto en persona.*

Mary Bairrage*: Compañera superviviente de Fortitude, escuela*

preparatoria para señoritas.

Jack Hollingstell: *Primo ficticio de Mary. Un libertino. Le debo dos favores.*

Roland Sutherland: *Némesis de la infancia convertido en apuesto dios Sol*.

Saffronia March: *Vieja amiga. Artista. Actualmente está pintando en Italia.*

Phineas y Oliver Brookstone: *Gemelos. En huida del matrimonio. Divertidísimos.*

Señorita Hunt: *Antipática. A la caza de marido. Le tiene echado el ojo a Roland.*

George West: *Posible marido para Arabella. Le encantan los mapas y los guisantes de olor.*

Charles Goddard: *Alto, delgado, un palillo. Mi pretendiente no pretendido.*

Evelyn Stuart: *Hermano mayor de Maxwell.*

Maxwell Stuart: *31 de enero de 1861 – 27 de julio de 1880.*

1 de julio

Un ruido me despertó de mis sueños esta mañana. Seguí acurrucada en la oscuridad bajo la manta, con los ojos cerrados, sumida en una sensación general de bienestar que acabaría siendo pasajera. Después de oír el ruido una segunda vez, abrí los ojos de golpe y me aparté la manta de la cara. La peor de todas las pesadillas: una aparición se cernía sobre mí en la penumbra, una nariz brillante que asomaba por debajo de unos anteojos torcidos. La nariz ya la había visto antes; los anteojos no.

Aunque no me sienta para nada orgullosa de lo que sucedió a continuación, tengo el compromiso de relatar la verdad.

Chillé.

Y el primo Archibald salió disparado hacia atrás, envuelto en su ligero batín de seda.

—¡Primo Archibald! ~~—dije con calma~~ grité—. ¿Qué haces aquí?

Pasó varios segundos intentando hacerme callar, llevándose un dedo a los labios y escupiendo saliva por la boca.

—¡Shhh! ¡Silencio! ¡Calla!

—¡No pienso callar! —repuse subiéndome la manta hasta la barbilla en Nombre del Decoro—. ¿Qué haces en mi habitación?

Tenía la cara encendida y me dio la impresión de que se moría de ganas de aporrearme la cabeza.

—¡Despertarás a El Inquilino!

—Sobrevivirá —le espeté—. ¡Y ahora, por el amor de Dios, cuéntame qué haces aquí!

Imaginé que estaba allí por venganza, por haber puesto fin a su

ruinosa intromisión en mi vida.

Archibald se enderezó y se secó la boca con la manga de su batín morado.

—Quería comunicarte que tengo la intención de acompañarte a la iglesia.

—¿A la iglesia? —repliqué.

—Sí, a la iglesia —respondió.

—¿Al servicio que empieza a las once? —insistí, presionándolo.

—Sí —me confirmó.

—¿Al servicio donde se habla de moralidad, honestidad y altruismo?

—Sí. A ese mismo.

Momento en el cual a duras penas pude contener una carcajada burlona.

—¿Qué hora es, primo?

—Las cuatro y media —contestó.

Me dejé caer de nuevo en la cama y, siendo como era domingo, recé una oración para que el demonio me dejara en paz. Pero, cuando abrí un solo ojo, vi que mi súplica había sido en vano. El primo Archibald seguía plantado en mi habitación.

—¿Por qué te presentas aquí a las cuatro y media de la mañana para decirme que quieres ir a la iglesia?

—Debemos llegar temprano —fue su respuesta.

—¿Por qué? —quise saber, y tuve que contener mis deseos de estrangular al anciano.

—¡Es primero de julio! —chilló casi con desesperación.

—¡Shhh! —susurré yo en respuesta—. Sí, ya ves que, a pesar de todos tus esfuerzos, he conseguido acabar con vida el mes de junio.

Y ambos estamos de acuerdo en que hoy es primero de julio. Pero ahora cuéntame, ¿a qué viene todo esto?

—¡Eres una pagana! —exclamó con ponzoña.

Ponzoña, digo bien.

Y entonces se hizo la luz. Bueno, no es que se hiciera la luz en sentido literal. Faltaba aún mucho para que amaneciera y me resultaba imposible perdonar a Archibald por haberme despertado tan pronto. Fue, más bien, que mi mente se iluminó.

—Es primero de julio. —Me llevé las manos a la cabeza—. Con razón actúas como si estuvieras loco.

—¡Tenemos que ser listos si queremos asegurarnos el premio!

—¿Tenemos? —Miré al hombre que me había arrebatado toda mi seguridad financiera y la había dilapidado en carreras de caballos y batines de seda. Al hombre que lo había hecho todo para provocar mi fracaso. Al hombre que estaría dichoso viéndome abocada a la miseria. Archibald Flat, una amarga y ridícula caricatura de ser humano—. ¿Tenemos? —repetí—. ¿Piensas que, después de todo lo que me has hecho, voy a ayudarte? ¡Es un milagro que no te haya echado todavía de esta casa!

En un arranque inesperado de emoción, Archibald se transformó en la personificación tanto del orgullo como de la derrota.

—Ya no puedo hacerlo solo —admitió con voz temblorosa—. Lo he intentado y no puedo. Antes tu padre me ayudaba, pero ya no está. Lo echo de menos cada año, era mi actividad favorita.

Y entonces levantó una mano trémula para apartarse el mechón rebelde que le caía sobre la frente. Pensé que lo hacía para dejar al descubierto La Cicatriz, pero parpadeó varias veces y vi que sus ojos brillaban como el cristal.

Estaba haciendo esfuerzos por no llorar.

Una indignación teñida de superioridad moral me hinchó el pecho, aunque enseguida se desinfló parcialmente. No soy inmune a lo patético, y el primo Archibald es precisamente eso.

Con un suspiro, pregunté:

—¿Crees que en la iglesia nos darán la pista?

—¡Sí, sí! —Su recuperación fue sospechosamente rápida—. ¡Siempre es así cuando el primero de julio cae en domingo!

Era el momento de tomar una decisión. Quizá una mala decisión.

¿Unir mi destino al del primo Archibald? ¿O negarme por principio? Las visitas a la casa durante mi infancia siempre habían sido en junio, razón por la cual este es mi primer primero de julio. Pero recordé que a mi padre le encantaba este juego cuando era joven. Y achaco a ese momento de sentimentalismo el haber accedido a aventurarme con mi primo en tal empresa.

—En ese caso, habría que llegar mucho antes de las once.

—¡Sí, sí!

—¿Sabe Agnes que tiene que preparar el desayuno antes de lo habitual?

—Ya la he despertado.

—¡Pobrecilla! ¿A qué hora pretendes salir de casa?

—A las seis en punto.

Me froté los ojos para contener las ganas de estrangularlo.

—Primo, estaré lista para ir a la iglesia a las nueve y media, ni un minuto antes.

—Pero…

—Si a ti te apetece llegar con tanta antelación para coger sitio, puedes hacerlo sin ningún problema. Yo llegaré una hora y media

antes de que empiece el servicio, lo cual ya me parece de lo más excepcional, se mire por donde se mire. Y ahora lárgate. ¡Fuera de mi habitación!

Con las facciones contraídas hasta asemejarse a una pasa arrugada, el primo Archibald protestó solo un instante antes de aceptar su destino.

—La generación joven es una generación débil, y cuando los tuyos tomen el poder todo se irá al garete.

—¿Los míos?

Pero ya se había largado, furibundo.

Me quedé tumbada en la cama, con el corazón dividido entre emociones de lo más humanas: fastidio, curiosidad y un sentimiento de traición hacia mí misma por haber decidido ayudar a aquel hombre en algo.

Cuando por fin me levanté, después de dos horas acostada sin poder volver a conciliar el sueño, me aseé, me vestí y me recogí el pelo lo mejor que pude; Agnes se merecía que no la molestaran más.

El Inquilino estaba despierto, así que le envié una misiva.

Mis disculpas por haberlo molestado a esas horas intempestivas de la mañana.

Agnes me trajo el desayuno en una bandeja —fruta, tostadas y jamón— y, mientras comía, llegó una nota desde el otro lado de la pared.

ESTABA DESPIERTO.

¿Dormiría alguna vez ese hombre?

No se lo pregunté, puesto que aún poseo cierto sentido de la decencia, por laxa que sea la definición del término.

Mientras comía mis tostadas y contemplaba mi estantería repleta de obras de Shakespeare, oí al señor Pierce ocupado con sus abluciones matutinas. Después oí que se abría la puerta de su armario y, acto seguido, Teobaldo se coló por la cortinita que cubre su puerta personal en la pared, cruzó la habitación sin siquiera saludar y se adueñó de mi cama aún por hacer.

Es una criatura tremendamente mimada.

—Buenos días, Teobaldo.

Al oír su nombre, el gato movió una oreja hacia mí, pero ya estaba medio acurrucado y, después de menear la cola, acabó acomodándose por completo sin ningún reconocimiento ulterior hacia mi persona.

Fue entonces cuando el señor Pierce se calzó las botas.

Lo sé porque, si bien el sonido que viaja a través de la pared que compartimos es amortiguado —salvo, imagino, por los locos que gritan a altas horas de la madrugada—, resulta más fácil oír sus pasos cuando va calzado con botas. Actúan a modo de mapa de sus movimientos.

No podría decir por qué me gusta este fenómeno, pero me gusta. Pasos potentes, paradas bruscas, detalles que marcan su misteriosa vida al otro lado de la pared.

Estoy divagando.

El señor Pierce se acercó a su escritorio —¡botas!— y, pasado un momento, llegó otra nota desde el otro lado de la pared.

¿SE ENCUENTRA USTED BIEN ESTA MAÑANA, SEÑORITA LION?

Me encuentro bien, gracias.

Teniendo en cuenta que el señor Pierce nunca había iniciado una conversación —ni en persona ni a través de la pared— con la pregunta «¿Se encuentra usted bien?», añadí:

¿Por qué lo pregunta?

LA HE OÍDO GRITAR, Y ME DISPONÍA A ACTUAR CUANDO HE OÍDO QUE EL SEÑOR FLAT GRITABA TAMBIÉN. MOMENTO EN EL CUAL HE SUPUESTO QUE TENÍA USTED LA SITUACIÓN CONTROLADA.

ADEMÁS, NO ME HA PREGUNTADO QUÉ HACÍA YO DESPIERTO A HORAS TAN INTEMPESTIVAS. NI ME HA EXPLICADO LA CAUSA DE TANTO ALBOROTO. EN NUESTRA BREVE AUNQUE INTENSA RELACIÓN, ME ATREVERÍA A DECIR QUE LO NORMAL ES QUE YA HUBIESE HECHO AMBAS COSAS.

DE AHÍ MI PREGUNTA DE SI SE ENCUENTRA USTED BIEN ESTA MAÑANA.

¡Menudo resumen de mi carácter! Por lo que al incidente en cuestión se refiere, tenía la situación prácticamente controlada. Y, en cuanto a preguntarle por sus hábitos de sueño en particular, considero que podría verse como una impertinencia. Además, puesto que la impertinencia es un bien escaso (solo disponemos de una cantidad limitada al día), me parece desatinado dilapidarla en su totalidad antes del desayuno.

CAREZCO DE ESCRÚPULOS EN LO REFERENTE A UTILIZAR LA MÍA TAN TEMPRANO. ¿A QUÉ VINO ESE ALBOROTO?

Es primero de julio en St. Crispian's.

¿Y ESO SIGNIFICA…?

Significa que dentro de quince días habrá una representación de Julio César en algún lugar del vecindario. Nadie, excepto el comité —un asunto sombrío cuyos miembros son un secreto para todos —, sabe quién representará cada papel ni dónde tendrá lugar. Existe un número limitado de entradas y para conseguirlas hay que seguir un juego de pistas y dar con ellas antes de que se agoten. Es una de las grandes tradiciones del año en St. Crispian's.

Y como este año el primero de julio cae en domingo, la primera pista estará escondida en el sermón. El señor Flat quiere asegurarse de que estemos en la iglesia muy temprano.

¿ME ESTÁ DICIENDO QUE LOS ACTORES AFICIONADOS DE ST. CRISPIAN'S DISPONEN SOLO DE QUINCE DÍAS PARA PREPARAR UNA REPRESENTACIÓN DE JULIO CÉSAR Y QUE SE DESPIERTA ANTES DEL AMANECER CON LA ESPERANZA DE PODER PRESENCIAR SEMEJANTE DESASTRE?

Mi grito de indignación debió de oírse a través de la pared. Fue entonces cuando mi pasión por el proyecto se me fue de las manos.

Señor Pierce, ¡un poco de respeto! Llevamos representando esta obra desde hace más de cien años. Y le aseguro que estamos más que a la altura de las circunstancias. ¿Actores aficionados? ¡Para nada! Nuestro humilde vecindario ha matado a César con más efectividad que nadie en el mundo.

Y repetidas veces.

Para citar a El Bardo: «¡Cuántos siglos verán representar esta sublime escena en naciones que están por nacer y en lenguas aún desconocidas!».

Además, es mi primer primero de julio en St. Crispian's. Es un día memorable en mi vida.

Aunque se trate de actores aficionados.

LE PIDO DISCULPAS Y LE DESEO BUENA SUERTE.

Gracias.

Una advertencia adicional: los vecinos de St. Crispian's pueden pararse ante usted y citarle espontáneamente fragmentos de Julio César.

QUEDO ADVERTIDO.

Más tarde

El Joven Hawkes, por mucho que hable sin parar sobre hacer el bien,

posee un sentido del humor ciertamente taimado. La iglesia estaba llena a rebosar cuando se levantó dispuesto a dar su sermón. Archibald estaba sentado a mi lado, posado en el borde del banco como un polluelo a punto de volar del nido. Suspiré, traté de no sentirme incómoda con tal compañía y me concentré en Hawkes, que permaneció un minuto entero sin pronunciar palabra y con un brillo de lo más impropio en sus ojos. Y entonces dio comienzo el sermón más largo que había pronunciado jamás. Nos sentíamos todos como arenques en una cuba, sin esperanza alguna de poder escapar de allí. Y se prolongó no solo una hora, ni siquiera dos, sino *tres*. Habló —en detalle— sobre cada uno de los Diez Mandamientos y luego dedicó una cantidad considerable de tiempo al Nuevo Testamento. Daba la impresión de que se lo estaba pasando en grande a nuestra costa. Los de estómago débil se marcharon poco después del mediodía. Los de corazón débil no tardaron mucho más en abandonar. Pero muchos de los presentes aguantamos hasta el final y, total, para nada, puesto que en todo el sermón no hubo ni una frase que pudiera considerarse la primera pista. Finalmente, cuando ya eran casi las dos, dijo con tono indolente:

—Soy cirujano de almas viejas: cuando están en gran peligro, les devuelvo la salud.

Le di un codazo al primo Archibald.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Shhh! —Me llevé un dedo a la boca—. Acaba de decir «Soy cirujano de almas viejas».

—¿El zapatero? El zapatero remendón dice eso en el primer acto.

—Exactamente.

Archibald se irguió con aires de superioridad.

—En la obra, el zapatero habla de «calzas» no de «almas». Me conozco de memoria la obra entera. Eso no puede ser la pista.

Fue un momento de estupidez insoportable.

—No tiene por qué ser la cita exacta, primo. El Joven Hawkes ha hecho su propia adaptación. Juega con los conceptos. ¿Acaso no lo ves?

El primo Archibald arrugó la frente e hizo un gesto de asentimiento. Y entonces, sin esperar a que el Joven Hawkes acabara el sermón, se levantó, se abrió paso sin ninguna educación por delante de los demás feligreses sentados en nuestro banco y salió de la iglesia.

Habría jurado que Hawkes me miró con una ceja arqueada.

2 de julio

Según lo que recuerdo que decía mi padre, la clave para conseguir una entrada para ver *Julio César* es no dejar entrever que estás intentando conseguir una entrada para ver *Julio César*. Y para ello tienes que mostrarte indiferente a la vez que concentras absolutamente toda tu atención en seguir cada una de las pistas.

Se trata del Arte de Aparentar Desinterés.

Ayer, después de aceptar a regañadientes los términos que le impuse para trabajar juntos —a saber, que no habrá intento alguno de matar o mutilar a Emma M. Lion, y también que tiene que mantener la boca cerrada—, el primo Archibald y yo decidimos empezar con una visita a Philosopher's Sole, Cordwainer and Cobbler, el zapatero remendón del barrio, ya que el Joven Hawkes había citado al zapatero que sale en la obra.

El primo Archibald estaba decidido a esperar en la acera delante de la tienda hasta que abriesen. Aunque no me creyó, intenté explicarle que los demás buscadores de pistas lo verían como una torpeza.

—La sutileza es la tradición, primo, y no pienso llegar a Philosopher's Sole antes de que abran. Llegaremos a las nueve en punto con un par de zapatos para arreglar. Como si siempre hubiera sido nuestra intención pasar por allí.

No puedo decir que anoche descansara muy bien. Archibald se está comportando como un niño a escasos días de las vacaciones de

verano, algo que resulta contagioso incluso cuando el susodicho niño es un malcriado sin escrúpulos.

Ahora son las nueve menos cuarto de la mañana y estoy esperando en el salón de recibir con mis botas viejas listas para arreglar. Archibald tiene que reunirse aquí conmigo. Confío en que ~~ambos salgamos con vida~~ yo salga con vida de esta alianza.

Ah, ahí está. El sonido de la maldición descendiendo por la escalera.

Más tarde

Archibald Flat no fue creado para pasar desapercibido.

Los sucesos de esta mañana han servido para corroborarlo.

Mi primo hizo su entrada en el salón y empezó a alternar el peso de su cuerpo de un pie al otro y a acariciar la tela de seda del batín que llevaba debajo del abrigo mientras yo recogía mis cosas. Cabía preguntarse, y era una pregunta de lo más razonable, cómo había logrado meter un batín de seda entero dentro del pantalón. Pues atención. Al parecer, había cortado la mitad inferior del batín para así poder disfrutar de «la comodidad de la alcoba en la calle». O eso me contó. Lo llama su Recordatorio para Salir a Dar una Vuelta.

Resulta un tanto alarmante descubrir esta rareza tan simpática en mi primo. Cualquiera que llame a algo su «Recordatorio para Salir a Dar una Vuelta» tiene que poseer una pizca de poesía en el alma. Una *pizca*. La más mínima expresión. Porque el resto del alma de Archibald es de un gris hollín deprimente, estoy convencida.

Justo en el momento en que cerré mi diario, Archibald me preguntó:

—¿Qué es eso?

—Mi diario personal —respondí guardándolo rápidamente.

Archibald carraspeó un poco antes de decir:

—Matilde me habló acerca de esta obscena costumbre.

¿Obscena costumbre?

Tal acusación me hace desear releer mi diario por si acaso me he perdido algo maravilloso.

En Philosopher's había un grupillo de clientes, zapatos en mano, que parecían estar simplemente ocupados con sus propios asuntos y trataban de mostrar la mayor naturalidad posible. El señor Argyll fingía estar molesto ante tal afluencia de público —se recolocaba continuamente los anteojos, ordenaba y desordenaba su pelo canoso pasándose de forma repetitiva la mano por la cabeza—, aunque es de suponer que tanto movimiento es bueno para el negocio. Cuando por fin llegó nuestro turno de ser atendidos, deposité mi par de botas en el mostrador y Archibald hizo su aportación con un par de zapatos usados, aunque en buen estado, que no necesitaban ningún tipo de arreglo.

El señor Argyll nos saludó con un gesto de asentimiento.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Rápido, hombre, denos la pista —dijo Archibald subiendo excesivamente la voz.

—No tengo ni idea de a qué se refiere —repuso el señor Argyll en tono de desaprobación.

—Venga —continuó Archibald—. Aquí tiene botas y zapatos. No me haga perder el tiempo. Esto me parece un atraco a mano armada.

Y entonces fue cuando le di un codazo a mi primo y le dije entre dientes que quizá preferiría esperar fuera.

En cuanto Archibald desapareció, ofrecí la más dulce de mis sonrisas al señor Argyll.

—Un par de botas, necesitadas de un buen repaso. Y un par de zapatos, menos necesitados.

Con un nuevo gesto de asentimiento, el señor Argyll tomó nota de la información del pedido y luego me preguntó:

—¿Está usted por encima de toda sospecha, señorita?

Aquello era una pista, evidentemente. Pero no estaba segura de cómo responder.

Me decidí por mostrarme poco elocuente, quizá algo corta de entendimiento.

—Yo…, eh…, ¿qué?

El hombre parpadeó.

Repasé mentalmente el texto de la obra y respondí con las palabras de la esposa de César:

—Estoy por encima de toda sospecha para algunos, señor Argyll. Aunque me temo que otros lo pondrían en duda.

El movimiento afirmativo de su cabeza resultó casi imperceptible.

—Recoja sus botas mañana y tendré algo para usted.

Volvimos a casa. El primo Archibald, cuyo mal genio había evolucionado en lo que podría catalogarse como un ataque de histeria, pasó más de un cuarto de hora reprochándome a gritos que mi incompetencia iba a costarnos la primera pista, que era un crimen tener que esperar hasta mañana y que yo era una inútil.

Mi respuesta fue recordarle que, según los términos de nuestro acuerdo, tenía que mantener la boca cerrada.

Después de eso, desapareció escaleras arriba.

Me quedé allí pensando que, de ser una persona sensata, disolvería aquella absurda sociedad de inmediato.

En cuanto mi primo se retiró detrás de las puertas cerradas de la segunda planta, le dije a Agnes, que estaba en el pasillo retorciéndose las manos con nerviosismo:

—¿Ves, Agnes, lo Ilógico que es el señor Archibald Flat?

Frunció el entrecejo.

—Mi madre diría que está perturbado y necesitado de la intervención divina, señorita Lion. Pero no me gusta hablar mal de los vivos.

Acompañé mi sonrisa con una ceja arqueada.

—Eso suele reservarse para los muertos. ¿Qué pasa con ellos?

—Que no creo que les importe que alguien les suelte alguna insolencia de vez en cuando.

Quizá no, Agnes.

3 de julio

Acabo de despertarme y descubro en el suelo una nota que alguien me ha pasado por debajo de la puerta. Está escrita con una caligrafía puntiaguda y egocéntrica y me informa de que debo *esperar*. Bajo ninguna circunstancia debo hacer nada que pueda poner en peligro la campaña. Tengo que quedarme en casa tal y como, aquí cito textualmente, «una mujer decente haría» mientras el primo Archibald se encarga de recoger los zapatos en Philosopher's y regresa con la pista.

Bien.

Un momento lamentable para lanzarse a actuar por su cuenta, considerando que competimos contra todo el vecindario.

Después de desearle mentalmente buena suerte a ese tonto, me dispongo a abordar mi correspondencia, que incluye —reconozco que eso es algo que me encanta— una pregunta que hace un momento se ha colado a través de la pared.

TENGO PENSADO EMPEZAR A TRABAJAR EN EL ESTUDIO HOY MISMO. VIENDO QUE TODAVÍA NO EXISTE UNA PUERTA ENTRE EL GRAN SALÓN Y LAPIS LAZULI MINOR, CONFIABA EN PODER ENTRAR A TRAVÉS DE LAPIS LAZULI HOUSE. A MENOS, CLARO ESTÁ, QUE DESEE USTED QUE LE DÉ UNOS CUANTOS MARTILLAZOS A LA PARED, A CIEGAS.

Por tentadora que resulte la idea de sentarme en el sofá y verle pelear para abrirse paso, le dejaré entrar a través de Lapis Lazuli House. Mi mañana está repentinamente libre porque me han

ordenado comportarme como Una Mujer Decente durante al menos unas horas. He decidido seguirle la corriente a quien me ha dado esa orden no porque tenga algún tipo de autoridad sobre mí, sino porque espero que fracase estrepitosamente en lo que se ha propuesto hacer solo y porque mi lado menos refinado busca divertirse un rato.

¡La retiró! El señor Pierce deslizó una respuesta a través de la pared y, justo cuando iba yo a recogerla, ¡la retiró!

Al no haberse establecido un Reglamento para la Comunicación en la Buhardilla en el Año 1883, desconozco la legalidad de un acto de este calibre.

Y así se lo hice saber.

¿Se puede retirar una comunicación? Me da la impresión de que ha hecho usted trampa.

EVIDENTEMENTE, LA POSIBILIDAD DE RETIRAR UNA COMUNICACIÓN DEBE SER UN DERECHO IMPLÍCITO.

SI SE HA DEMORADO USTED EN RECOGER LA COMUNICACIÓN, Y YO TENÍA EN MI MANO EL PODER PARA RETIRARLA, NO DEBERÍA HABER NINGUNA PROHIBICIÓN AL RESPECTO.

¿Derecho Implícito? ¿Poder para Retirar la Comunicación? Habla usted como un estadounidense.

SON PRÁCTICOS.

¿Los estadounidenses?

LOS DERECHOS.

DEBO RECONOCER QUE HAY ESTADOUNIDENSES QUE NO ESTÁN MAL.

Qué poco británico por su parte.

NO TODOS PODEMOS SER TAN RESPETABLES COMO LA SEÑORITA LION.

Más tarde

El día ha sido demasiado largo, pero agradable.

Lo de «demasiado largo», gracias al primo Archibald.

Lo de «agradable», gracias al señor Pierce.

Después de nuestro debate sobre el Reglamento para la Comunicación en la Buhardilla en el Año 1883 —el señor Pierce no me ha contado aún lo que decía la nota original—, bajé al salón de recibir.

Agnes, cuando se enteró de a quién estaba esperando, palideció y huyó corriendo a la cocina. Parian estaba ocupado —ocupado de verdad— en el jardín trasero, puesto que le había encomendado la tarea de someter aquel Edén a la fuerza si valoraba su vida, su puesto y sus confortables estancias en el tercer piso.

Así pues, me tocó a mí abrir la puerta cuando llamaron. Lo hice, y allí estaba el señor Pierce. Una tormenta de verano en el umbral de mi casa, con su porte indiferente pero a la vez melancólico. Fue casi como si pudiera oler la lluvia.

—Pase, señor Pierce.

—Gracias.

Cuando entró en el salón, me vino a la cabeza aquella cena de mayo.

Me estremecí, pero entonces el recuerdo del primo Archibald encaramado en la silla me arrancó una sonrisa.

El señor Pierce me vio.

—¿Le hace gracia alguna cosa? —preguntó.

Podría haberle mentido y haber respondido: «Una mañana agradable, eso es todo».

Pero, ay de mí, la sinceridad salió triunfante.

—Estaba pensando en aquella cena tan desastrosa. Muy galante por su parte el haberme perdonado.

—Fue… memorable. ¿Han tenido más visitas de su fantasma?

—¿Del Romano? Me parece que se pasa el día por Traitors Road.

—Una lástima.

Aunque no me pareció que el señor Pierce lo dijera en serio.

Giré el pomo, abrí la puerta y entramos en el gran salón. Todas las cortinas estaban cerradas, excepto una, pero el polvo seguía siendo evidente.

—Ay, Dios. Debería haberle pedido a Agnes que le limpiara un poco todo esto.

El señor Pierce pasó por mi lado.

—No es necesario, señorita Lion. Anticipo que habrá cierto desorden si tengo que instalar una puerta nueva y pintar las paredes. Cuando haya terminado, quizá le pague algo a Agnes para que me ayude a limpiarlo, siempre y cuando ella tenga ganas de hacerlo y disponga de tiempo. Y cuente con su permiso, por supuesto.

Agnes preferiría morirse antes que eso, pensé.

—Se lo preguntaré, desde luego —repuse—. ¿Piensa pintar entonces?

A lo que el señor Pierce me respondió:

—Sí, si no le importa.

—En absoluto —dije—. Me apetece ver un cambio. Por lo general, me gusta el amarillo, pero no creo que sea un tono que cuadre mucho con esta estancia. Resulta un poco funesto, como un viejo arrugado que insiste en que todo el mundo sea feliz.

—Le da un toque italiano, a mi entender. Resultaría encantador si estuviéramos en Venecia, pero no creo que encaje con el estilo de Londres.

Venecia.

Pronunció la palabra con completa naturalidad. Como si fuese una referencia de lo más común.

Siento una gran curiosidad —y es comprensible, defiendo— por esos fragmentos sueltos de su pasado.

—¿Y qué hay de Nueva York?

El señor Pierce, sin dejar de deambular por la sala, replicó:

—¿Qué pasa con Nueva York?

—¿Tenía allí un estudio?

—Más o menos.

—¿De qué color estaba pintado?

—Rojo intenso.

Pronunció aquellas palabras de tal modo que fue como si en vez de sobre su antiguo estudio estuviera hablando de otra mujer. De una mujer en general, quiero decir. No de *otra* mujer. Cielos. Para tener otra, primero debería haber tenido una, ¿no?

Reservándome exclusivamente para mí esos pensamientos, dije:

—Entonces ¿pintará también de rojo este estudio?

—No, tengo otra cosa en mente. Lo que habría hecho en Nueva York de disponer de estas ventanas.

—Ah, ¿sí?

Lo dije a modo de invitación para que me revelara el color que pensaba utilizar. Pero lo que hizo el señor Pierce, en cambio, fue caminar hacia la pared que separaba el gran salón de Lapis Lazuli Minor. Sus ojos, del color de las nubes de tormenta, capturaron la luz que entraba por las ventanas.

—La pared que compartimos en la buhardilla carece de calidad, es evidente, pero esta parece sólida. Como no soporta peso, creo que podría poner fácilmente una puerta. —Dio unos golpes a la pared—. ¿Qué tal aquí? Siempre que le parezca bien, señorita Lion. El truco está en encontrar una puerta que combine bien con la que da al recibidor.

Y entonces llegó mi momento de esplendor. Porque recordaba que había tenido que mover una puerta al ordenar la buhardilla oeste de la casa.

—Permítame que acuda en su ayuda —dije—. Tengo una puerta que encaja con todas las demás de la casa. Está arriba, en la buhardilla. Puede utilizarla si lo desea, pero necesitaré su ayuda para bajarla, pues pesa bastante. Es de madera maciza, de la mejor calidad y esas cosas. Imagino que podrá con ella, ya que es usted muy…

Me interrumpí. Era un lugar embarazoso en el que quedarse callada. Me sentí mucho más incómoda de lo que habría imaginado, a lo que había que sumar el terrible temor de estar

transformándome en Agnes. Al ver que no iba a decir lo que realmente pensaba, terminé la frase con la palabra «alto».

Muy alto.

Ya que es usted muy alto.

Eres una triunfadora, Emma M. Lion.

El señor Pierce me había prestado su atención desde el momento en que había empezado a hablar y, con cada frase adicional que yo pronunciaba, las comisuras de sus labios parecían curvarse un poco más y sus ojos entrecerrarse proporcionalmente, hasta que, cuando por fin llegué a la palabra «alto», vi que su rostro reflejaba algo que podría ser incredulidad, o quizá que se lo estaba pasando en grande.

—Estupendo —dijo—. ¿Lo solucionamos ahora?

—Por supuesto.

Me quedé un momento pensando, intentando recordar si la buhardilla oeste estaría demasiado desordenada con mis objetos personales. Pero ya era tarde para retirar la invitación. Podría haber dicho perfectamente que no era el momento ideal y que ya le pediría a Parian que me ayudara a bajar la puerta; pero entonces pensé en Parian —en aquel hombre tan flaco que apenas era una sombra, teniéndose que pelear con cuatro tramos de escaleras— y decidí que era mejor confiar en el señor Pierce.

Al diablo con las medias tiradas de cualquier manera sobre toda aquella porquería.

Vaya. Qué lenguaje más escandaloso.

¿Debería borrarlo para que no conste?

Pues digo que no. Si está en la Biblia, también puede estar escrito en mi diario.

Tampoco es que pretenda clavar en el suelo la cabeza de nadie

con una estaca…, eso sí sería muy del Antiguo Testamento.

Estoy divagando.

Salimos del salón. Empecé a subir los cuatro tramos de escaleras. El señor Pierce no iba exactamente a mi lado ni tampoco detrás de mí, sino más bien en diagonal; era como si fuéramos piezas de ajedrez que conspiran sobre el tablero. Una extraña sensación de camaradería.

Entre el tercer y el cuarto piso se me ocurrió que, estando mi vecino aquejado de una misteriosa y claramente dolorosa cojera, quizá debería haberle preguntado antes si mover una puerta pesada le resultaría conveniente.

Aunque de hacerlo tal vez heriría su orgullo.

Pero corría el riesgo de lesionarse aún más la pierna.

No se me ocurría ninguna manera de sacar el tema a colación sin poner en entredicho sus capacidades.

Lo que podría llevar al señor Pierce a retarme en duelo.

Aceptaría, y le pediría a Agnes que fuera mi madrina.

El señor Pierce y yo nos batiríamos en duelo en la calle.

Y yo moriría.

Alguien escribiría un verso para conmemorar el suceso.

El señor Pierce, arrepentido, bajaría renqueante la puerta al gran salón y la envolvería con una cinta negra, deseando que su orgullo no se hubiera apoderado de sus actos.

Ay.

Todos debemos vivir con el resultado de nuestras decisiones…

Pasado el cuarto piso, decidí dejar que fuera él quien juzgara por sí mismo si poseía la capacidad física necesaria para llevar a cabo con éxito la tarea.

En consecuencia, conservé mi joven vida.

Después de escalar la montaña, llegamos al descansillo y nos encontramos con que la puerta de la buhardilla oeste estaba cerrada, mientras que la de la buhardilla este estaba entreabierta. No había manera de cerrarla con elegancia, así que, al ver que no había nada incriminatorio a la vista —solo un extremo de la alfombra, el silloncito y sus cojines desparejados y la ventana al fondo—, señalé hacia allí y dije:

—Ahí está mi sanctasanctórum.

—Cojines de colores. Nunca imaginé que las paredes pudieran estar pintadas de blanco. —Y luego—: ¿Dónde está la puerta?

Bueno, si su curiosidad no va más allá…

Abrí la puerta de la buhardilla oeste y le indiqué que pasara delante de mí.

Lo hizo, pero se paró entonces tan bruscamente que casi tropiezo con él.

—Siento auténticas tentaciones de ir a buscar mi cámara —dijo el señor Pierce casi para sus adentros.

Miré a su alrededor intentando descubrir qué podía haber llamado su atención.

Una buhardilla con escondrijos extraños y viejas historias, con solo una ventana y media para darle presencia y forma. El señor Pierce se adentró en la buhardilla y yo me quedé apoyada en el marco de la puerta observando su regocijo.

Había olvidado lo que es vivir con un artista. Las pausas inesperadas delante de lo que la mayoría consideraría trivial.

Un recordatorio agridulce.

Mi padre nos lo hacía constantemente a mi madre y a mí. Cuando

algo le llamaba la atención, no podía dejarlo correr hasta que lo capturaba en su cuaderno de dibujo. Y luego, meses después, yo alcanzaba a verlo de reojo en el periódico o junto a un artículo en una revista.

Disfruté con aquella oleada inesperada de recuerdos, de cuando la vida era feliz y carente de complicaciones, y conseguí sonreír, aunque por debajo de aquella sonrisa sintiera nostalgia.

Pasados unos momentos, el movimiento volvió a la habitación: el señor Pierce abriéndose paso entre el caos, ignorando con discreción el armario abierto donde yo guardaba mis vestidos de día y de noche, sumidos en una indisciplina pareja a la de su propietaria. Señalé la esquina de detrás de un escritorio, dos cajas y varios marcos de cuadros, el lugar donde estaba recostada la puerta.

Despejamos rápidamente un camino de acceso entre los dos y, cuando me disponía a proponerle que cada uno de nosotros la cogiera por un extremo y avanzáramos despacio, el señor Pierce se agachó, levantó la puerta lo suficiente como para deslizar por debajo la mano izquierda y, al incorporarse, la levantó con mucha más facilidad de la que yo habría sido capaz.

—Usted delante, señorita Lion.

Y me puse en marcha.

Bajamos las escaleras (el señor Pierce, bendito sea, cuidando en todo momento de no dar golpes a las paredes) y, cuando llegamos al gran salón, apoyó la puerta contra la pared a la vez que emitía un sonido masculino, se enderezaba y se frotaba las manos.

—Buen trabajo —dije.

—Antes de que se me olvide… —Y extrajo un sobre del bolsillo—.

El alquiler del estudio, por seis meses. Y también el de Lapis Lazuli Minor. Esto debería cubrir mi estancia en ambos hasta final de año.

El sobre estaba bastante lleno.

Y entonces Parian llamó a la puerta. Recién salido del jardín, con las manos todavía cubiertas de tierra, como si fuese un explorador que acabara de llegar de la selva.

—Me envían a buscarla para que acuda al salón de recibir —dijo resoplando.

—Gracias, Parian. Veo que ha empezado a domesticar el jardín.

Su respuesta fue no verbal y posiblemente insultante.

—Si hay algo más que necesite, señor Pierce… —dije.

—Saldré en unos minutos, señorita Lion. Y luego, si no le importa, empezaré con la puerta a última hora de hoy o mañana por la mañana.

—Por supuesto.

Entré en el salón con la mano que sujetaba el sobre estratégicamente escondida a mi espalda y encontré a Archibald sentado en la mesa redonda, junto a la ventana.

—No ha querido darme la pista —anunció.

—¿Disculpa?

Tomé asiento en otra silla, delante de él.

Archibald se pasó una mano grasienta por la cara y emitió un extraño sonido que me recordó a un gruñido.

—El señor Argyll. Le he preguntado, pero es un imbécil. No entendió nada de nada de lo que le dije, por mucho que le gritara.

Sopesé cuidadosamente si debería explicarle a mi primo cómo se sostienen las frágiles relaciones humanas, siendo la ausencia de gritos un componente clave para su gestión. Pero, después de llegar

a la conclusión de que sería una pérdida de tiempo, me levanté y dije:

—Voy yo.

—Sí, vamos —dijo él corriendo a coger el sombrero.

—No, primo Archibald. Voy yo, he dicho. Y tú te quedarás aquí. Tal y como un hombre decente haría —recalqué con una sonrisa que no me fue devuelta.

Subí y escondí debajo del colchón el dinero que el señor Pierce me había entregado en concepto de alquiler —un gesto típico de huérfana desesperada— y me cambié el vestido viejo que llevaba por mi vestido de día de color verde botella. Después de coger mi sombrero y los guantes, salí de casa. Llegué a Philosopher's y pregunté si mi primo había recogido mis botas junto con sus zapatos.

—Solo ha recogido su par —respondió el señor Argyll—. Y ha dicho que usted pagaría el total.

—¿Ha dicho eso?

—Pero no se lo he permitido. Le he hecho pagar por sus zapatos.

El señor Argyll me observó con una mirada elocuente y me guiñó el ojo, como si fuéramos ambos espías del mismo país y él estuviera intentando pasarme algún tipo de señal.

Le respondí también con un guiño.

Después de pagar por mis botas, que lucen ahora mucho más espléndidas que cuando llegué a Londres, el señor Argyll volvió la cabeza hacia la trastienda y dijo:

—Quizá le gustaría pasar para ver a mi mujer. Estará encantada de charlar un rato con usted.

Sé que el señor Argyll no tiene esposa, a menos que siga la

tradición de nuestro querido señor Rochester y la tenga recluida en la buhardilla.

He dejado que Jane Eyre se me suba a la cabeza.

—Y a mí me encantaría visitarla —repuse.

En cuanto accedí a la trastienda, vi un maniquí de esos que utilizan las modistas, vestido como una dama de alta alcurnia, y a su lado un cuenco dorado lleno de canicas. Nada más.

Elegí una, de cristal verde transparente, y la guardé en mi ridículo.

Cuando llegué a casa, encontré al primo Archibald esperando preocupado en el recibidor.

—¿Y bien? —me gritó.

Saqué la canica y la deposité en la consola. Tuve que correr a atraparla de nuevo antes de que cayera rodando al suelo.

—Una canica verde —dije.

—¡Una canica! ¡Vale, pues vámonos!

—¿Irnos?

—¡A dar vueltas por St. Crispian's! Podemos hablar sobre la canica al mismo tiempo que buscamos pistas.

Debo reconocer que algo de razón tenía.

Así que nos fuimos.

Recorrimos juntos todo St. Crispian's: Whereabouts Lane entero dos veces, cortamos por la Diagonal, subimos por Sterling, rodeamos Baron's Square, bajamos por Sterling, volvimos a subir por Sterling, recorrimos Traitors, nos metimos por las calles secundarias y luego volvimos a Whereabouts, y al llegar a Jacob's Well caímos casi desplomados.

Hacía bastante calor.

El primo Archibald solo me insultó en trece ocasiones. Y yo le recordé siete veces que dependía económicamente de mi generosidad y que, siendo como era un sinvergüenza, debería —por todo lo que es bueno y sagrado— haberlo puesto de patitas en la calle.

Me dijo que no fuera vulgar.

Y yo le dije que debía elegir entre mi vulgaridad o mi crueldad más intencionada, la cual podía o no incluir enviarlo a Bornemouth con la prima Matilde.

No dijo nada más, sino que se limitó a apartarse el pelo de la frente, dejando totalmente al descubierto La Cicatriz.

Al final, tanto trabajo para nada.

Ni una sola señal en ningún escaparate, ni una sola pista escondida en ninguna casa que indicara el significado de la canica verde.

Que tengo ahora a mi lado en el escritorio, mirándome con aires de suficiencia.

He estado a punto de dar por terminado nuestro ~~precario, estúpido~~, perverso intento de asociación, pero reconozco que la iniciativa me está resultando entretenida. Para plasmarlo en palabras de nuestra querida obra: «¡Maldad, ya estás en pie! Toma el curso que quieras».

Empezaremos de nuevo mañana.

4 de julio

Archibald lleva todo el día ordenándole a Parian que cante *Dios salve a la reina* mientras él —Archibald, no Parian— maldice las Colonias. Y además se ha vestido de luto estricto.

La situación va casi más allá de los límites de la resistencia humana.

—No es que tenga nada contra la reina, señorita Lion —me dijo Agnes mientras trabajaba la masa del pan—. Pero si oigo a Parian cantar esa canción una vez más…

Le pregunté a Archibald si su razón para vestir de luto estricto era mi reciente regreso a Londres, a lo que respondió con voz quejumbrosa:

—¡Tú no tienes nada que ver con esto! ¡Llevo cincuenta años vistiendo de luto estricto en una fecha como la de hoy!

—Muy conveniente. Si hoy falleciera alguien en St. Crispian's, uno de los dos ya iría correctamente vestido.

—¿Has averiguado la pista de la canica verde? —me preguntó con desdén mientras se alisaba su batín de seda negra. (¿Batín de abuelo o batín de duelo? Vaya usted a saber).

—No, primo —respondí—. ¿Y tú?

A lo que contestó subiendo con fuertes pisotones al segundo piso y cerrando la puerta de su dormitorio con tanto ímpetu que resonó por toda la casa.

En este momento estoy disfrutando de una taza de té yo sola, mirando por la ventana y sintiéndome sorprendentemente impasible. Mi loco primo se ha encerrado en su habitación. Tengo por delante

una semana repleta de acertijos para conseguir entradas para *Julio César*. Si a eso le sumara un nuevo libro, me sentiría más que contenta. Entretanto, estoy leyendo de nuevo la traicionera obra antes mencionada.

Por extraño que parezca, *Julio César* está incluida en *Las comedias de Shakespeare. Íntegras*. Sin duda alguna, el editor que hizo esa selección debía de ser un hombre muy oscuro.

Más tarde

Acabo de llegar de un paseo por Primrose Hill. Al cruzar el recibidor, oí un estruendo considerable proveniente del gran salón. Después de dudar un instante, llamé a la puerta.

El Inquilino dijo enseguida:

—Pase.

Y eso hice.

El señor Pierce había abierto las cortinas y la luz que entraba en la estancia dejaba ver las motas de polvo que flotaban en el aire. Había eliminado una parte de la pared que separa el salón de Lapis Lazuli Minor. El amigo del señor Pierce —el que parece un pirata— emergió entre el polvo, con el parche que le cubría el ojo ligeramente ladeado.

Mi sonrisa amable fue recibida con un ceño fruncido.

Supongo que lo del ceño es comprensible cuando uno tiene una pata de palo y un parche en el ojo. Queda justificado. Sin embargo, el color rojo intenso de su pelo me dificultaba tomarme esa expresión en serio.

Ve de pirata, si no hay otro remedio, pero no intentes hacerlo

siendo pelirrojo.

Volqué entonces mi atención en el señor Pierce, que estaba con un pincel en una mano y una lata pequeña de pintura en la otra, concentrado en la pared que tenía delante de él, como un adivino decidido a cambiar el tiempo.

—¿Qué opina, señorita Lion? —preguntó sin más preámbulos.

Había dos colores: pinceladas en gris carbón y en azul medianoche.

—Son bonitos. Los dos. El azul me parece especialmente encantador.

El Pirata refunfuñó y el señor Pierce se quedó mirándolo.

—Señorita Lion, permítame que le presente a mi amigo Ben Chambers. Chambers, te presento a Emma Lion.

—Hola —dije.

El Pirata… no dijo nada. Se limitó a lanzar una mirada fulminante más o menos en mi dirección. Tras una mirada incisiva del señor Pierce, el señor Chambers dijo en tono totalmente plano:

—Encantado.

Muy poco convincente.

Me propuse ser elegante.

—Veo que la puerta va… —lo que imaginaba que era el marco de la puerta eligió justo ese momento para caer al suelo— avanzando.

—Sé lo que me hago —gruñó El Pirata.

—Estoy segura de ello, señor Chambers.

El señor Pierce sonrió y siguió aplicando más pintura a la pared.

—Tenía intención de preguntarle, señor Pierce —dije a continuación—, si desea que mantenga esta puerta cerrada con

llave, para que nadie de la casa pueda entrar en su estudio a su antojo.

El señor Pierce se encogió de hombros y removió la brocha en el bote de pintura que seguía sujetando.

—No es necesario. Si Agnes se encarga de limpiar, siempre será más fácil dejar la puerta sin llave de por medio. ¿Se lo ha preguntado? Además —me miró, y de la brocha que tenía en la mano cayó una gota sin que se diera cuenta—, ¿cómo iba usted a visitar mi estudio si cierro la puerta con llave?

—A través de la puerta principal, supongo —respondí—. Aunque me gusta la idea de poder pasarme por aquí de vez en cuando para ver qué hace.

El Pirata emitió un sonido de desdén, momento en el cual pasé a mirarlo fijamente sin disimulo. Seguramente es el hombre más maleducado que he conocido en mi vida. Dejando de lado a Archibald, claro está.

—¿Qué tal va su búsqueda? —preguntó el señor Pierce, y creo que lo hizo para cambiar el rumbo de la conversación.

—Si se refiere a *Julio César*, la primera pista nos llevó a Philosopher's Sole, donde tuvimos que presentarnos con algún calzado para reparar. Estoy segura de que el zapatero ha hecho una pequeña fortuna con esto.

—Mejor para él —dijo el señor Pierce.

El Pirata puso los ojos en blanco y murmuró algo sobre las degeneradas influencias estadounidenses.

El señor Pierce, ignorando totalmente a El Pirata, volvió a concentrarse en el color de pintura de la pared.

—No acabo de decidirme entre uno y otro.

—¿Suele hacer los retratos con fondos tan oscuros? —pregunté.

—No tan a menudo como me gustaría. Solo a veces —respondió el señor Pierce—. Utilizo telones de fondo pintados para los débiles de corazón. Pero los retratos con un toque melancólico me gustan. Prefiero las paredes de tonalidades oscuras para la mayoría de las estancias.

Oscuro, inquietante. Un poco a lo señor Rochester.

Un pensamiento que no tenía la más mínima intención de expresar en voz alta.

Oh, qué frágil es la lengua humana…

Tomé asiento en el sofá de color ciruela, dispuesto en diagonal en mitad del salón, me crucé de brazos y observé los dos colores.

Sugerí lanzar una moneda al aire.

El señor Pierce me miró por encima del hombro el tiempo suficiente como para poder decir:

—Nunca echo a suertes mis decisiones, por triviales que sean.

—¿Por qué no? —repliqué—. Independientemente del lado del que caiga la moneda, el color le gustará. Seguirá siendo oscuro. Seguirá siendo inquietante. Seguirá siendo muy señor Rochester.

Sí. Lo dije en voz alta.

Sin pensar.

Horroroso.

El señor Pierce se quedó inmóvil y tensó los hombros. Cuando se volvió, lentamente, tenía los ojos entrecerrados y en sus labios se dibujó una leve sonrisa de desdén. En mi defensa, debo decir que también había un brillo en su mirada solo atribuible al hecho de que interiormente se lo estaba pasando bien.

—¿Inquietante? —repitió—. ¿Rochester? ¿Qué tipo de monstruo

se imagina que soy?

¿Monstruo? No. Por supuesto que no. ¿Persona misteriosa con un pasado? Desde luego que sí. No puede negarse.

—Nada de monstruo, señor Pierce —dije agitando la mano en un gesto despreocupado, un intento audaz de disimular mi vergüenza —. Por lo que hoy nos concierne, Rochester no es más que un adjetivo. Es un estado de ánimo, un estilo. Cualquier hombre forzado a elegir entre azul medianoche y gris plomo se expone a semejante afirmación.

El Pirata, a quien probablemente debería referirme por su verdadero nombre, Chambers, resopló y le dio un martillazo a alguna cosa. El señor Pierce mantuvo la mirada clavada en mí.

—¿Y si me decantara por un color radicalmente distinto, como el verde?

Pensé que la respuesta era de lo más obvia.

—En ese caso, abandonaríamos por completo a Charlotte Brontë y nos adentraríamos en sólido territorio Austen.

Su carcajada fue rápida.

—No he leído a ninguna de las dos, pero creo que Austen escribía sobre hombres mejores que yo.

—Eso depende de si es usted el héroe, el villano o el tonto —repliqué.

—Es el tonto —murmuró Chambers desde el otro lado de la estancia.

El señor Pierce frunció los labios y, después de lanzarle una mirada de soslayo a su amigo, se giró y pintó otra franja de color azul en la pared.

¡Vaya!

Más tarde

¿Ha decidido el color de la pintura?

NO.

COMO LAS CORTINAS SON ROJAS Y EL SOFÁ MORADO, Y CONSIDERANDO QUE NO TENGO INTENCIÓN DE SUSTITUIRLOS, ME PREGUNTO QUÉ COMBINACIÓN QUEDARÍA MEJOR.

Ciruela.

¿DISCULPE?

El sofá es ciruela, no morado.

¿Y EXISTE ALGUNA DIFERENCIA SIGNIFICATIVA?

Mi padre habría dicho que sí.

¿SE DEDICABA AL NEGOCIO DE LA TAPICERÍA?

No. Era artista. Y ahora, volviendo al asunto que tiene entre manos, creo que debería elegir el azul. Equilibrará la calidez de las cortinas y de la tapicería.

EN ESE CASO, UTILIZARÉ EL GRIS PARA LAS PAREDES DE MI BUHARDILLA OESTE.

¿Pintar dos habitaciones? Su ambición me asombra y me

impresiona.

MI MOTIVACIÓN NO ES OTRA QUE LA SUPERVIVENCIA.

5 de julio

Al igual que ayer, la pista de la canica sigue siendo un misterio. Sintiendo la necesidad de poder debatirlo, intenté buscar a Archibald. Pero, cuando llamé a la puerta de su habitación, no respondió.

Oh, desventura.

Cuando bailas con el diablo, acabas quemándote.

A falta de órdenes tajantes por parte de tía Eugenia, me planteo dedicar la mañana a hacer cosas de importancia como intentar forzar la cerradura de la puerta de la biblioteca, escribir una carta a Saffronia March y pasear por Primrose Hill con la canica en el bolsillo con la esperanza de que algo me ilumine de repente.

Más tarde

Hablando del diablo y de órdenes tajantes… Cuando llegué a casa, me encontré no uno, sino dos sobres de color melocotón esperándome en la mesita del recibidor.

Emma:

Mis invitados han regresado a casa y tu humilde presencia vuelve a ser necesaria. Eres, al fin y al cabo, el Contrapunto, por deficiente que sea. Hay actos en los que tu presencia será requerida: una cena en mi casa, una soirée en casa de los Storidge, una partida de cartas en casa de lord y lady Black. Pero, antes de todo esto, espero verte mañana por la tarde a la hora

del té. Reflexiona sobre tus peores cualidades y ven preparada para discutir qué podríamos hacer al respecto.

Tu tía

¿Mis peores cualidades? Me parece muy ambiciosa si piensa que vamos a poder repasarlas todas en el transcurso de una única tarde de té. Creo que necesitaríamos tres como mínimo.

Abrí el segundo sobre y leí:

Pensándolo bien, no deseo que asistas a la partida organizada por lord y lady Black. Tienen estándares de comportamiento muy exigentes. Te espero mañana a las tres en punto de la tarde.

En el correo de hoy llegó también un pequeño paquete, sin insultos personales por compañía. Era de Mary y de todas las Janes de Fortitude, y estaba envuelto en un papel a rayas precioso.

Emma:

Te has superado a ti misma al servicio de las Jane Eyre de Fortitude. Y decidimos que entre todas te haríamos un regalo especial como símbolo de tu valentía. Espero que disfrutes de tu botín de guerra.

Mary

Abrí el primer obsequio y encontré una pluma dorada, fina, con las iniciales «EML» grabadas. Del tamaño justo para poder llevarla siempre encima.

El segundo regalo, para mi gran regocijo, es un par de guantes de cuero. Son de un tono rojo claro de lo más inusual y quedarán fantásticos con mis vestidos de día.

Venían con una nota.

Emma querida:

He acompañado a Mary en su tarea y he elegido personalmente estos guantes. Son para evitar que desarrolles el hábito del hurto.

Jack

Desvergonzado.

El tercer y último regalo —la guinda del pastel— es un bellísimo ejemplar de *Jane Eyre*, una edición en un solo volumen, encuadernado en suave cuero de color gris y con ornamentación plateada. Está firmado por todas las Janes, en orden cronológico de su reinado. Precioso y muy bien pensado.

Parece encantado de estar en mi estantería.

Y yo estoy encantada de tenerlo.

6 de julio

Archibald envió a Agnes a buscarme antes del desayuno.

—Dice que ha sido usted insolente, señorita Lion, y que quiere verla en el salón de recibir para hablar sobre la pista.

¿Insolente?

Intercambié una mirada de resignación con Teobaldo, que estaba acurrucado en la cama.

—¿Insolente o indolente, Agnes? —repuse mientras seguía vistiéndome—. ¿Estás segura de que no ha dicho «indolente»?

Agnes me miró como si no entendiera qué estaba diciéndole y luego negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—No podría decírselo con total seguridad, señorita. Ha dicho muchas palabras más, pero no creo que mi madre fuera a aprobar que se las repita ahora, no sé si me explico.

Sonreí. Me encanta cuando habla sin disimular su acento escocés.

Le pedí que me sirviera el desayuno en el salón. Terminé de recogerme el pelo —de forma poco favorecedora, diría a buen seguro tía Eugenia— y bajé al nivel del primo Archibald, en todos los sentidos de la expresión.

Estaba sentado en la mesita redonda que hay al lado de una de las ventanas que dan a la calle, con aspecto nervioso, moviendo sin parar las rodillas.

—Hace dos días que tenemos la canica —balbuceó—. ¡Dos días! Y el tiempo pasa. ¡Hoy estaremos todo el día dando vueltas por St. Crispian’s hasta que averigüemos qué significa esa pista!

El espectro de tía Eugenia con el entrecejo fruncido se materializó

en una esquina, y me vi obligada a decir:

—Tengo un compromiso previo, primo Archibald. He quedado para tomar el té con mi tía. Pero podemos dedicar la mañana a ver qué encontramos.

Vi que se quedaba horrorizado.

—¿Piensas dejarme solo en un momento tan crucial como este? ¿Decides ahora no cumplir con tu parte del trato? «¡Fragilidad, tienes nombre de Mujer!» —exclamó el hombre que se había pasado un día entero encerrado en su habitación.

—Te doy la nota máxima por la cita de Shakespeare —repliqué—. Pero por desgracia se trata de un compromiso ineludible. Como bien sabes, lady Spencer es implacable.

Archibald se pasó la mano por la cara, derrotado.

—Espero que se te ocurra algo antes de marcharte —declaró—. Eres, como siempre, una tremenda decepción.

Innecesariamente, pensé.

Más tarde

Veamos.

El té fue divertido para Arabella, al menos.

Fui recibida en el Primer Salón, buena señal. Tía Eugenia ya estaba allí, sentada en un pequeño escritorio.

—Ah, Emma. Ya has llegado. Veo que sigues esquelética a pesar de que te he concedido una semana o más de descanso.

—Sí, tía.

Llegó el té, mi tía me ordenó que preparara dos tazas, se acercó y lo olisqueó.

—No está muy bien preparado, pero ¿qué cabe esperar? ¿Has elaborado la lista con tus peores cualidades? Supongo que la llevarás por escrito, teniendo en cuenta lo extensa que es.

Reconocí que no lo había hecho.

Mi tía chasqueó la lengua.

Fue entonces cuando Arabella hizo su aparición, entrando en el salón como si estuviera flotando. Le dirigí una mirada pesarosa y ella, con la risa brillando en sus ojos, tomó asiento delante de mí.

—Me han dicho que hoy vamos a hablar de tus defectos, Emma.

—Eso parece.

—El propósito de este ejercicio —empezó a explicar tía Eugenia— es arrancar de raíz aquellos que no nos sirven de nada y apoyar los que hacen brillar a Arabella. Sugeriré el primero de esos defectos. Das la impresión de que sabes demasiado. Y eso no te sirve de nada; tampoco a Arabella. ¿Qué podemos hacer al respecto?

Abrí la boca y volví a cerrarla enseguida. Miré a Arabella, que se había recostado en el sofá y se lo estaba pasando en grande, y dije:

—Pensaba que mi lamentable formación se encargaba por sí misma de esas preocupaciones, tía. Le aseguro que hay muchísimas cosas que desconozco.

Tía Eugenia levantó la vista hacia el cielo, como si le estuviera pidiendo a Dios Todopoderoso que le diera fuerzas.

—Sé lo Ignorante que eres. ¡El problema es que no lo pareces! Y tu vocabulario es un veinte por ciento más inteligente de lo que debería ser. ¿Qué sugieres que hagamos?

—¿Repetir las palabras más banales de mi arsenal…? —sugerí.

—Bien, bien. ¿Cuáles?

Me encorvé.

—¿Qué palabras, quiere decir?

—Sí, dame un ejemplo. Y no te encorves.

Titubeé unos instantes y, acto seguido, me esforcé en hablar como una simplona.

—Oh, lord West, opino que la lluvia es una cosa repetitiva en un país donde llueve mucho. ¿No le parece?

Arabella aplaudió y le lancé una mirada amenazadora.

—Bien —dijo tía Eugenia mientras se preparaba otra taza de té—. Simple, repetitivo, insustancial. Y ahora dime: ¿qué vamos a hacer con ese gesto tuyo de poner los ojos en blanco?

Y seguimos así durante todo el té.

Se me permitió conservar mi cara —gracias a Dios, porque me pregunto cuál habría sido la alternativa—, así como mi pasado.

—Que Arabella se compadezca de una prima huérfana habla muy bien de ella. Cuéntale a toda la gente que quieras lo sola que estás y lo pobre que eres.

(Si ella supiera… Le hice prometer a Arabella que guardaría el secreto sobre mi pérdida de fondos).

Se me ha permitido asimismo conservar mis modales en la mesa y mi sonrisa, siempre y cuando no la utilice demasiado a menudo, aunque debo tenerla preparada cada vez que tía Eugenia me ordene utilizarla.

—Durante la próxima quincena, debes mostrarte contenta, aunque nunca excesivamente feliz. Quiero que te conviertas en un objeto de lástima. Eso hablará muy bien de Arabella, que posee, francamente, todo lo que tú tienes y todo lo que no tienes.

Considero que mi habilidad para reírme de los insultos de tía Eugenia es relativamente robusta, pero, cuando me dejó de nuevo

en libertad para volver a casa, comprendí que mi gran talento había superado una prueba de fuego.

7 de julio

¡Lo he logrado! He encontrado la primera pista.

¡Inglaterra es mía! ¡El Reino Unido entero es mío! Como mínimo, St. Crispian's. ¿O tal vez solamente mi buhardilla? Pero el sentimiento de victoria sigue presente.

Esta mañana he ido a Everett's y he elegido una cajita de pastas para darme apoyo moral después del ataque sufrido ayer contra mi reputación. Estoy segura de que mi banquero, el señor Penury, no habría aprobado la media docena de pastelitos que me he comprado, pero hay que tener en cuenta que siempre existen momentos de desesperación y esas cosas.

Y entonces, cuando volvía a casa por Whereabouts, una pandilla de chicos que cruzaba corriendo la calle para colarse por el agujero de una valla que quedaba a mi izquierda casi me atropella. Andaban hechos unos zorros y gritaban como posesos, pero parecían felices así. Superada la amenaza, seguí mi camino, pero entonces me paré. Chicos. Canicas. Los chicos juegan a las canicas, los chicos que van en pandilla, que corren por las calles y que saben dónde se localizan las tablas sueltas de las vallas. Desanduve mis pasos, observé la valla, luego la calle y, viendo que nadie me prestaba atención, retiré la tabla y los seguí.

Me encontré en un callejón lleno de maleza que discurría entre dos vallas y desembocaba en un pequeño solar de tierra. Y allí estaban los chicos reunidos.

Agnes me está llamando desde la escalera. (Su madre no lo aprobaría).

Me pregunto qué necesita.

Más tarde

Agnes quería contarme un chiste. ¡Un chiste!

Esperé pacientemente mientras se preparaba y me formulaba la pregunta.

—¿Cómo llamaría a una mujer sin sombrero?

Después de varios intentos, dije:

—No tengo ni idea. ¿Cómo?

Y entonces, cuando se disponía a responder, puso cara de haberse quedado en blanco.

—¡Señorita Lion! —Se tapó la boca con las manos—. ¡Se me ha olvidado!

—No podemos ganar todas nuestras batallas —le dije con una sonrisa, esforzándome por consolarla.

Veamos. ¿Por dónde iba?

Ah, sí. Había encontrado a los chicos en el solar del callejón.

El líder —el que imaginé que era el líder, porque se había apoderado de la única rama de un árbol medio talado— tenía una pierna descansando sobre la rama mientras balanceaba la otra.

Se quedaron mirándome.

Me di cuenta enseguida de que era una invitada muy poco grata.

Mi instinto para tratar con aquella tribu de nativos poco amistosos me indicó que lo mejor era no intentar hablar su jerga, so pena de caer en algún tipo de malentendido. Me decidí pues por la estrategia del trueque. Saqué la canica del bolsillo, la puse a contraluz —tenía

un verde realmente precioso— y entonces se la lancé al chico que me observaba desde el árbol.

La cazó al vuelo con una mano, la hizo rodar entre dos dedos y dirigió un rápido gesto de cabeza a uno de los chicos que estaban en el suelo. El chico, tocado con una gorra ladeada, buscó en su bolsillo mientras caminaba hacia mí. Cerró el puño. Entendí enseguida su lenguaje, extendí mi mano enguantada abierta y me quedé a la espera.

El chico depositó en mi mano una moneda de plata.

En vez de quedarme mirándola —no, estaba en compañía de gente con demasiado mundo para hacer eso—, me la guardé en el bolsillo, les entregué la caja de pastelitos a modo de agradecimiento, me toqué con elegancia el sombrero y desaparecí hacia el callejón para cruzar de nuevo la valla.

Un trabajo bien hecho.

Más tarde

El primo Archibald y yo hemos mantenido un cónclave esta noche durante la cena con el fin de dilucidar el significado de la moneda. (Casi lamento decir que no hubo heridos en la familia). No es de acuñación inglesa, ya que tiene la silueta de César en una cara y la silueta de alguien que deduzco que es Bruto en la otra. Alrededor de la cabeza de César puede leerse: «*Et tu, Brute?*», las famosas últimas palabras que pronunció nuestro querido Julio.

Es una cosita preciosa y, de no ser una pista, mandaría que hicieran un colgante con ella.

El primo Archibald estaba fuera de sí con el misterio de la

moneda. Tuve que explicarle tres veces cómo me había hecho con ella. Le molestó que hubiera niños implicados. Por principio, no le gustan los niños.

Después de sortear el embrollo de palabras que el primo Archibald soltó mientras insistía en que TIENE QUE HABER OTRO MENSAJE GRABADO EN LA MONEDA, me decanté por un enfoque más práctico.

—¿Qué se puede hacer con una moneda? —planteé—. Se puede comprar algo con ella. O se puede arrojar a una fuente para tener buena suerte.

Nos quedamos un momento sentados, mirándonos, hasta que los dos exclamamos:

—¡Baron's Square!

Un excepcional momento de pensamiento paralelo.

Porque en Baron's Square se encuentra la única fuente de todo St. Crispian's.

Se trata de una réplica de la famosa escultura de Cellini que representa a Perseo sosteniendo la cabeza de Medusa; trágica, grotesca y curiosamente conmovedora, ya que nuestra versión fue diseñada de tal modo que el agua cae de los ojos cerrados de Medusa.

Resulta desgarradora. El espectador no aclama tanto al vencedor como se maravilla ante la cabeza llorosa de mujer que sujeta la mano de Perseo.

Archibald y yo decidimos que la fuente era merecedora de una misión de investigación inmediata.

—No me gusta nada ser visto contigo en público —dijo con fervor.

—Por suerte para los dos, está oscuro —repliqué.

Después de reunir todo el equipamiento necesario, salimos de Lapis Lazuli House al amparo de la mencionada oscuridad y pusimos rumbo hacia Baron's Square.

En la fuente no había nadie. Lo cual, dada la hora, no era de extrañar.

La rodeamos, miramos en el agua para ver si alguna de las monedas lanzadas allí coincidía con la nuestra y Archibald solo profirió tres insultos.

Mi primo, con la chaqueta arremangada —en lugar de quitársela, como haría cualquier persona normal—, se entretuvo metiendo la mano en el agua para ir sacando puñados de monedas.

Yo, por mi parte, me dediqué a estudiar a Perseo y a nuestra Medusa llorona.

Resulta grotesco en muchos sentidos ver a Perseo de pie sobre el cuerpo decapitado de Medusa y percatarse del mal trabajo que hizo, puesto que ver que el corte del cuello no fue limpio del todo siempre me ha provocado escalofríos. Sin embargo, no puedo negar que Perseo hizo bien.

Siempre recordaré lo que mi padre me contó acerca de esa historia.

Y me pone un poco triste.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que Archibald estaba sacando monedas de la fuente y guardándoselas en los bolsillos. Terminará logrando que una maldición caiga sobre nosotros, lo juro.

—¡Primo Archibald! ¿Pero qué haces? —le dije.

—Busco pistas —me espetó.

—¡No puedes robar los deseos de los demás! ¡Nos traerá la peor

suerte del mundo! ¡Devuélvelas!

Si alguien hubiera oído por casualidad lo que estábamos diciendo, nos habría tomado por locos.

—Esto nos está diciendo claramente que debemos fijarnos en el poder del hombre —insistió el primo Archibald.

—Perseo era un semidiós. No seas tan creído —fue mi rápida réplica.

Aquello nos sumió en un breve silencio.

El primo Archibald sugirió que nos centráramos en la cabeza de Medusa, ya que matarla era el objetivo de su misión. La idea no me convencía en absoluto.

—No, el acto ya está consumado; ya no estamos hablando de poder —respondí—. Estamos aquí para actuar, así que debemos pensar en la acción. ¿La acción? ¿La espada? La espada tiene el filo apuntando hacia abajo, hasta que describe una curva perversa hacia arriba y…

Seguimos con los ojos la dirección de la punta de la espada y nos encontramos mirando directamente a una ventana de la segunda planta de la casa del general Braithwaite.

(Corre el rumor de que solo el general podría haber comprado la casa que queda justo delante de la fuente. Nadie más que él podría soportar aquel llanto constante).

Que la espada nos estuviera señalando la pista parecía una idea de lo más descabellada hasta que, en la ventana que estábamos los dos mirando, se agitó una cortina y se vislumbró un destello de luz. De pronto, se reveló y se ocultó tres veces el resplandor de una vela.

Eché a andar hacia allí.

—¿Dónde vas? —gritó Archibald.

—Es nuestra señal, primo.

—¡Es una trampa!

Creo que le respondí con unas palabras alentadoras, algo así como:

—¡No seas imbécil!

Llamamos a la puerta de la casa del general Braithwaite después de asegurarme de que el primo Archibald devolvía todas las monedas a…

8 de julio

Anoche me quedé dormida en mi escritorio. Me he despertado a las tantas de la madrugada —creo que fue porque oí al señor Pierce subiendo por su escalera— y ahora tengo el cuello dolorido. Sé que me costará mantener la cabeza erguida para escuchar el sermón del Joven Hawkes.

Me puse a repasar lo que había escrito estos últimos días en mi diario y me sorprendió, y a la vez me hizo gracia, ver la cantidad de tiempo que me lleva anotarlo todo. Había estado acostándome tarde todas las noches, cosa que no haré la semana que viene, puesto que tengo diversas obligaciones con tía Eugenia.

Al final, será Emma M. Lion la que aparezca muerta el día 15, no César.

Los sucesos acontecidos anoche en casa del general Braithwaite me resultan confusos. Recuerdo que oí hablar sobre la línea de suministros de las Fuerzas Armadas de Su Majestad mucho más de lo que nunca me habría imaginado, y también me acuerdo de que el general nos dijo que guardáramos nuestra moneda y que recordáramos el número… ¡Ay, Dios! ¿Era el setenta y uno? Me parece que sí.

Luego nos reprendió por estar fuera de nuestros barracones a aquellas horas y nos despachó sin miramientos. Puede que sea demasiado maravilloso para ser verdad, pero creo recordar que, al salir, el general le atizó en el trasero al primo Archibald con la punta de su espada.

Delicioso, de ser cierto.

Más tarde

El Joven Hawkes dio un sermón breve y un poco aburrido sobre el ciego que guiaba al ciego —una referencia tanto bíblica como a *Julio César*—, tras lo cual cerró su Biblia de golpe, nos miró a todos los allí reunidos y declaró sin rodeos:

—Quiero dejar constancia de que no sé nada sobre *Julio César* y que no volveré a mantener comunicaciones con respecto a ese tema. En caso de que se produzca un fallecimiento en cualquiera de sus familias, les ruego que se pongan en contacto conmigo; de lo contrario, volveremos a vernos el domingo próximo. Amén.

Y no se cantó siquiera un salmo.

Luego, en vez de quedarse esperando para estrechar las manos de los feligreses, el Joven Hawkes cruzó la puerta, salió a la calle y —si debemos creer lo que cuentan los testigos— se fue directo a The Cleopatra.

Vaya.

9 de julio

Esta mañana, mientras planchaba mi enagua, dijo Agnes:

—Mi madre comentó en una ocasión que, si Bruto hubiera sido escocés, jamás habrían descubierto que era el asesino de Julio César.

—Claro, por supuesto —repliqué, distraída como estaba cosiendo un botón medio suelto de mi vestido—. Aunque, si Bruto hubiera sido escocés, no habría estado en posición de cometer un asesinato en el Senado romano, ni el de César ni el de nadie.

Agnes arrugó la nariz y reflexionó seriamente sobre lo que yo acababa de decirle.

Más tarde

Ayer me negué en redondo a seguir nuestra pista —es, efectivamente, el número setenta y uno, tal y como atestiguaba un pedazo de papel escrito con mi letra agotada— y me excusé porque era fiesta de guardar.

—Estaré en la iglesia, primo Archibald, y después tengo intención de pasar el resto del día en solemne introspección con mi alma —declaré.

—Pues no te pierdas en el negro lodazal que encontrarás allí —contestó.

Me pareció que el comentario era el reflejo perfecto de su caso.

Hoy, con las energías recuperadas después de mi viaje por el

negro lodazal que es Emma M. Lion, he bajado al salón después de desayunar, lista para la batalla.

Para mi leve decepción, el primo Archibald me estaba esperando, cejijunto como un villano.

Un ser mortal inferior habría deseado que falleciera silenciosamente en el transcurso de la noche.

Yo, sin embargo, me habría conformado con que el fallecimiento hubiera sido más bien ruidoso.

Juntos —físicamente, aunque no en espíritu—, el primo Archibald y yo recorrimos todas las calles de St. Crispian's.

Al no detectar nada más, llegamos a la conclusión de que el setenta y uno debía de hacer referencia al número de una casa. Y tanto en Traitors Road como en la Diagonal había casas con dicho número. Empezamos por Traitors.

El primo Archibald, que se negó —y aquí cito literalmente— «a correr el riesgo de adquirir pulgas», se quedó en la acera mientras yo subía la escalera y me servía de la aldaba de latón para dar a conocer mi presencia. Necesité tres intentos antes de obtener respuesta.

—¿Sí? —dijo el hombre que abrió la puerta.

—Hay motivos para creer que podría tener usted alguna cosa para mí.

El hombre, que parecía un pelín agobiado, parpadeó un par de veces y dijo:

—¿Forma ese hombre de ahí parte de su investigación?

Miré por encima del hombro al primo Archibald, que seguía en la calle y trataba de espantar una mosca que intentaba atacarle la cara.

—Sí —admití a regañadientes—. Por desgracia.

—De acuerdo pues. Pase.

Lo seguí y accedimos a un recibidor pintado en tonos oscuros donde el hombre se detuvo delante de una mesita en la que reposaba un cuenco.

—Me han ordenado que le entregue esto.

Me dio un papel. Tenía un sol dibujado y las palabras «*Theā́ Philopátōra*».

—¿Y eso es todo? —pregunté—. ¿No hay ningún otro mensaje?

—Ningún otro mensaje.

—¿Tiene idea de lo que esto podría significar?

—Ninguna, señorita.

Le di igualmente las gracias y me fui.

Archibald me arrancó la pista de las manos en cuanto pudo y la leyó en voz alta. Se quedó blanco de repente y gritó:

—¡Maldito sea este juego perverso!

Le pregunté si conocía el significado de la pista.

—¿Cómo quieres que lo conozca?

Y, después de tal pronunciamiento, se limpió la nariz con el dorso de la mano, dio media vuelta y echó a andar por Traitors Road sin esperarme.

¿Theā́ Philopátōra?

10 de julio

VEO QUE HABLABA EN SERIO CUANDO DIJO QUE ME ENCONTRARÍA CON CITAS DE JULIO CÉSAR.

¡Por supuesto! ¿Qué ha pasado?

ESTUVE EN EL REED AND RITE PARA VER SI TENÍAN ALGÚN OBJETO PERDIDO MÍO EN EL RECAUDO, POR ABSURDO QUE ME PAREZCA TODO ESTO.

Y, MIENTRAS ESTABA ALLÍ, ME TOMÉ UN CAFÉ Y COMÍ ALGO.

HABÍA VARIOS HOMBRES EN LA BARRA RIÉNDOSE DE VETE TÚ A SABER QUÉ. ENTONCES UNO DE ELLOS SEÑALÓ HACIA MÍ Y DIJO: «HE ALLÍ A CASIO, CON SU FIGURA EXTENUADA Y HAMBRIENTA; PIENSA DEMASIADO: SEMEJANTES HOMBRES SON PELIGROSOS».

A LO QUE SIGUIERON RISAS Y VÍTORES.

¿Lo confundieron con Casio? Qué vileza, señor Pierce.

¿HE HECHO YO ALGO PARA GANARME TAL IRA PÚBLICA?

Se trata simplemente de la vieja guardia que pretende divertirse un poco a costa de un nuevo residente. Es una especie de bienvenida.

¿USTED CREE? PORQUE LA VERDAD ES QUE NO ME SENTÍ EN ABSOLUTO BIENVENIDO ALLÍ SENTADO, CON MEDIO PASTEL DE JENGIBRE EN LA BOCA Y PONIENDO CARA DE TONTO.

¡No! Claro que no, señor Pierce. De haberle visto cara de tonto, habrían utilizado otra cita de la obra. Que le gritaran esa frase de «He allí a Casio» puede considerarse una especie de honor. Un cumplido en sentido inverso. Le pasó a mi padre una vez.

ESTE ES EL LUGAR MÁS RIDÍCULO EN EL QUE HE VIVIDO JAMÁS.

¿A que sí? Por eso lo adoramos, supongo.

¿Ha encontrado algo suyo en El Recaudo?

UN PAR DE CALCETINES.

Vivan las pequeñas victorias.

11 de julio

Acabo de recibir una misiva de Roland. Después de no tener ni la más mínima noticia suya desde hace casi una quincena, me he dado cuenta de que lo he echado de menos. Hay que ver cómo se desvanecen las deleznables travesuras de la infancia.

Emma:

Estoy pasando unas semanas con un amigo del alma en el campo. Resulta agradable, ya que en Londres hace un calor sofocante. ¿Recuerdas que le prometí (le prometimos) una ópera a la señorita Hunt y a su hermano? (Independientemente de lo mercenarias que sean sus intenciones). Le he suplicado perdón, he justificado mi huida en términos de emergencia personal y le he jurado que cumpliría mi promesa en agosto, cuando comiencen las representaciones de La flauta mágica. Y, dado que tú eres en parte responsable de que me encuentre atrapado en esta red de engaños, espero que asistas al acto rebosante de energía.

¿Quieres que te envíe alguna cosa? ¿Un poquito de sol campestre? ¿Un bosquecillo? ¿Un fresco arroyo? ¿Una flor?

Tu humilde servidor,

Roland Sutherland

Roland:

Eres un crápula. Si tu yo de niño hubiera leído tal exhibición de

poesía, habría cavado un hoyo y te habría metido dentro. En cuanto a La flauta mágica, no la he visto nunca y siempre he deseado verla. Os acompañaré a ti y a los Hunt. (Me pediste ayuda, te lo recuerdo). Sugiero reclutar a Arabella. Si tu deseo —aunque tal vez no lo sea— es que la señorita Hunt pierda el interés, la mera presencia de Arabella infundirá miedo en su corazón mercenario. Quedamos, pues, en agosto.

En lo referente a los regalos que me propones: puesto que no tengo espacio en mi buhardilla ni para un bosque ni para un arroyo, por preciosa que me parezca la idea, me encantará recibir una flor de tus viajes. Pero ten en cuenta que, aun sin poseer un ejemplar de Emblemas Florales o de El lenguaje de las flores, los he leído ambos. Y, por lo tanto, si me envías una rosa de la bahía o un zapatito de la Virgen, sabré que me deseas una tumba temprana. Si me envías un tanaceto, me habrás declarado la guerra.

Emma

Me dispongo a salir para asistir a una cena con tía Eugenia y Arabella. Es decir, si el primo Archibald no me asesina antes de que cruce la puerta. Está muy enfadado porque no he resuelto la pista. No lo he hecho, es la verdad. Anoche asistí a una cena que imaginaba que sería complicada pero que acabó resultando agradable. Algo que no me esperaba. (Culpo a Archibald Flat de ese desequilibrio universal). Si le apetece andar gritándole «¿*Theā́ Philopátōra*?» a todo aquel que quiera escucharlo, allá él.

Voy a cenar con la expectativa de disfrutar de una comida

exquisita.

Más tarde

La comida estuvo bien, pero la cena se alargó tantísimo que una viuda se desmayó entre plato y plato como consecuencia de la fatiga. Fue un regalo inesperado que me divirtió bastante.

Un poco de alboroto en el comedor siempre se agradece.

Arabella y yo pudimos encontrar un rincón tranquilo cuando las mujeres nos separamos de los hombres. Tiempo suficiente para mantener una conversación privada. Después de ofrecerle a Arabella una breve sinopsis de la saga de Julio César, contándole la búsqueda de pistas con enorme dramatismo, le expliqué que la última pista que había entrado en mi posesión me tenía sin respuesta.

—¿Y cuál es esa pista?

Saqué el papelito que llevaba escondido en el guante —porque, claro está, cuando una asiste a una cena, cualquier tipo de mensaje críptico debe llevarlo escondido en el guante— y se lo entregué a Arabella.

—«*Theá Philopátōra*» —dije en voz alta, y vi que Arabella se quedaba pensando—. Imagino que tendré que encontrar una biblioteca y un libro de griego.

Arabella se ruborizó, algo excepcional en ella, y levantó el papelito sujetándolo entre dos dedos.

—Oh, Emma, deberías haber acudido a mí antes. Conozco el significado.

—¿Tú? —exclamé con un tono cargado de intención.

—Yo —respondió Arabella arrastrando la palabra—. Muchos

piensan que no soy más que una cara bonita, pero tú sabes que no es así, querida prima. *Theá Philopátōra* significa «diosa que ama a su padre».

No la creí.

—No pretendas engañarme con tu perverso sentido del humor, Arabella.

Arabella soltó una risa burlona…, bueno, todo lo burlona que se puede ser mientras se mantiene una expresión completamente lánguida a la vez que agradable.

—No me creas si no quieres, Emma, pero *Theá Philopátōra* significa «diosa que ama a su padre».

—¿Y cómo lo sabes? —dije en tono desafiante—. Tú no dominas el griego.

Arabella me miró como si sus ojos escondieran un pensamiento muy profundo.

—Lo sé porque así es como me llamaba mi padre: *Theá Philopátōra*. Es uno de los nombres de aquella cuyo otro nombre era «gloria de su padre», conocida también como Cleopatra. Pues ya lo tienes. ¿Te dice algo todo esto?

Arabella no invoca el nombre de su padre a la ligera, pero aun así le dije:

—¿Me tomas el pelo?

—No —respondió—. ¿Por qué?

—Porque The Cleopatra es el nombre del pub de St. Crispian's.

—Pues, entonces, te he resuelto la pista. Y ahora, por mucho que me fascinen los emperadores muertos, que no es mucho, la verdad, preferiría que me contaras qué tal le va a tu Inquilino.

Cuando Arabella arquea ambas cejas es para informarte de que

acabas de hacer una tontería. Cuando arquea solo una es para informarte de que estás haciendo algo interesante.

Arqueó solo una.

Y, viendo que me había resuelto una pista, decidí depositar una ofrenda en el altar de la diosa.

—Creo que a El Inquilino le va bien. Me gusta. Lo que sé de él, me refiero. Si me prometes guardar el secreto, te contaré que he accedido a alquilarle el gran salón como estudio para realizar sus retratos. Me ayudará a complementar mis ingresos.

—¡Emma! Qué ingenioso por tu parte, y totalmente inapropiado dadas las circunstancias.

—¡En absoluto! —Creo que mi defensa fue excesivamente robusta, puesto que tía Eugenia nos lanzó una mirada fulminante a las dos antes de retomar su conversación. Me incliné hacia delante y bajando la voz añadí—: Está instalando una puerta de acceso a Lapis Lazuli Minor, y entrará y saldrá por allí. Básicamente, pasará a formar parte de sus habitaciones.

—¿Y la puerta que da a tu recibidor?

—Permanecerá respetuosamente cerrada durante mucho tiempo, imagino.

—¿Estáis uniendo las viviendas?

—¡De ninguna manera!

La sonrisa que lentamente se dibujó en el rostro de Arabella me dio a entender que ella no lo veía así.

—Se trata de un hombre que ya ha superado los treinta, Emma. ¡Eres un escándalo! Cuéntame cómo es. No te guardes nada. Quiero la descripción de una artista. Teniendo en cuenta que has compartido un oporto con ese hombre, feo no puede ser.

—Tu lógica no se sostiene por ningún lado —repliqué en un susurro—. De acuerdo. Si quieres que te sea sincera, me parece muy guapo. No es un Apolo, como Roland; es de un tipo totalmente distinto. Tiene facciones afiladas. El cabello oscuro, algo más largo de lo que está actualmente en boga. Bien afeitado, sin bigote, a Dios gracias. Sus ojos…, me cuesta saber cómo son: plateados la mayoría de los días y como nubes de tormenta el resto.

Arabella se acomodó mejor en su asiento e intentó disimular una sonrisa.

—Continúa.

—La verdad es que no me paso el día sentada mirándolo, Arabella. No hay mucho más que contar.

—Por lo que dices, parece un ángel vengador.

Ahí estaba. Arabella acababa de pronunciar las palabras que encajaban con el señor Pierce con una precisión casi aterradora.

—Ángel Vengador —repetí—. A lo mejor lo es. Su persona está envuelta en una potencia especial, y me resulta imposible descifrar si es como el temblor que se produce justo antes de la tormenta o el alivio incierto que se vive cuando la tormenta amaina. ¿Miedo? ¿Sobrecogimiento? La verdad es que no se parece a ningún otro hombre que haya conocido.

—Emma, querida…

—¿Sí?

—Solo te lo diré una vez…

Pero, justo en ese momento, tía Eugenia nos reclamó y nuestro *tête-à-tête* se interrumpió de repente. Con toda nuestra dignidad, nos unimos de nuevo al grupo al mismo tiempo que llegaban también los hombres, y ya no volvimos a quedarnos solas.

Terminada la velada, tía Eugenia y Arabella me acompañaron hasta la puerta, donde había un carruaje esperándome para llevarme a casa. El motivo de la atención de mi tía era preguntar por mi inexistente carabina.

—¿Se siente muy mal por haber sido excluida, Emma?

—Está encantada por mí, tía. Sin embargo, se sentiría incómoda tanto en una cena como en un baile. Se alegra de esperarme en casa.

—Qué lástima. Siempre está bien despertar la envidia en el corazón de los criados. De este modo es más fácil manipularlos. Debes fomentar ese tipo de sentimientos, Emma.

—Sí, tía.

Me marché sintiéndome más escandalosa que cuando había llegado.

12 de julio

No creo que lo que sucedió en The Cleopatra fuera enteramente por mi culpa.

Hay quien podría opinar ~~lo contrario~~ que eso aún está por ver.

Una Visión Subjetiva del Día
por Emma M. Lion

Cuando informé al primo Archibald de que la pista nos llevaba a The Cleopatra, esperaba que él pasara a tomar las riendas, puesto que yo jamás he entrado en ese pub, un lugar frecuentado por los varones de nuestro vecindario. Si bien St. Crispian's es muy tolerante con las peculiaridades, y la dura lente de la crítica social es de un color extremadamente rosa, persisten todavía ciertas actitudes ligadas al género femenino y al Lugar Apropiado que puede visitar. Como mujer, tengo sin duda mayor libertad para tomarme ciertas libertades, por así decirlo; sin embargo, existe un lugar donde tales ideas progresistas no son bienvenidas: The Cleopatra. La única mujer deseada en The Cleopatra es Cleopatra, representada por una escultura colocada al lado de la puerta de entrada que los solteros suelen adornar con bisutería barata porque dicen que da buena suerte.

Cuando le sugerí al primo Archibald que fuera él al pub y se tomara una pinta mientras intentaba echarle el lazo a una nueva pista —esa elección de palabras me hizo imaginarme a Archibald

como un vaquero del Lejano Oeste, una forma de entretenerme ante la perspectiva de un día aburrido—, vi que se ponía nervioso.

Acto seguido, cayó presa del pánico.

Y luego intentó aflojarse el cuello de la camisa.

Algo iba pero que muy mal.

—Primo —le pregunté—, ¿tienes algo que decir?

—No puedo —gimoteó—. No puedo ir a The Cleopatra.

—¿Y por qué no? —quise saber.

—Estoy vetado. Estoy absolutamente vetado. Hasta el fin de los tiempos.

—¿Por qué razón?

—Fue hace mucho. Y no tengo ningún deseo de rememorar tan abominable experiencia.

Por mucho que me apeteciera presionarlo para que me contara esa historia, fruncí el ceño y me llevé las manos a las caderas, un gesto que me hizo pensar en mi madre.

—En menudo aprieto estamos metidos entonces.

El primo Archibald, por una vez, dio casi la impresión de albergar cierto sentimiento de contrición.

—Podríamos enviar a Parian —sugirió, después de lo cual tosió para aclararse la garganta.

—No funcionaría. Iré yo.

—¿Y harás qué? —replicó.

—Pediré una pinta si es necesario.

Entonces resopló y dijo:

—Para las de tu especie no hay nada sagrado.

—¿Mi especie?

¿Estaría de nuevo atacando a mi generación, en términos

generales?

Pero por desgracia no.

—La especie de las mujeres. La Maldición de Adán. El Sexo Débil.

Fue en aquel momento cuando torcí la boca y fijé la mirada. En La Cicatriz.

Huelga decir que, mientras preparaba mis cosas, recogía los mechones que se me habían soltado y salía de casa, mi primo siguió proclamando a voces sus opiniones sobre Mi Estado Degenerado y la Costilla de Adán.

El trayecto hasta The Cleopatra no duró ni mucho menos tanto como pensaba. Más pronto de lo que me habría gustado, me encontré en la esquina de Traitors con la Diagonal, y allí estaba. La estimada reina egipcia de St. Crispian's.

—Esto va por Julio —murmuré para mis adentros antes de enderezar los hombros y abrir la puerta.

Era un local escasamente iluminado. Al entrar, me fijé en la pobre Cleopatra que quedaba a mi derecha, cargada de bisutería, baratijas y cuentas. No parecía muy contenta, la verdad. Lancé una mirada compasiva a la escultura de madera.

Cuando avancé unos pasos hacia la barra, el murmullo de voces masculinas diurnas cambió a un volumen más bajo hasta acallarse. Acababan de identificar a una mujer en su entorno.

Me pareció que algunos no le daban importancia. Otros, en cambio, no parecían nada complacidos de verme allí.

El camarero estaba secando vasos, y necesité hacerme sitio en la barra, entre dos hombres, y carraspear un poco para que por fin levantara la vista.

—¿Se ha perdido, señorita?

—Oh, pues no. De hecho, estoy buscando…

Y fue entonces cuando, con una exagerada sonrisa de suficiencia, el hombre me sugirió:

—¿Una pinta?

Antes de que me diera tiempo a poner en orden mis ideas para poder preguntar por la pista, dije:

—Sería estupendo. Me sentaré en esa mesa de allí.

No me apetecía en absoluto una pinta, y mucho menos sentada a una mesa.

Uno de los clientes se echó a reír.

Podría haberle comentado que tenía comida entre los dientes. No lo hice.

Por muy tentada que estuviera.

Mi madre me había educado para no hacer esas cosas.

Lo cual es una lástima.

Viendo que no me quedaba otra que enfrentarme a una pinta —como mínimo—, giré sobre los talones y me dirigí hacia una mesa que había pegada a la pared del fondo. Todo habría sido mucho más impresionante si un hombre no me hubiera pisado la falda.

El desgarrón del dobladillo solo sirvió para llamar aún más la atención.

—Disculpe, *señorita* —dijo el autor del crimen.

Otro hombre dijo:

—Tranquilo, colega. Déjale un poco de espacio a la señorita.

Haciendo acopio de todo mi orgullo irlandés, me volví hacia el culpable y, en vez de articular una réplica elegante, me limité a emitir el sonido de un «Hummm».

Tomé asiento de cara a la sala. Pensé en la tarjeta que el Joven Hawkes me había entregado años atrás. «Impasible», decía.

Pues impasible me senté.

Aun así, muchos se quedaron mirándome.

Resultaba desmoralizante encontrar el estado mediocre de nuestra sociedad encerrado en mi encantador y excepcional St. Crispian's. Debo reconocer, sin embargo, que no todos los hombres parecían molestos por mi presencia. El señor Hathaway, un vecino de Whereabouts, levantó la mano y me sonrió. Le devolví la sonrisa.

Cuando el camarero me trajo la pinta, la depositó sobre la mesa con tanta fuerza que se derramó la mitad de su contenido, lo que no me supuso ninguna contrariedad. No tenía intención de beber mucho tan temprano.

Pero el camarero se quedó allí plantado, con los brazos cruzados, como si quisiera ponerme en evidencia.

Lo que aquel hombre no sabía era que yo me enfrentaba a la gran lady Eugenia Spencer cada semana y que había vivido con la prima Matilde durante tres extenuantes años. Y que, en consecuencia, él no me daba ningún miedo.

Agarré la jarra por el asa y le di un buen trago.

Cuando la dejé de nuevo en la mesa, dije:

—Decente. Las he tomado mejores.

Fue entonces cuando el camarero echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

Lo cual no fue en absoluto de mi agrado, puesto que todos los pares de ojos presentes se volvieron hacia nosotros.

—¿Quiere que le sirva alguna cosa más? ¿Una sidra fuerte, quizá?

¿O algo lo bastante exótico como para quemarle las entrañas? Una vez haya terminado su pinta, claro está.

Justo cuando abría la boca para responder, se oyó la voz de otra persona.

—Gibbs, veo que ya le has dado la bienvenida a mi invitada. ¿Me sirves una limonada? ¿Señorita Lion? ¿Le apetecería también una para acompañar su… pinta?

Alcé la vista y me encontré con la cara del Joven Hawkes en persona.

—Una limonada estaría bien —repliqué.

Gibbs mostró expresión de arrepentimiento al instante y retiró la pinta.

—Hawkes, no sabía… Lo siento… —Hawkes lo miró de arriba abajo hasta que Gibbs terminó con—: Enseguida me ocupo de usted y de la señorita.

—Espléndido —respondió—. Me parece que la mesa requiere cierta atención. ¿Te importaría…?

Y antes de que Hawkes pudiera decir nada más, Gibbs ya había limpiado la mesa y se había largado corriendo para preparar nuestras insípidas limonadas.

El vicario no habló de inmediato, sino que se limitó a tomar asiento delante de mí, con su pelo peinado de cualquier manera y una mirada que no delataba nada. Cuando la atención del local recuperó su familiar zumbido y ya nadie podía oírnos, dijo:

—Señorita Lion.

—Joven Hawkes.

—¿Se ha aficionado ahora a beber por las mañanas?

¡Cielos, no!, pensé. Aunque, si el primo Archibald tuviera que

arrastrarme a algún vicio, a buen seguro sería este.

—He pedido una pinta por error. Pero imagino que debo de parecer algo así como la personificación del mal, ¿verdad?

Hawkes se quedó mirándome un momento y dijo:

—Creo que la personificación de la travesura sería más pertinente para una tal Emma Lion. Su primo, sin embargo, diría que es la del mal.

—Cielo santo. —Creo que inserté un suspiro a continuación—. ¿Ha estado escuchando de nuevo sus confesiones?

—Lo he limitado a diez quejas sobre usted por visita.

Me entraron ganas de estrangular al primo Archibald.

—¿Solo diez? Qué limitante. ¿Y qué le ha contado sobre mis pecados?

El Joven Hawkes apartó la vista y tamborileó sobre la mesa como si de un instrumento se tratara.

—Eso tendría que ser considerado confidencial, incluso en el caso de que atacara usted al señor Flat con una espada.

No podía estar hablando en serio.

—¡No fui yo! ¡Fue el general Braithwaite!

Por fin, la expresión habitual de Hawkes, filosófica y algo apenada, se alteró con una sonrisa.

—Pues es una lástima. Porque me quedé bastante impresionado con su potencial como espadachina.

—Bueno, nunca he dicho que careciera de potencial como espadachina.

Pienso que gran parte de los sucesos de mi vida me han dirigido hacia algún tipo de piratería.

Aunque eso no lo dije.

El Joven Hawkes ya sabe demasiado sobre mí.

Gibbs reapareció con dos vasos de limonada y una simpática invitación destinada a Hawkes para que pidiera lo que quisiera: invitaba la casa.

—No, no. Gracias, Gibbs. La señorita Lion es una amiga especial, y me complace que tu establecimiento la haya atendido tan bien.

Disimulé mi resoplido con un ataque de tos bastante convincente y Gibbs tuvo la gentileza de aparentar sentirse avergonzado.

—Solo lo mejor para sus amigos, Joven Hawkes. ¿No es eso, chicos? —vociferó dirigiéndose al resto del pub.

Un grito de aprobación corrió entre todos los hombres como un caballo renqueante. ¡Menudo entusiasmo! Por lo visto, Hawkes goza de un enorme prestigio en The Cleopatra.

Cuando Gibbs nos dejó solos, volqué mi atención en aquella bendita limonada y le di las gracias al Joven Hawkes. Le expliqué que llevaba horas sin comer y que, la verdad, no me apetecía tomarme una pinta con el estómago vacío.

—Disculpe la pregunta, señorita Lion, pero ¿qué hacía aquí tomándose una pinta con el estómago vacío? No me imaginaba que frecuentara The Cleopatra.

—Se trata de una proverbial Primera Vez —respondí—. Y le contaría encantada por qué estoy aquí, pero resulta que en su sermón del domingo nos pidió de forma muy clara que no le habláramos para nada de *Julio César*.

—De modo que es eso. ¿Y qué pista anda buscando?

Extraje la moneda de plata de mi ridículo y la deposité sobre la mesa.

Hawkes la cogió y estudió una cara, luego la otra.

Me preguntó si se la había mostrado a Gibbs.

Le respondí que no, que no lo había hecho.

Entonces, el Joven Hawkes llamó a Gibbs y le enseñó mi moneda.

—Pertenece a la señorita Lion. ¿Tienes algo para ella?

Gibbs se ruborizó.

—Lo tengo, sí, pero…

—Lo necesito, Gibbs —respondí por mi cuenta—. Es la razón por la que estoy aquí.

El camarero se quedó mirándome un buen rato, como si fuera el heraldo de mi destrucción.

—Muy bien, señorita Lion. Lo que necesita usted no es ninguna pinta. Ni ninguna limonada. Tiene que pedir una Cleopatra.

Hawkes, guía espiritual y líder religioso, cerró los ojos y emitió un sonido de incredulidad. Murmuró algo que sonó similar a «Solo Emma Lion querría…», aunque no estoy del todo segura.

—¿Qué es una Cleopatra?

El hombre no respondió.

El Joven Hawkes esbozó una mueca y preguntó:

—¿Es necesaria esa Cleopatra, Gibbs?

—Yo no hago las reglas, Hawkes. Y las reglas son las reglas. Si la señorita hubiese encontrado las otras pistas, habría elegido un camino distinto, pero estas son las que encontró y por eso está aquí. Pensándolo bien, creo que esta pista estaba pensada para un caballero.

Fue un momento de iluminación.

En primer lugar, no sabía que hubiera más de un camino que condujera a Roma.

Y, en segundo lugar, caballeros y damas recibían pistas distintas.

O eso parecía. El hombre que me dio la pista de The Cleopatra debió de pensar que sería el primo Archibald el que asistiría.

Curioso.

Cuando Gibbs se marchó para preparar lo que supuse que sería mi perdición, le pregunté al Joven Hawkes:

—¿Tan mala es esa Cleopatra?

No respondió y no dijo nada hasta que Gibbs reapareció unos minutos después y dejó delante de mí un vaso con lo que parecía alquitrán negro de la calle.

—¿Qué demonios es esto?

—La Cleopatra, señorita.

—Ay, Dios mío.

—Yo no hago las reglas —repitió poniéndose un poco a la defensiva.

Miré unos instantes aquel brebaje y me armé de valor.

—¿Unas últimas palabras antes de mi inminente final? —le pedí al Joven Hawkes.

—¿Desea recibir los últimos sacramentos?

Aquello era de muy mal agüero.

—Si tiene alguna bendición para mí, Hawkes —dije cogiendo el vaso—, ahora es el momento.

El Joven Hawkes suspiró.

—Señorita Lion, la bendigo para que venza al dragón.

—Amén —murmuró Gibbs, palabra que fue seguida por varios amenes más, momento en el cual me di cuenta de que todos los ojos del local estaban fijos en mí.

Fruncí los labios, maldije mi estómago vacío y, con una oración

que sonó muy semejante a un gemido, engullí la Cleopatra de un único y viscoso trago.

Aquello era la muerte en un vaso. Miseria y porquería, seguidas de un toque de pimienta, regaliz y quién sabe qué más. Casi no consigo tragármelo. Mi estómago se removió dos veces y, mientras me esforzaba por conservar la Cleopatra dentro de mí, todos los presentes contuvieron la respiración.

Excepto Hawkes, que me observaba con atención, concentrado plenamente en mí.

Tener al clero como ayudante en semejante aventura me proporcionó un extraño consuelo.

Cuando supe que había ganado, devolví el vaso a la mesa dando un golpe y recibí una ronda de aplausos.

No logré interpretar la expresión de Hawkes —básicamente porque mantuve los ojos cerrados mientras me juraba que nunca jamás volvería a comer o beber nada—, pero fue él quien le dijo a Gibbs:

—Si tienes algo para la señorita Lion, tráelo ya. Es hora de irnos.

Gibbs le entregó una tarjeta, que Hawkes se guardó en el bolsillo. Se puso entonces en pie y me ayudó a levantarme.

Creo que lo gestioné bastante bien, pues eché a andar con la barbilla bien alta y la mirada vidriosa fija en la puerta. Imagino que la mano de Hawkes sujetándome por el codo también colaboró.

En cuanto emergimos a la luminosa luz del día —excesivamente luminosa—, Hawkes me preguntó qué tal estaba.

—Tengo la sensación de que acaba de pasarme un tren por encima.

—Y ha pasado. La Cleopatra está pensada para dejar tumbados a

hombres grandes y robustos, y lo ha conseguido más de una vez. Volvamos a casa; la acompañaré personalmente hasta Lapis Lazuli House. ¿Tiene alguna obligación esta tarde?

—Una partida de cartas con mi tía.

—Cancélela. Envíe una nota diciendo que tiene dolor de cabeza.

—No estoy segura de si tengo todavía una cabeza susceptible de sentir dolor, Joven Hawkes —repliqué—. Creo que la he perdido.

La expresión del Joven Hawkes era de pura compasión, incluso cuando levantó un dedo para tocarme la cabeza y demostrarme que sí, que aún la conservaba.

—Mi tía no acepta excusas.

—Escribiré yo la carta. Vamos. Enlace su brazo con el mío y ande con cuidado por el suelo irregular de la Diagonal. No vayamos a echarle más sal a la herida.

Me dio la impresión de que pasaba una eternidad hasta que enfilamos la escalera de Lapis Lazuli House. Hawkes fue directo a la puerta y llamó a Agnes, que salió corriendo de la cocina.

—¡Está muerta! —exclamó cuando me vio colgada del brazo del Joven Hawkes.

—¡Por supuesto que no, Agnes! Todavía me sostengo en pie —farfullé.

—Más o menos, señorita Lion.

Entramos en el salón de recibir, donde el Joven Hawkes tuvo la gentileza de acompañarme hasta el sofá verde. Me derrumbé sobre el brazo mientras Hawkes le recitaba a Agnes una lista de cosas. Mi mente confusa no le encontraba a nada ningún sentido.

Agnes desapareció y Hawkes tomó asiento delante de mí, en el sillón rosa. Se pasó la mano por su rebelde cabello. Nos quedamos

en silencio hasta que Agnes regresó removiendo un vaso con algo de aspecto espantoso.

—Creo que me he acordado de todo lo que me ha indicado —le dijo Agnes al Joven Hawkes.

—Gracias. Y ahora, señorita Lion, le ruego que me disculpe, pero, si quiere mantenerse en pie mañana por la mañana, tendrá que beberse esto ahora mismo.

—Es usted un villano —murmuré.

Después de una pequeña eternidad pensando que la sociedad teatral de St. Crispian's era una organización cruel, me incorporé un poco en el sofá y acepté aquel veneno.

Solo fui capaz de beber la mitad —estaba casi tan malo como la Cleopatra—, pero, en cuanto el Joven Hawkes consideró que había tomado la cantidad suficiente, dejó el vaso en la mesa y le sugirió a Agnes que me ayudara a subir a mis habitaciones.

—Tengo que escribir a tía Eugenia.

—Ya me encargo yo de redactar la nota y Agnes me facilitará la dirección.

No recuerdo si le dije adiós o no, pero sí que Agnes me ayudó a subir por la escalera y que caí dormida antes incluso de llegar a la cama. Me desperté a las doce menos cuarto de la noche sintiéndome bastante bien, teniendo en cuenta lo que me había pasado, y encontré un sobre de color melocotón esperándome en el escritorio.

He estado evitándolo, pero supongo que ya va siendo hora de abrirlo y leerlo.

Mi querida Emma:

Lamento mucho que te sintieras indispuesta después del gran servicio que prestaste a tu parroquia. Con agrado te he excusado para esta noche, pero confío en que te encuentres lo bastante bien como para poder acompañarnos mañana.

Tu tía

Parpadeé varias veces, me lavé la cara y leí la nota dos veces más. El lenguaje no era ni siquiera propio de tía Eugenia. ¿Qué le habría escrito el Joven Hawkes?

¿Acaso mienten los vicarios…?

Santo cielo, creo que debería volver a la cama.

13 de julio

No consigo descifrarla. La pista, una tarjeta que me dejó en el escritorio el Joven Hawkes, es un sencillo dibujo lineal de un pájaro. Mi mente no logra dilucidar su significado.

Archibald el Cobarde y yo hemos vuelto a pasar el día entero dando vueltas por St. Crispian's. Nada. *Nada*. Salvo un atisbo de altercado con mi anciano primo y, una hora más tarde, un hombre que se ha parado a aplaudirme en plena calle.

No he explicado a mi primo por qué.

Ahora tengo que ir a cambiarme para ir a cenar a Spencer House.

Más tarde

Acabo de volver de la cena en casa de tía Eugenia: «Emma querida, qué servicio tan admirable has prestado a tu parroquia; ahora veamos si puedes ayudarnos, por mínimamente que sea, a Arabella y a mí».

(Bendito sea Hawkes).

Llevo toda la noche reflexionando sobre la pista. Pero sigo sin tener ninguna revelación.

Quizá debería levantarme y empezar a dar vueltas por la habitación para pensar mejor.

LLEVA HORAS DESPIERTA.

Creía que estaba dormido. ¿Le he despertado?

NO. ESTABA DESPIERTO.

Tengo una pista que no consigo descifrar. Y Julio César se representa el domingo por la noche. Las últimas entradas se reparten el 14, que es mañana. Estoy a escasas horas de mi total destrucción.

¿A MANO DE QUIÉN?

Hay muchas opciones.

¿EN QUÉ CONSISTE LA PISTA?

En una tarjeta con el dibujo lineal de un pájaro.

¿TIENEN LOS PÁJAROS ALGÚN SIGNIFICADO EN ST. CRISPIAN'S?

No, que yo sepa.

PÁSEME LA TARJETA.

ESTO NO ES UN PÁJARO. ES UN GUANTE.

No es un guante. Es un pájaro. Voltee la tarjeta.

INTERESANTE. SI LO MIRAS EN UN SENTIDO ES UN PÁJARO, Y SI LO MIRAS EN EL OTRO ES UN GUANTE. COMPRUÉBELO USTED MISMA.

¡Tiene razón! ¿Alguna idea de lo que podría significar el guante?

¿CONOCE LA TIENDA DE ARTÍCULOS DE CABALLERO DE KING HENRY'S ROAD, LA QUE HACE ESQUINA A LA IZQUIERDA CON WHEREABOUTS? SE LLAMA THE HOUND.

La he visto, sí.

VENDEN GUANTES DE CALIDAD, Y ESE CÍRCULO QUE O BIEN ES EL OJO DEL PÁJARO, O BIEN EL BOTÓN DEL GUANTE, LLEVA SU MARCA.

¡Bendito sea, señor Pierce! Ir allí será lo primero que haga.

DÍGALE A CHAMBERS QUE LE MANDO SALUDOS.

Ay, Dios. El Pirata no.

EL MISMO.

BUENAS NOCHES.

Buenas noches.

14 de julio

Esta mañana mandé a un Parian de expresión hosca a informar al primo Archibald de que había resuelto la pista.

Parian resopló y me informó entonces de que el primo Archibald había salido.

—¿Salido? —dije.

—Salido, sí.

—¿Ha salido a buscar una pista? ¿O para ir a otro lugar?

—Simplemente ha salido, señorita Lion. No sé nada más.

No lo creí, aunque tampoco puedo negar que prefería ir a The Hound sola. Cuando entré en la tienda, vi que era la única clienta. A pesar de que me había armado de valor para enfrentarme a El Pirata, ver detrás del mostrador a un joven con aspecto de estudiante fue un auténtico alivio.

—Buenos días —dijo—. ¿Desea comprar algún regalo para su esposo?

A lo que respondí:

—Me parece una idea magnífica. ¿Qué me recomendaría?

—Como verá, tenemos pitilleras, libros encuadernados en piel personalizados, guantes, pañuelos para el cuello, un estuche para los productos del afeitado chapado en oro…

—Santo cielo. Cuando lo encuentre, si es que lo encuentro, volveré por aquí con el único propósito de adquirir uno de sus elegantes productos.

El joven se quedó perplejo.

—¿Lo ha perdido usted, señora?

No era mi intención que mi humor se volviera sombrío.

—He perdido a un joven, sí. Y, en cuanto a un segundo, bueno, la verdad es que a veces dudo de su existencia. —Al no recibir respuesta, saqué la tarjeta de mi ridículo y la dejé en el mostrador —. Hoy vengo solamente por esto.

—¡Ah! —El joven estaba claramente agradecido de poder cambiar de tema—. ¿Una o dos?

—Una o dos ¿qué?

—Entradas.

—¿Se ha acabado, pues? Qué alivio. Que sean dos.

El joven abrió un cajón, extrajo de su interior dos entradas de color rojo y me las entregó.

Hay momentos en la vida en los que una sabe que está exactamente en el lugar donde debe estar y sientes como si un coro de ángeles en la inmensidad de la eternidad estuviera aclamándote.

Aquel fue uno de esos momentos.

La Gran Tragedia Shakesperiana

JULIO CÉSAR

15 de julio de 1883

Miré el reverso de la entrada y vi una dirección (en Sterling Street), una hora asignada de llegada (las ocho y trece de la tarde) y una amenaza de desgracia inmediata en caso de compartir la información con cualquier ser viviente.

¡Qué alegría!

Al llegar a casa le he dicho a Parian que mande al primo Archibald a mi buhardilla en cuanto entre por la puerta.

Me siento aliviada ante la perspectiva de que nuestra frágil

sociedad haya llegado casi a su fin.

Ya no me queda otra cosa que hacer que esperar.

Hace calor. Incluso para el mes de julio.

Creo que abriré las puertas de las dos buhardillas para intentar crear una mínima corriente de aire.

Más tarde

Ha sido un día regido por el destino, porque ¿cómo explicar, si no, una cadena de acontecimientos que parece haber sido víctima de algún maleficio?

La verdad es que soy incapaz de encontrarle explicación.

Era casi mediodía cuando me vi sorprendida por la repentina aparición del primo Archibald en el umbral de la puerta de la buhardilla. Yo estaba sentada junto a la ventana, leyendo.

—Tú, holgazana —dijo con desdén; tenía la frente empapada de sudor—. ¿Has descifrado la pista?

¿Holgazana yo? Aquel hombre necesitaba un espejo.

Lo miré como si fuera a echarle un mal de ojo —un gesto digno de tragedia griega—, cerré de mala gana el Shakespeare de mi padre y lo dejé en el asiento de la ventana. Me acerqué a mi escritorio, abrí el cajón y saqué una de las entradas de color rojo.

—No solo he descifrado la pista, primo, sino que he conseguido una entrada para cada uno. Tal y como acordamos, y aunque no te la merezcas en absoluto, aquí tienes la tuya.

Se la mostré.

Mi primo experimentó un cambio repentino. Cuando cogió la entrada, parecía cincuenta años más joven.

Habría jurado que aquello tenía categoría de objeto sagrado para él.

Al borde del éxtasis, o de las lágrimas, se llevó la entrada al pecho y exclamó:

—¡La tengo! ¡Tengo una entrada! ¡He encontrado la entrada!

—¿Tú? —dije.

—¡Julio, vengo a por ti!

Sonreí a regañadientes.

Desvergonzado y Ladrón, eso seguro, pero el primo Archibald parecía feliz, algo que no había visto en mi vida.

Cuando se puso a bailar, reconozco que me eché a reír.

Empezó a hacer piruetas entrando y saliendo de mi habitación. Canturreando. Sin necesidad de pareja de baile. Le bastaba con bailar solo.

Su egoísmo está profundamente arraigado.

Y entonces llegó el momento fatídico. Justo cuando Archibald se disponía a girar hacia la escalera, Teobaldo, con un ratón colgando de la boca, salió corriendo de la buhardilla oeste. Y antes de que me diera tiempo a gritar para advertirlo, antes de que Archibald pudiera agarrarse a cualquier cosa, ya había tropezado con el gato y caído de cabeza por la escalera.

Cuando recuerdo aquel momento, no puedo evitar sentirme impresionada por la capacidad pulmonar de ese hombre mientras rodaba por los aires. Sus alaridos habrían despertado a un muerto, estoy segura.

Todos los miembros de la casa se congregaron en el cuarto piso. Parian y Agnes, sin aliento y colorados, y yo, blanca como el papel (Agnes me lo dijo después), nos agachamos alrededor de la figura

desplomada. Archibald estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos. Y entonces, en un instante de reconocimiento de que algo iba terriblemente mal, estalló en un ataque de rabia.

Dirigió su rabia contra mí. Dirigió su rabia contra Dios por haber creado los gatos. Dirigió su rabia contra el Joven Hawkes (no sé por qué). Dirigió su rabia contra las escaleras en general. Volvió a dirigir su rabia contra mí.

—¡Estúpida, maldita mujer egoísta! —vociferó—. ¡Mi pierna! ¡Mi pierna!

Yo estaba de rodillas en aquel momento y, después de echar un vistazo a la mencionada pierna, el estómago me dio un vuelco. El pie apuntaba en una dirección que de natural no tenía nada, ya que la pierna se había roto formando un ángulo recto.

—¡Parian, corre a buscar un médico! ¡Agnes, llama al señor Pierce! ¡Vamos, moveos! Y luego pon agua a hervir y trae también trapos. ¡Venga, Agnes!

Se fueron y me quedé a solas con un hombre desquiciado, pálido, tembloroso y que no paraba de gritar.

Al poco tiempo, oí el retumbar de pasos en la escalera y, al instante, el señor Pierce estaba agachado a mi lado.

—Es la pierna izquierda —dije.

Archibald seguía gritando.

—¡Mire lo que ha hecho esta mujer! ¡Mire lo que me ha hecho!

No paraba de balbucear, pero el señor Pierce lo ignoró. Deslizó las manos por la pierna de Archibald y se estremeció cuando se encontró con la fractura.

—Es grave, Emma —dijo mirándome fijamente y aún jadeando después de tanto correr—. Lo que voy a hacerle ahora le provocará

un dolor de mil demonios. Sujete los hombros del señor Flat contra el suelo.

Obedecí, y mientras Archibald gritaba «¡No, no, no!», sonó el crujido más horripilante que creo haber oído en mi vida. Y el primo Archibald, con los ojos saliéndosele de las órbitas, se tambaleó primero hacia delante, luego se quedó inmóvil, como si una fuerza invisible lo hubiera detenido, y acabó desmayándose en el suelo.

Me eché hacia atrás y miré al señor Piece, que estaba inclinado sobre la pierna que acababa de recolocar.

—Vaya a buscar algo recto —me ordenó—. Y una cuerda o un trapo.

Entré corriendo en el dormitorio prohibido más cercano del cuarto piso y cogí el atizador de la chimenea. Pero pesaba demasiado y lo descarté. Abrí entonces un armario y rebusqué hasta dar con un bastón.

Agnes, que ya había llegado con vendajes cuando yo reaparecí, estaba mirando a Archibald. Al ver que empezaba a balancearse de un lado a otro, corrí para pillarla al vuelo y evitar que cayera.

—¿Está muerto? —preguntó agarrándose a mis brazos.

—No, no lo está. Siéntate y haz todo lo que te diga el señor Pierce.

Le pasé el bastón a El Inquilino. Lo cogió enseguida y lo partió contra su rodilla. El crujido fue similar al que había emitido el hueso al volver a su lugar y cerré los ojos un momento fugaz antes de concentrarme en preparar un vendaje y entregárselo al señor Pierce, que sujetó el bastón a la pierna de Archibald.

—Agnes, ¿tiene algo de hielo en el refrigerador?

—No, señor.

—Pues es una lástima. —Me miró entonces a mí—. Necesitamos instalarlo en alguna cama.

—Hay una justo en esa habitación de ahí —dije señalando el dormitorio vacío—, pero está muy apegado a su habitación en el segundo piso.

—Si se queda justo debajo de usted, le aseguro que no va a poder dormir. Lo bajaré mientras está inconsciente. Muéstreme dónde tengo que ir, señorita Lion. Agnes, corre a ver si ya llega el médico. Y, cuando llegue, hazlo subir de inmediato a la habitación del señor Flat. Una, dos…

Y a la de tres, cogió a Archibald en brazos y se incorporó. Aparté de un puntapié lo que quedaba de bastón y guie al señor Pierce hacia el segundo piso.

Acabábamos de acostar al primo Archibald en su cama cuando empezamos a escuchar las voces de Parian y el médico.

—¿Está aquí? —Oí que preguntaban.

Entró entonces Parian, seguido por el doctor.

—Déjeme pasar —dijo este examinando con la mirada al primo Archibald y, acto seguido y a gran velocidad, al señor Pierce y a mí. Y entonces se quedó paralizado—. ¡Que me aspen! ¡Pero si tenemos aquí a Niall Pierce!

Aquello me pilló por sorpresa.

El señor Pierce, que tenía todavía toda su atención concentrada en Archibald, miró de nuevo al doctor.

—Pero ¿qué…? ¿Fairchild? ¿Qué demonios haces tú aquí?

—Lo mismo podría preguntarte yo. ¿Quién es el paciente?

—El señor Archibald Flat. Se ha partido tanto el peroné como la tibia. Me temo que he actuado como lo habría hecho de estar en el

campo de batalla: he recolocado los huesos antes de que se inicie el proceso de inflamación.

—Bien, bien. ¿Cuánto lleva inconsciente?

—Desde que le he recolocado la pierna. Unos minutos, calculo.

Y siguieron intercambiando fragmentos de información. El doctor Fairchild estudió la pierna.

—Bien hecho. Justo como la habría recolocado yo. Mañana puedo traer una férula mejor, pero con el bastón ya vale por el momento. Cuando recupere la consciencia, sentirá mucho dolor. —Fue entonces cuando Fairchild miró a su alrededor hasta que dio conmigo—. Durante los primeros días de recuperación, necesitará láudano. ¿Sabe cómo se administra?

Al ver mi gesto de negación, el señor Pierce dijo:

—La ayudaré yo. ¿Qué dosis?

—Empezaremos con doce gotas cada cuatro horas. Y lo ajustaremos en caso de necesidad. Ya sabes lo que tienes que controlar, ¿recuerdas, Pierce?

El señor Pierce asintió.

—¿Irás a buscar el frasco?

—Creo que tengo en el maletín. Tú no tienes, ¿verdad?

—No volveré a tocar jamás esa cosa maldita, si puedo evitarlo.

Me sentía casi invisible, y por eso me sorprendió ver que entre ellos se transmitía algo más. Una historia tácita. Que, a juzgar por la expresión del semblante de Fairchild, no era agradable.

El doctor Fairchild dedicó unos minutos más a examinar al primo Archibald, entregó a Pierce el frasco de láudano y preguntó:

—¿Qué es eso que tiene en la mano?

Forcé los dedos del primo Archibald para abrirle el puño cerrado y

allí, arrugada pero sujeta con fuerza, estaba la entrada roja para ver *Julio César*.

15 de julio

Esta mañana no he ido a la iglesia. Todos mis esfuerzos, durante la noche entera, se concentraron en intentar que el primo Archibald estuviera confortable. El láudano hizo su trabajo. Excepto cuando no lo hizo. Cada cuatro horas el primo Archibald se despertaba aullando. Sufre mucho dolor.

El doctor Fairchild llegó a primera hora de la mañana y le entablilló de nuevo la pierna. Por suerte, el primo Archibald estaba dormido.

Por la tarde, cuando Archibald insistió en mantenerse despierto, entré para sentarme con él. A pesar del calor, y de que encima del pijama llevaba dos de sus batines de seda, la chimenea de su habitación estaba encendida.

—Hola, primo —dije después de acercar una silla a su cama.

Archibald estaba blanco y le temblaban las manos. Me resultaba imposible mirarle la pierna sin que aquel crujido se reprodujera en mi cabeza. Me estremecí. Sentía su dolor en todo mi cuerpo. Pobre hombre.

Por desgracia, mi compasión no duró mucho.

—¿Has venido para terminar el trabajo? —dijo entre dientes.

—¿Terminar? No, primo. Lo siento muchísimo por ti. He venido para ver cómo…

—¡Cruzaste expresamente a ese demonio felino en mi camino! —dijo jadeando. Creo que estaba intentando gritar—. ¡Degenerada! ¡Lo tenías TODO planeado desde el principio! ¡Camelarme para que te ayudara a hacerte con una entrada, hacer gala de tus esfuerzos,

para luego atacarme! ¡Para matarme y quedarte tú sola con las dos entradas! ¡Para quedarte con *Julio César* para tus fines despóticos! ¡Bruto es un santo en comparación!

—¡Primo, de verdad! Sé que sufres un dolor tremendo. Todos estamos preocupadísimos por ti. ¡Te ruego que te calmes, por favor!

—¡No pienso calmarme! ¡No te mereces vivir!

Discrepaba vehementemente de tal afirmación.

—¡Señor! ¡Cálmese!

—¡Jamás!

Archibald tenía la cara tan amoratada que pensé que iba a morirse en aquel momento.

Pero no fue así.

Acabó esquivando el ataque de apoplejía.

Por desgracia.

—¡Parian! ¡Ven, por favor! —grité en vano.

El primo Archibald aún no había acabado.

—Te crees superior y poderosa. Mejor que todo el mundo. Pretendes controlar hasta el último penique. ¡Diriges esta casa tal y como la Biblia dijo que lo haríais! ¡Mujeres al mando! ¡Niños correteando por todos lados!

Me eché a reír. No pude evitarlo. Lo que decía era ridículo.

—¿Ahora resulta que la Biblia habla de Lapis Lazuli? ¡Espléndido!

—¡DEMONIO! —gritó, y me roció la cara de saliva—. ¡Ganaré! ¡Seré testigo de tu ruina! Te veré mendigar por las calles antes de fenecer. ¡Te veré exangüe! ¡Te veré humillada! ¡Tú! ¡Tú, desvergonzada! ¡Miserable irland…!

—Cierre esa boca —ordenó una voz gélida desde el umbral de la puerta.

Cuando me volví, vi que era el señor Pierce. Su expresión era sombría.

—¡La culpa de todo la tiene ella! —chilló Archibald levantando las manos en un gesto suplicante.

—Nada de eso —dijo el señor Pierce. Se acercó a la mesita de noche y empezó a preparar una nueva dosis de láudano—. Todo fue un accidente terrible que la señorita Lion jamás habría deseado que le sucediera.

—¡Lo deseaba! ¡Claro que sí! ¡Le he robado su fortuna, casi hasta la última libra, y desea mi muerte por ello! ¡Me lo he gastado todo! ¡Y ahora le dará mi entrada a un alma que no se lo merece en absoluto! ¡Es una arpía, eso es lo que es!

Un ser de más categoría quizá habría pasado por alto palabras tan vulgares achacándolas al dolor que padecía el pobre hombre. Pero yo no soy de esas. ¿Después de todo lo que me ha hecho? ¡Víbora!

De modo que repliqué también con fuego del infierno.

—¡Has buscado cualquier oportunidad posible para arruinarme, Archibald Flat, pero tus planes maquiavélicos no han funcionado! Entre Dios y mi banquero, tengo intención de conservar conmigo Lapis Lazuli House hasta el día que me muera, y nada de lo que hagas conseguirá arrebatarme esta casa. La conquistaré. Reclamaré la victoria. ¡Y tú te quedarás callado! ¿Entendido?

El señor Pierce, que seguía ocupado con el láudano, me lanzó una breve mirada. Cuando hubo terminado, sostuvo el vaso delante de aquel loco.

—¡Beba! —le ordenó.

—¡Jamás!

Y entonces, con un brillo en los ojos que no puedo atribuir del

todo a la palidez febril de su rostro, Archibald cogió su arrugada entrada roja y se la comió.

No miento.

Se la comió.

Se metió la entrada en la boca, la masticó y la engulló.

Y en ese momento empezó a ahogarse.

No para morir, por desgracia, ya que el señor Pierce le hizo entrega del vaso de láudano y el primo Archibald se bebió la dosis entera, arrastrando con ella al pobre César.

—Ya está —dijo con voz quebrada—. Ahora ya no puedes robarme mi entrada para que la utilice otro. ¡Una arpía como tú se merece estar sola!

Solté una risotada.

—La razón, la única razón, por la que no te echo a patadas de mi casa es porque deseo honrar la memoria de mi padre. Pero ándate con ojo, cobarde amargado, porque los fantasmas irlandeses conservan su peculiar sentido del humor y, si osas desafiarme de nuevo, te echaré de esta casa con su bendición. No me deleita que recibas tu justo merecido, pero no pienso tolerar tu rabia ni un segundo más. ¡Así que cierra la boca y muéstrate agradecido!

Archibald estaba temblando, su cara aún amoratada, y mantuvo cerrada la boca durante más de diez segundos antes de estallar con un «¡bah!».

Pero no dijo nada más.

El bendito láudano estaba haciendo su trabajo.

El señor Pierce mantuvo un tono inexpresivo cuando me dijo:

—Me quedaré sentado aquí con el señor Flat hasta que se duerma. ¿Nos vemos después en el salón de recibir?

Le dirigí un gesto de asentimiento y dejé a Archibald en sus manos, capaces aunque también un tanto aterradoras.

Cuando el señor Pierce entró en el salón, acompañado por su cojera, tenía un aspecto cansado. Yo estaba sentada en una esquina del sofá verde y él se sentó también ahí, en el otro extremo.

—Ya se ha dormido —dijo.

—Gracias. Le recompensaré con la Cruz de Honor de Lapis Lazuli en cuanto tengamos una.

Siguió un silencio de varios minutos. Y entonces el señor Pierce preguntó casi con ferocidad:

—¿Es cierto?

La fuerza de sus palabras me tomó por sorpresa; su enojo era palpable. Sonaba como el ángel vengador de Arabella.

Al principio pensé que su ira iba dirigida contra mí.

—¿El qué es cierto? —pregunté un poco a la defensiva.

—¿Dilapidó su fortuna el señor Flat?

Y, por el modo en que pronunció «señor Flat», tuve claro que el blanco de su ira no era yo, sino el primo Archibald.

—¿Dilapidó su fortuna el señor Flat? —repitió.

No se me ocurre ningún caballero capaz de formular tal pregunta. Pero el señor Pierce ni es un caballero ni teme las dificultades. Y, teniendo en cuenta que el recato no es mi punto fuerte, no me anduve con contemplaciones para utilizar una de las expresiones favoritas de Maxwell.

—Nunca hubo una fortuna que dilapidar —declaré—. La verdad es que no. Lo que quedaba de la susodicha fortuna era una pequeña renta vitalicia. Y sí, es verdad: tenía que ser mi sustento. Mi

banquero me ha dicho que, en caso de no encontrar una solución, tengo para vivir dos años.

—¿Está diciéndome que ese hombre dilapidó su sustento a sabiendas? —preguntó con una indignación tan sincera que casi podía verlo envuelto en un halo amenazador.

El señor Pierce se levantó. Cerrando los puños, abriéndolos de nuevo, cerrándolos otra vez, cruzó la estancia y casi me imaginé que iba a subir a darle una paliza a Archibald mientras dormía. Me hizo temer incluso por la vida de mi primo.

Lo cual es una hazaña extraordinaria.

Mientras deambulaba de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta, pronunció diversas frases selectas que, dado que es domingo, he decidido que es mejor no dejar plasmadas en este diario.

Aunque eran maravillosas.

Debo dejar constancia de que no necesito que el señor Pierce acuda a mi rescate —aparte de lo que paga por el alquiler de Lapis Lazuli Minor y el estudio, cosa que sí necesito desesperadamente—, y así se lo hice saber en tono desenfadado:

—No es necesario preocuparse, señor Pierce. Me las arreglo.

—¿De verdad? —preguntó con cierto recelo.

—Mi banquero y yo hemos elaborado un plan. Una especie de plan. —Levanté la barbilla en un gesto de confianza en mí misma—. No hay necesidad de que se preocupe por mí.

El señor Pierce se apoderó del sillón rosa, levantó la mano para taparse la cara y dijo algo sobre los ladrones de caballos, algo así como que se merecían que les pegasen un tiro.

Muy estadounidense.

Permanecimos un buen rato sentados sin decir nada.

Y yo, Emma M. Lion, la chica que en una ocasión congregó a todos los estudiantes de una residencia masculina, Stoicism, escuela preparatoria para muchachos, para asaltar las cocinas y robar los pasteles de carne reservados exclusivamente para el profesorado, me sentí de repente cansada… y con unas ganas enormes de llorar.

Habían sido dos semanas agotadoras.

—¿Ha pasado ya Fairchild por aquí? —preguntó el señor Pierce, rompiendo aquel deprimente silencio.

—Sí. Y volverá a última hora de la tarde, gracias a Dios. Tengo algunas preguntas que plantearle.

El señor Pierce frunció el entrecejo.

—¿Pero no tenía usted que asistir a la representación esta noche?

Levanté las manos, derrotada.

—No puedo irme de aquí y…

—Puede. ¡Y debe! Parian está en casa, también Agnes. El viejo estará drogado. Y ya me encargaré yo de estar presente cuando llegue Fairchild. —Esbozó entonces una curiosa sonrisa—. La entrada que se tragó no era la de usted, ¿verdad?

No pude evitar soltar una carcajada.

—No, por supuesto. Mi entrada sigue sana y salva en mi buhardilla.

—Vaya a ver la obra, señorita Lion. Diviértase. Quédese allí todo el tiempo que quiera. Yo me ocuparé de todo.

—Creo que iré —dije por fin.

El señor Pierce hizo un gesto de asentimiento para dar su aprobación.

Y entonces mi curiosidad empezó a comportarse de forma similar

a la suya.

—¿Conoce bien al doctor Fairchild? —pregunté.

—Estuvo como médico militar durante un tiempo en África —fue su respuesta. Miró a su alrededor como si buscara alguna cosa que beber y, al no encontrar nada, se levantó—. Estaré aquí para ayudar con el señor Flat. Páseselo muy bien esta noche, señorita Lion.

—Muchas gracias por todo, señor Pierce. —Y entonces añadí—: Parece estar usted maldito con nuestras extrañas catástrofes.

El señor Pierce se quedó pensativo y se masajeó la barbilla con la yema del dedo índice.

—Irónicamente, el suceso parece tener su origen en Teobaldo, el gato que traje yo a Lapis Lazuli.

Se estaba echando la culpa de lo sucedido. Una idea tan ridícula que me resultó imposible de aceptar.

—Usted no tiene la culpa de nada —repliqué—. No ha sido más que un accidente extraño, como bien ha dicho.

—No siempre podemos predecir el resultado de nuestros actos, señorita Lion, por bienintencionados que sean.

Me levanté.

—¿Qué es la vida sino una sucesión de resultados que escapan de nuestro control?

Mis palabras sonaron mucho más hastiadas de lo que pretendía, pero al señor Pierce no le molestó.

—Totalmente de acuerdo, señorita Lion.

Y se marchó.

Pronto oscurecerá y estoy a punto de salir de casa enfundada en mi

vestido rojo. El médico ha llegado y el señor Pierce se está ocupando de la visita.

Y yo, siendo como soy una *desvergonzada*, haré lo posible para estar presentable y escabullirme en la noche.

Más tarde

Fue la representación de *Julio César* más entusiasta que he visto en mi vida. Bruto parecía estar a punto de echarse a cantar a cada palabra que pronunciaba.

Cuando llegué a la dirección indicada en la entrada, apareció una figura oscura en la acera y, en vez de guiarme para entrar por la puerta principal de aquella elegante casa de Sterling Street, me vi conducida discretamente hacia un sendero lateral del jardín, apenas iluminado. Me sentí casi como Titania en el bosque encantado. Las puertas traseras de la casa estaban abiertas de par en par, y descubrí un espacio engalanado con una variedad exquisita de telas e iluminado por la luz de las velas hasta llegar a un salón de baile con un escenario al fondo, cubierto con un telón.

Un joven con una máscara con la cara del primer ministro me acompañó hasta mi asiento, y ¿quién estaba sentado a mi lado hojeando un programa y tan elegante como un reloj de bolsillo?

Islington, el duque de.

Tomé asiento y sus ojos de color avellana recorrieron de arriba abajo mi vestido rojo.

—Un atuendo muy romano, señorita Lion.

—Hola, Islington.

—¿Desea consultar mi programa? —me ofreció hablando con un

tono que contenía la cantidad apropiada de aburrimiento y condescendencia.

—¿Por qué no? Gracias.

Miré el programa y emití un sonido de desagrado. Había sido un día agotador. Una semana agotadora. Y, a pesar de que normalmente disfruto con las peculiaridades de St. Crispian's, aquella noche me sentía algo desalentada por ellas.

—Veo que en el programa no constan los nombres de los actores —comenté con ligereza, y le devolví el programa a Islington.

—No. «Se revelará en su momento» —dijo citando la frase escrita al lado de cada personaje.

—Y entonces ¿para qué sirve el programa? —pregunté cargada de intención.

El duque se encogió de hombros.

—¿Y qué sentido tiene toda esta producción, señorita Lion? Divertirse. Esto… —continuó, mostrándome el programa— es divertido.

A mí no me lo parecía. Lo cual era un fallo por mi parte. En condiciones normales, habría sido de ese tipo de cosas que me gusta conservar. Pero la verdad era que Archibald había empañado todo el asunto.

La sala siguió llenándose con los afortunados que habían conseguido entrada y el ambiente rebosaba de murmullos y risas disimuladas. Tamborileé mi ridículo con la punta de los dedos.

—Veo que ha venido sola —observó Islington.

—Así es. Mi anciano primo, que tenía que acompañarme esta noche, ha sufrido un percance y se encuentra postrado en la cama con una fractura en la pierna.

—Qué desventura. Transmítale mi pesar. —Y a continuación—: ¿Y no tenía a nadie para darle su entrada? ¿A ese desvergonzado que responde por Jack, por ejemplo?

La mirada que le lancé no fue en absoluto benevolente.

—La entrada adicional sufrió también un desgraciado accidente.

—Me deja usted pasmado —replicó Islington con una voz que parecía cualquier cosa menos de asombro—. ¿Me permite preguntarle al respecto?

—Mi primo se la comió.

Con aquello, el duque perdió por completo la compostura y me miró con jocosa incredulidad.

—Bromea.

—Ojalá bromease.

—¿Fue un accidente?

—Oh, no, qué va. Fue por puro resentimiento. Dijo que se había esforzado tanto por conseguir la entrada que no pensaba dársela a un alma que no se la mereciera tanto. Y esas palabras son literalmente suyas, no mías.

—Increíble.

En aquel momento, se atenuaron las luces y la cortina empezó a moverse.

—No le he visto a usted deambulando de un lado a otro de St. Crispian's en busca de pistas —dije en voz baja.

Islington me miró —me fulminó con la mirada, de hecho— y dirigió su atención al escenario.

—Pero aquí estoy.

—Por la gracia de Dios, Islington —murmuré cuando las cortinas se abrieron.

—Así es, señorita Lion —replicó.

Fue de lo más entretenido. Los actores estuvieron brillantes, por mucho que el mencionado Bruto se excediera con el brillo en su papel cuando declaró: «¡Juzgadme, oh, dioses!». Hubo muchas risas cuando parte del decorado se desplomó sobre el suelo del Senado, pero en general fue una producción magnífica.

Durante el intermedio fuimos obsequiados con un postre y un té. Islington solo aceptó el té.

—¿No piensa tomar el postre? —pregunté, y con razón, porque tenía un aspecto delicioso.

—No —respondió Islington—. No me gusta cómo combinan las cerezas y el chocolate.

—Si hubiera escrito eso en su diario de hace cinco años, lo habría sabido —repliqué.

Su mirada de reojo fue inquietante.

—Lo sensato sería no hacer la más mínima referencia a todo ese asunto, señorita Lion.

—Seguro que tiene usted razón. —Suspiré—. Cuando un hombre tiene en su casa una Sala del Conejo, hay que andarse con cuidado o…

—¿O qué?

Bebí un poco de té y lo miré fijamente.

—O gritará «"¡Devastación!", y soltará los perros de la guerra».

Islington no pudo contener una carcajada. Era, incluso así, un hombre elegante, con el pelo peinado hacia atrás, el brillo de sus ojos de color avellana, el cuello de su camisa de un blanco tan intenso que resultaba cegador. Y entonces, cerrando los ojos en un momento de ensoñación, repitió la frase completa:

—«Y el espíritu de César, hambriento de venganza, vendrá en compañía de Atis, salida del infierno, y gritará en estos confines con su regia voz: "¡Devastación!", y soltará los perros de la guerra».

Sonreí.

—Es un desperdicio que sea usted un duque. Debería haber sido un Marco Antonio.

—«Amigos, romanos, compatriotas, prestadme atención» —citó textualmente.

—Pues eso.

—¿Lo habría hecho usted? —preguntó entonces el duque.

—¿Hablar en el entierro de César?

—Asesinarlo, para empezar.

De todas las preguntas que me han formulado en la vida, esta debe de ser la más extraña.

—La verdad es que no lo sé —respondí—. No he leído las *Vidas* de Plutarco. Una educación deficiente, por si no lo recuerda. Y usted, ¿lo habría hecho?

Me dio la impresión de que se tomaba la pregunta en serio.

—En cierto sentido, Bruto me inspira lástima. Siempre me ha conmovido, con razón o sin ella, cuando declara: «No fue porque amara a César menos, sino porque amaba a Roma más».

—¿Por sus obligaciones para con la reina y el país y por el severo legado de su padre?

Ambos nos quedamos paralizados. Las palabras salieron de mi boca antes de que me diera tiempo a reflexionar; las pronuncié como si él hubiera compartido conmigo de forma voluntaria sus inquietudes personales en lugar de haberlas yo leído sin su previo consentimiento.

Lo que acababa de hacer me dejó horrorizada. Y eché la culpa de mi tremendo error de juicio al agotamiento de la jornada y al entorno embriagador en el que nos encontrábamos.

Pero Islington, de quien esperaba que me reprendiera enérgicamente con su lengua afilada —un castigo que me merecía con creces—, inspiró hondo, pensativo, y sin mirarme dijo:

—Pongo a Dios por testigo, señorita Lion, de que servir a Roma conlleva un precio que a veces… Bueno, no importa.

Y, antes de que me diera tiempo a pensar cómo responder, las luces se atenuaron de nuevo, se alzó el telón y dio comienzo el cuarto acto.

Cuando abrí la puerta al llegar a casa, me recibió la luz procedente del salón que inundaba el recibidor. Me quité el sombrero, dejé en el aparador los guantes y el programa —Islington me lo había dado al marchar— y entré en el salón. Me sorprendió encontrar a El Inquilino tumbado en el sofá verde, con la cabeza descansando sobre un cojín, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, la camisa remangada; estaba leyendo un periódico. Me fijé en que tenía un vaso de algo en el suelo, a su lado. Esperaba que fuese de algo fuerte, por su bien.

—¡Señor Pierce! Buenas noches.

Levantó la vista, bajó los pies al suelo y se enderezó, dejando el periódico a un lado. Parecía arrepentido por su actitud.

—Yo, es que… Le ruego que me disculpe. He estado ayudando a Parian. Me ha pedido que me quedara aquí hasta que volviera usted a casa. Para utilizar exactamente sus palabras, me ha dicho que no debía dejarlo solo «con las crueles vicisitudes de cuidar del enfermo».

—Claro. No hace falta que me dé explicaciones. Tome asiento, por favor —dije mientras yo me sentaba en el sillón delante de él.

En cuanto estuvo instalado de nuevo, dijo el señor Pierce:

—¿Qué tal César? Muerto, supongo.

—Del todo, sí. Lo cual no deja de ser un pequeño milagro, ya que Bruto parecía más inclinado a ofrecernos una revista musical que una tragedia con él como villano.

El señor Pierce soltó una carcajada grave.

—¿Villano o héroe?

—El debate interminable —repuse—. ¿Qué tal el señor Flat? No muerto, supongo.

El señor Pierce negó con la cabeza.

—Vivito y coleando, a pesar de estar hasta arriba de láudano. Fairchild ha confirmado mis sospechas. La recuperación del señor Flat se anticipa difícil. Caminar sin la ayuda de un bastón, probablemente imposible. ¿Caminar con bastón? Hay esperanzas en ese sentido, aunque nunca se sabe. Todo lo cual limitará la capacidad de movimiento del señor Flat. Y, antes de que pueda intentar volver a caminar, pasará una buena temporada postrado en la cama.

Era, debo reconocer, un pronóstico de lo más lúgubre.

—Vaya, pobre hombre. Y todos sufriremos las consecuencias.

—Sí, ahí está el tema —dijo el señor Pierce secamente—. Me imagino que no debe de ser nada fácil para usted tener que lidiar con ese hombre cuando está bien, por lo que no puedo ni imaginarme cómo será tener que hacerlo en su estado actual.

—No es nada fácil, no.

—Antes he visto cómo la ha tratado a gritos, encolerizado. —Hizo

una pausa y creo, como dicen en las novelas, que su mirada se endureció, o se afiló o algo de ese estilo—. ¿La trata con frecuencia así? ¿Después de todo lo que le ha hecho?

Al oír aquello, me quedé sin palabras. Es imposible explicar el comportamiento del primo Archibald sin parecer que estás loca por tolerarlo.

Ay de mí.

¿Estoy loca?

Bueno.

Maldita sea mi lengua. O, mejor dicho, mi pluma.

Vi que el señor Pierce insistía en obtener una respuesta, así que dije:

—No siempre es tan expresivo. —Lo cual no es necesariamente cierto.—. Pero reconozco que tiene su propia manera de infundir terror. Todos tenemos una cruz con la que cargar, señor Pierce —añadí en tono filosófico—. La mía es este anciano en cierto modo grotesco que, como bien ha podido oír, me considera una desvergonzada.

El señor Pierce sonrió, pero fue una falsa sonrisa. Sus ojos estaban muy serios.

—Sus actos me parecen despreciables —sentenció.

—A mí también.

—¿Por qué le permite permanecer en su casa?

Ahí estaba. La pregunta que me perseguía.

Empecé con lo que le decía a todo el mundo.

—Mi padre quería que fuese bondadosa y…

—No es eso —dijo el señor Pierce, cortándome. Un poco atrevido por su parte, pensé. Y dijo a continuación—: Ningún padre desea

eso para su hija. Ha sido usted víctima de un grave abuso. El señor Flat debería ser llevado a juicio.

—No hay fundamento legal. La ley dice que…

—A la ley que la zurzan.

—No hay fundamento legal —insistí.

—¿Y? ¿Cuál es el verdadero motivo? No me creo que sea su padre.

Es justo la conversación que he estado manteniendo en privado conmigo misma desde hace tres meses. Y la petición de mi padre, una petición muy real, siempre ha eclipsado el otro motivo, el motivo de fondo. Cerré la boca con fuerza, bajé la vista hacia el suelo e hice el intento de ofrecer lo que parecía una explicación imposible.

Le expliqué al señor Pierce que vivíamos en una casita, mis padres y yo. Que había un bosque con un río. Un jardín. Una montaña llena de senderos. Risas en la cocina, donde mi madre siempre tenía jarrones con flores y mi padre pintaba. Era, en una palabra, en la única palabra, un hogar.

Me armé de valor antes de levantar la cabeza para mirarlo.

—Murieron los dos en el transcurso del mismo año y me quedé sin hogar. Desapareció. No he vuelto allí desde entonces. No soportaría, creo, ver a otras personas viviendo en nuestros lugares. Fue una tortura. Verme desposeída de todo. Luchar por vivir y respirar. Encontrar algo en ese sentido en una persona para luego volver a perderlo. No… no lo soporto, señor Pierce. No soporto pensar en eso. En el dolor de perder mi hogar. Y, en consecuencia, conociendo como conozco ese terrible sentimiento de pérdida, ¿cómo puedo arrebatarle a este hombre su hogar? Por espantoso

que mi primo sea. Por poco que se merezca mi clemencia. ¿Entiende lo que quiero decir?

El señor Pierce parecía triste, en cierto modo.

—La entiendo. Sé de qué me habla.

—Yo también me he estado haciendo esa misma pregunta. Y ese, creo, es el porqué.

El señor Pierce hizo un mínimo gesto de asentimiento.

—De acuerdo, pues.

Incómoda, me levanté del sofá. El señor Pierce siguió mi ejemplo y recogió su periódico.

—Es mucho más complicada de lo que nos imaginábamos de pequeños —dijo.

—¿El qué?

—La vida. —Y entonces su semblante volvió a reflejar esa expresión que le había visto cuando tomábamos el té, como si se sintiera culpable de algo. ¿Por la molestia de su presencia? ¿Por seguir vivo? El señor Pierce carraspeó levemente—. Estaré trabajando en el salón, señorita Lion. Llámeme si necesita cualquier cosa. Y dígale al señor Flat que si le causa el más mínimo problema…

—¿Defenderá usted mi honor?

Mi sonrisa irónica pretendía poner un punto final humorístico a la noche, pero el señor Pierce parpadeó.

—Jamás me atrevería a decir eso…

—Bromeo, señor Pierce. Y… le agradezco que haya hecho lo que ha hecho. Ha sido reconfortante, por extraño que parezca. Siempre me toca gestionarlo todo yo sola… Bueno, desde que murieron mis padres. Tener a otra persona guardándome las espaldas es una

familiaridad que echaba de menos. —Me veía a mí misma, no solo me sentía, aturullada, y acabé mi discurso de la peor manera posible, diciendo—: Tenerlo ayudándome me hace sentir como… como si tuviera un hogar.

—Esa costa esquiva… —dijo el señor Pierce en voz baja.

—Sí.

—Buenas noches pues, señorita Lion.

—Buenas noches.

Hasta aquel momento no había sido consciente de lo mucho que echaba de menos esa sensación, la de tener a alguien velando por ti entre tus cuatro paredes. La sensación de que el hogar no lo conforma solamente un lugar, sino también la gente. Había olvidado que podía ser así.

Me estoy poniendo sentimental.

Es hora de soplar la vela y apagarla.

18 de julio

La casa entera está patas arriba.

A Agnes se le quema la comida.

Parian anda desaparecido y, si se me permite especular al respecto, ¿borracho?

El primo Archibald está hecho un desastre.

Y tengo encomendada la tarea de administrarle el láudano.

Intento depender lo mínimo del señor Pierce. Se pasa los días en su estudio, un espacio lleno a rebosar de cajas, fotografías y a saber qué cosas más.

He renunciado casi por completo a toda la empresa de escribir mi diario. Tengo la mano con calambres de quedarme despierta hasta las tantas escribiendo una cantidad excesiva de cosas y, como resultado de ello, me encuentro presa del desánimo.

Ahora mismo voy a lavarme las manchas de tinta de los dedos.

En Lapis Lazuli el buen humor ha desaparecido.

19 de julio

Acababa de salir al jardín trasero cuando Agnes vino a buscarme.

—Señorita Lion, ¿está en casa para recibir visitas?

Me eché a reír.

—¿Si estoy en casa para recibir visitas?

—En su última carta, mi madre decía que las damas elegantes esperan que sus criadas digan eso.

—Vale, entendido. ¿Para quién tengo que estar o no en casa?

—Creo que ha dicho que se llama Hawkes. Es el caballero que la ayudó aquel día cuando volvió a casa en tan mal…

—¿El Joven Hawkes? ¿El vicario?

Agnes arrugó su nariz pecosa.

—No tiene pinta de vicario.

No, Agnes, la verdad es que no.

—¿Le sirves un té? Enseguida estoy con él.

Subí a la buhardilla para ponerme mínimamente ~~elegante~~ presentable y luego bajé al salón de recibir.

Hawkes no me esperaba sentado, sino de pie junto a la ventana, mirando la calle, con las manos enlazadas en la espalda y la frente arrugada en un gesto de preocupación. El pelo algo despeinado.

—Joven Hawkes.

Me miró balanceándose sobre los pies.

—Señorita Lion.

Vi que Agnes le había servido el té, pero el vicario no lo había tocado.

—¿No es de su agrado este té?

—Lo es, gracias. Solo estoy esperando a que se enfríe.

Tomamos asiento.

—Qué inesperado placer verlo por Lapis Lazuli House, Joven Hawkes. ¿Viene para asegurarse de que no haya caído en costumbres aún más degeneradas desde nuestro último encuentro?

Esbozó una leve sonrisa.

—Gracias, pero no. Vengo por el señor Flat.

Me recosté un poco en mi asiento.

—Dígame.

—Fairchild me ha dicho que la fractura es grave.

Aquello me llamó la atención.

—¿Ha hablado con el doctor?

—Sí.

—¿Y cómo supo que el doctor Fairchild era el médico que le trataba?

Hawkes bebió un sorbo de té.

—En Traitors Road suelen requerir a menudo la presencia de Fairchild. Jóvenes que hacen tonterías. Cuando me enteré de lo que le sucedió al señor Flat, sospeché que Fairchild sería el médico que estaba más a mano.

De modo que el Joven Hawkes conoce al doctor Fairchild y el doctor Fairchild conoce al señor Pierce. ¿Significa esto que el Joven Hawkes conoce al señor Pierce? No he visto nunca a El Inquilino en la iglesia y parece ser… —¿cuál sería la palabra adecuada?— escéptico con respecto a la religión, ¿verdad?

—¿Sufre mucho dolor? —preguntó Hawkes.

—Cuando se desvanece el efecto del láudano, sí.

—Había pensado sentarme un rato con él, si no le importa.

¿Importarme? No, no me importaba en absoluto.

Lo acompañé hasta el segundo piso, donde un atontado Archibald Flat yacía postrado en la cama, atendido por Parian Bajo Coerción.

—Parian, el Joven Hawkes quiere sentarse un rato con el señor Flat.

—Gracias a Dios —dijo Parian antes de salir corriendo de la habitación.

Desde el umbral de la puerta, vi al Joven Hawkes coger la silla, acercarla a la ventana, tomar asiento, sacar un libro del bolsillo, abrirlo y, a continuación, ignorar el libro mientras miraba con ojos de preocupación al demonio postrado en la cama.

Por un instante, pareció como si le importara.

23 de julio

Mi vida —la vida sencilla que veo cuando cierro los ojos, en la que soy una estudiante de los clásicos, de la ciencia, de la historia, en la que cumplo mis compromisos y dispongo de tiempo para expandir los perímetros de mi mente— parece estar escapándose de entre mis dedos.

De vez en cuando, al pasear por el parque, me tropiezo con almas desesperadas que intentan seguir el ritmo de un sabueso insistente de gran tamaño. Acaban viéndose arrastrados por la correa del perro y tropezando con sus propios pies. Y así es como me siento ahora. Julio está pasando como un torbellino: he estado bastante ocupada con César, eso seguro, pero casi no he leído.

No es precisamente lo que visualizaba en marzo. Qué ingenua era. ¡Qué joven! ¡Qué inexperta!

Ahora conozco mejor la vida.

Si no me busco yo misma mi tiempo para estudiar, el alcance de mi educación quedará reducido a una deprimente combinación de las lecciones de tía Eugenia, los gritos del primo Archibald y los sermones del Joven Hawkes.

De todo ello solo me parece aceptable lo último, sobre todo cuando los sermones incluyen poesía.

Debería renunciar a mi ilusión de ser propietaria y limitarme a tomar libros prestados de la biblioteca de tía Eugenia.

Una idea que me deprime.

Me encanta escribir notas en las páginas.

Una conversación nueva sobre una escrita hace tiempo.

Más tarde

Esta noche he encendido una vela por mi padre.

24 de julio

Acabo de volver de unos recados —hilo, botones, cordel de carnicero para Agnes—, que han culminado con un pequeño té en Everett's. La intención era un Té para Uno, siendo ese Uno yo. Pero el destino, que siempre se muestra tan gracioso cuando se trata de repartir sobre mi porción de existencia, tenía otra cosa en mente. No habían pasado ni dos minutos cuando una sombra se instaló en el asiento de delante de mí y se hizo carne. Levanté la vista y esbocé una mueca.

—Oh, Jack —dije con un suspiro—. Había olvidado que era la plaga de esta ciudad.

El cocodrilo sonrió.

—Hola, esposa de mi juventud.

—Oh, qué proverbial —repliqué—. ¿Ha estado leyendo la Biblia?

—No tengo tiempo para leer, señorita Lion. El ritmo del mundo está cambiando y nosotros debemos cambiar con él.

—Sí, bien, pues adelante. Váyase y siga ese ritmo.

Tras esbozar una sonrisa burlona a modo de respuesta, Jack levantó la mano para indicarle a la camarera que trajera otra taza a la mesa.

Fue entonces cuando decidí aprovechar la presencia de Jack.

—Si piensa acompañarme, señor Hollingstell, quizá debería pagar la cuenta. Sería de lo más galante.

Dirigió la mirada hacia el único *scone* que ocupaba mi plato y observó a continuación la inmensa soledad de la mesa vacía.

—Me parece que su aguachirle necesita un patrocinador.

—¿Mi aguachirle?

—Oh, no me diga que la admirable señorita Lion no conoce el latín de los ladrones.

—¿Disculpe?

—La jerga, señorita Lion. La jerigonza.

Antes de que me diera tiempo a replicar, llegó la camarera con una taza y un platillo para Jack, quien, después de formular varias preguntas sobre la carta, acabó pidiendo un té mucho más completo que el mío, sacudió su servilleta y la colocó en su regazo, tan feliz como un ratón en una quesería.

Con la diferencia de que Jack Hollingstell no es ningún ratón.

Poco después, apareció en nuestra mesa una maravilla de tres pisos. Orgulloso de sí mismo, Jack observó la montaña de pastelitos.

—¡Cielos, Jack! Para ser tan delgado, veo que adora los pasteles.

—Me paso el día corriendo de un lado a otro —señaló con naturalidad.

—Huyendo de las autoridades, supongo.

Me miró de reojo con humor y aceptó el té que le preparé.

Me serví un hojaldre con glaseado rosa y blanco.

—¿Está aquí para cobrarse uno de sus favores? Le recuerdo que solo tiene dos.

Jack sonrió.

—No. Mi intención es reservarme ese cobro para cuando sea absolutamente necesario.

—Entonces ¿por qué está aquí?

—Porque, *crème de la crème*, me gustaría hacerle una pregunta.

—Oh, vaya. ¿Y qué obtengo yo a cambio de responderle?

—Un té estupendo, a menos que prefiera que me escabulla y la

deje aquí sola con la cuenta pendiente, querida.

Me tenía acorralada.

—¿Qué es lo que quiere saber?

Jack se acabó un *éclair* entero antes de responder con la satisfacción de una serpiente después de consumir un roedor; no miento, suspiró justo con ese mismo placer.

—En este mundo solo amo una cosa, señorita Lion.

—¿A sí mismo?

Jack sonrió.

—Mejor dicho, en este mundo amo dos cosas, señorita Lion. A mí mismo —hizo un gesto ampuloso de autoestima— y los dulces. Y, ahora, volviendo a mi pregunta: ¿cuánto sabe acerca del profesor de Mary?

—¿El profesor de Mary?

—Sí. El hombre que la tiene encerrada casi todas las tardes mecanografiando notas sobre la Compañía de las Indias Orientales, lo que le impide pasarlas paseando por Londres conmigo.

No sabía nada, pero di un sorbo a mi té como si lo supiera todo.

—¿Por qué lo pregunta?

—Tengo mis motivos.

Lo cual no era incentivo suficiente para divulgar información.

—Muy bien.

Y eso fue todo. Esperaba entonces que empezara a presionarme, a camelarme, cualquier cosa, pero Jack no dijo nada más. Acabamos el té, Jack pagó la cuenta y en ese momento, mientras yo me ponía los guantes, desapareció. Salió por la puerta sin que me diera tiempo siquiera a pestañear.

Es impresionante. Y exasperante también.

Cuando me disponía a marcharme, se me acercó corriendo la camarera con una cajita.

—Esto es para usted, señorita.

—Oh, no he pedido nada más —dije, segura de que no iba a pagar por aquello.

La camarera se ruborizó.

—Es un regalo del caballero.

Me contuve de comentar que Jack no es ningún caballero.

—¿De verdad?

—Sí. —El rubor se transformó en un rojo realmente incómodo—. Me ha encargado que le diga que es para ayudarla a mantener su dulce boca cerrada.

Me eché a reír. Y me llevó más de medio minuto conseguir parar. Aliviada al ver que no me había ofendido por lo que acababa de decir, la camarera me hizo entrega de la cajita y le di las gracias.

Ahora, sentada en mi escritorio —después de echar las monedas que me habría gastado en el té en una hucha que tengo para el banco—, he abierto la caja y he descubierto seis tartaletas de manzana, calentitas y felices, listas para cumplir su misión.

Agnes compartirá conmigo el botín porque es buena gente.

Parian lo compartirá también porque el primo Archibald lo reprende constantemente.

¿Y en cuanto a ese viejo cuervo cascarrabias? Bueno. Quizá una. Por lástima.

25 de julio

Mary:

He recibido la visita de tu falso primo, escurridizo siempre como una anguila. Quería saber cuánto sabía yo sobre tu profesor, cuyas notas tecleas por las tardes. Dos preguntas: ¿por qué anda Jack preguntando? ¿Algo no va bien con el susodicho profesor?

Hace más de una quincena que no te veo. Pongámosle remedio.

Emma

Emma la preocupada:

No hay nada por lo que inquietarse. A Jack, como siempre, le gusta andar trasteando y saberlo todo. Estaré ausente de Londres durante una semana; voy a cuidar de los hijos de mi hermano mientras él y su esposa se van a la costa, un lugar ideal para llevarse a los niños, a mi parecer. Pero mi hermano, como ambas sabemos, no es un hombre muy amable.

No te preocupes por Jack.

Mary

Mary la que juega con fuego:

Decirle a alguien que no se preocupe por Jack es como soltar un tigre e invitarlo a tomar el té. En mi caso, casi literalmente.

Pásalo muy bien con tus sobrinos y sobrinas. Enséñales a silbar Come into the Garden, Maud y que la repitan sin parar, a ver si tu hermano se vuelve loco.

Hablaremos más sobre el tema a tu regreso.

Quedas advertida.

Emma

26 de julio

Arabella me ha invitado a acompañarla hoy a tomar el té.

Sabía por qué y casi me echo a llorar.

¿Acaso no acababa de disfrutar ya de un lujoso aguachirle?

Arabella pidió un té dilatado y dispendioso —«Engordemos, Emma. Nos lo merecemos»— y, mientras esperábamos a que llegara, Arabella hizo algo que rara vez le había visto hacer. Dejó que la preocupación se mostrara de tal manera en su rostro que acabaron formándosele tres arrugas: una entre las cejas y dos en la frente.

Me preparé para lo peor.

—¿Estarás bien mañana?

No quería ser frívola, y menos después de ver que Arabella acababa de ofrecer su rostro sin par a la causa, pero tenía muy poco que decir sobre el tema.

—Supongo que estaré bien.

—Humm…

Llegó el té y, desaparecidas las arrugas, empezamos a enfrentarnos con la montaña que nos habían puesto enfrente. Si quisiera tentar a la suerte, invitaría a Arabella y a Jack a tomar el té. El resultado sería una maravilla.

—El año pasado no estuve contigo, ya sabes —dijo Arabella al cabo de un rato—. Ni el año anterior.

Por suerte, tenía la boca tan llena que no me vi obligada a responder.

Arabella me miró a los ojos.

—Este año no tendrás que estar sola.

Tragué por fin.

—Estaré bien, Arabella. Solo quiero dar un paseo agradable, una larga tarde de lectura y quizá un baño. Y, teniendo en cuenta que tu madre no me ha dado órdenes concretas, espero pasar un día tranquilo y encantador a mi aire.

Arabella me sorprendió de nuevo mostrándose pensativa.

—No estoy convencida de que lo que necesites sea precisamente un día tranquilo.

—¿Pues qué sugieres entonces? ¿Que asaltemos el Parlamento?

Arabella sonrió.

—Mis preocupaciones nunca van en sentido político, Emma.

—Pues las mías no discriminan.

—Desde luego que no —repuso Arabella con una sonrisa irónica.

Bebió un sorbito de té y el tema desagradable cayó en el olvido.

Mañana será como cualquier otro día.

Estoy casi segura de ello.

27 de julio

Cuando me desperté esta mañana, con los ojos todavía cerrados y enredada entre las sábanas después de una noche de mucho calor, supe que algo iba terriblemente mal, aunque no recordaba qué. Era como si estuviera en un sueño, sin poder alguno para cambiar nada o para entender qué era lo que me oprimía.

Y entonces, cuando abrí los ojos, lo recordé.

Volví a cerrarlos, me di la vuelta y me escondí bajo las sábanas.

Es 27 de julio.

Agnes llamó finalmente a mi puerta.

—¿Está usted ahí, señorita? ¿Se encuentra bien?

Después de morderme el labio inferior con tanta fuerza que hasta me dolió —e incluso me hice sangre sin querer—, me obligué a incorporarme.

—Sí, Agnes. Me he permitido el lujo de empezar la mañana lentamente.

—¿Le subo el desayuno? ¿O algo para el mediodía?

Casi le dije que sí, pero conozco mis límites y sabía que podía llegar a pasarme el día entero en la cama.

—No, bajaré al comedor.

—¿Por qué no a la sala del desayuno? Tiene unas ventanas preciosas.

Al oír aquello, saqué las piernas y me senté en el borde de la cama, y pensé que Agnes tenía demasiada carga de trabajo.

—No tenemos sala del desayuno, Agnes.

—¡Por supuesto que sí! Es… Ay, no, señorita Lion. Me había olvidado de que el señor Flat me dijo que esa sala le traía malos recuerdos y que nunca jamás debía recordarle su existencia. Lo cual es una lástima. Es una salita preciosa. Algo realmente terrible debió de pasar allí para que la tema de esta manera.

—¿Pero de qué hablas, Agnes? ¿Dónde está esa sala que dices?

—Detrás del salón de recibir, la segunda puerta del pasillo.

—Eso es un cuarto para trastos.

—No lo es. Es una sala del desayuno con dos ventanas encantadoras.

Me detuve el tiempo suficiente como para coger una buena bocanada de aire.

—¿La utiliza Archibald?

—No, qué va. Le da igual, dice. Nadie la ha utilizado desde que estoy en Lapis Lazuli House, pero yo la mantengo limpia.

En aquel momento lo odié. Lo *odié* de verdad. Mi respuesta estoica y caritativa a todas sus traiciones se empezó a derrumbar a partir de aquel detalle tan nimio y estúpido.

—Pues tomaré el desayuno en la sala del desayuno, Agnes, aunque sea solo para fastidiar a ese viejo chiflado.

Cogí mi vestido más gastado, el gris; estaba tan cansada que no imaginaba ponerme encima otra cosa que algo con lo que me sintiera cómoda y, pese a que el reloj se acercaba al mediodía, me recogí el pelo en una trenza desmarañada en vez de peinármelo con un estilo más adecuado a mi edad. Me lavé la cara, cogí el diario y bajé.

Al pasar por el descansillo del segundo piso, miré con rabia la puerta cerrada de la habitación de Archibald.

Puede que incluso le lanzara un maleficio.

Nunca se sabe.

Fiel a su palabra, Agnes me condujo más allá del salón de recibir, hasta una puerta con cerradura, una puerta que siempre me habían dicho que daba acceso a un trastero, una puerta que *mi padre* siempre me había dicho que daba acceso a un trastero. Agnes fue comentando todo el rato que tenía la llave y, cuando la introdujo en la cerradura y empujó para abrir, parpadeé y a punto estuve de echarme a llorar.

Era una preciosidad. *Es* una preciosidad. Ahora estoy aquí sentada, con la sensación de hallarme en un mundo totalmente distinto. Las paredes están pintadas de una tonalidad verde hoja, las dos ventanas estrechas están rematadas con molduras de color crema y hay estantes empotrados repletos de jarrones de flores que parecen del siglo pasado. Hay un cuadro de una costa… ¿irlandesa? Y otro de un niño que sospecho que debe de ser mi padre. Ah, ¿y eso? Me parece que veo algo en la estantería superior.

Un libro. Un libro ilustrado sobre flores. Encantador.

Agnes me trajo la comida —un desayuno completo y un almuerzo abundante— y dijo:

—¡Señorita Lion, la veo triste!

—No, Agnes. Simplemente estoy cansada.

Ninguna de las dos se quedó convencida.

Más tarde

Ya ha anochecido. Estoy arriba en mi buhardilla.

El día ha transcurrido de una forma… inesperada.

Cuando iba a abandonar la sala del desayuno, Agnes vino a buscarme. Me dijo que el señor Pierce había llamado a la puerta del gran salón.

—Ha preguntado si estaba usted en casa, señorita. Y le he dicho que no lo sabía.

Volviéndome a sentar, contesté:

—¿Por qué le has dicho eso, Agnes? Sabes perfectamente bien que estoy aquí.

Agnes sacudió la cabeza y, con los ojos muy abiertos, dijo:

—Es que el señor Pierce es… Y usted está tan… Bueno, es que… es que he pensado… Bueno, ya sabe.

No, no sé, Agnes.

Dejando atrás mi desayuno a medio comer y el momento aturullado de Agnes, recorrí el pasillo hasta llegar a la puerta del salón. Levanté la mano tres veces —ensayando a la vez la sonrisa que me disponía a ofrecer—, hasta que reuní el coraje suficiente para llamar. Acto seguido, oí el sonido de fuertes pisadas aproximándose. La puerta se abrió… Vaya, este hombre abre las puertas casi tan bien como descorre una cortina.

—Hola —dije—. ¿Me buscaba?

En aquel momento me sentí ~~expuesta~~ a la deriva, sin nada a lo que agarrarme.

El señor Pierce tampoco me facilitó las cosas. Sin darme ningún tipo de respuesta verbal, observó mi rostro: las ojeras, la sonrisa cansada que esbozaban mis labios, mi torpe intento de trenzarme el

pelo. Para Emma M. Lion, la beligerancia no se aleja mucho de la pena, así que levanté una ceja y lo estudié también.

El Inquilino estaba siempre envuelto por un aura de misterio y sus ojos mostraban más un espejismo que la dureza de una piedra. Mirándome como si fuera un espectro, dijo:

—Es 27 de julio.

Su voz, su matiz hastiado, hizo que su declaración pareciera más real que su persona.

—Así es.

—¿Cómo lo lleva?

Mi respuesta fue la ausencia de la misma.

—Pase.

El Inquilino se apartó y abrió la puerta lo suficiente para dejarme pasar.

Entré.

Y al hacerlo, vi que la estancia seguía en proceso de cambio, con cosas aquí y allí, cajas repartidas por todas partes, cachivaches amontonados. No me importó.

Yo me sentía igual.

O, mejor dicho, me siento igual, en presente.

Más de lo que me gustaría reconocer.

—Estoy clasificando, decidiendo dónde va cada cosa —dijo el señor Pierce, supongo que incentivado por mi silencioso escrutinio—. Adelante, tome asiento.

Me indicó el sofá, de modo que avancé entre el pequeño laberinto y me senté.

—Me gusta cómo queda la pintura azul —comenté.

Me miró mientras sus manos seguían clasificando.

—A mí también.

Al ver que yo no decía nada más, volvió a mirar sus papeles y declaró:

—La batalla de Maiwand. Hace hoy tres años. Novecientos sesenta y nueve soldados británicos e indios fallecidos, y eso sin mencionar las bajas sufridas por los guerreros pastunes.

No respondí nada. No tenía respuesta.

El señor Pierce siguió trabajando en silencio mientras yo me instalaba en la esquina, sentada en diagonal para poder verlo por el rabillo del ojo mientras también observaba la calle.

—Háble me sobre él, sobre su amigo —dijo por fin el señor Pierce. No me miró a la cara, cosa que agradecí; un gesto que me permitió disfrutar de privacidad para responder a su petición.

Con la excepción de Mary, era la primera vez que alguien que no conocía a Maxwell me preguntaba por él.

Inesperado. Y, de alguna manera, fue como si acabaran de pasarme una llave entre los barrotes de una celda.

Y así fue como, después de permanecer sentada en silencio durante un cuarto de hora, empecé a hablar de Maxwell. De la primera vez que lo recuerdo merodeando por mis reminiscencias de niña. De los días de verano más allá del río. De las notas secretas entre niños. De darme cuenta de que era más. De elegirnos el uno al otro antes de entender lo que aquello significaba.

De su partida.

De su muerte.

Pasaron las horas, muy despacio, deteniéndose cada vez que lo hacían mis palabras. Y, durante todo aquel rato, el señor Pierce siguió trabajando sin parar, con el entrecejo fruncido, como si tuviera

la cabeza en otra parte. Sin embargo, cada vez que yo decía algo ingenioso o divertido, una sonrisa iluminaba su cara. La prueba de que me estaba prestando atención.

Cuando le describí el día, aquel día terrible, sofocante y seco en el que me enteré de que Maxwell había muerto, el señor Pierce interrumpió sus quehaceres y observó mi perfil, pues estaba yo hablando más hacia la ventana que hacia él. Me escuchó, y le hablé de todo ello con más detalle de lo que nunca me había permitido ni siquiera pensar. De aquel día, de la espera, de aquel funeral sin cuerpo.

Lo que Evelyn dijo e hizo me lo guardo para mí. Ni siquiera Arabella lo sabe.

En un momento dado, recogí los pies debajo de mi falda, me acurruqué en la esquina del sofá y cerré los ojos.

Sintiéndome como una tonta.

Sintiéndome valiente.

Después de haberme abierto en canal y de haberme confiado a un hombre que, pese a no ser un completo desconocido, seguía siendo territorio inexplorado. Quizá precisamente por eso fui capaz de hacerlo.

Y entonces, tras lo que me pareció solo un instante, una voz me despertó desde el otro lado del salón. El señor Pierce diciéndome que ya era tarde.

Había dormido varias horas.

Me levanté, miré por las ventanas —el día se estaba oscureciendo — y me sequé los ojos, intentando mantener un mínimo de compostura. De forma bastante torpe, le di las gracias y me encaminé hacia la puerta.

—¿Señorita Lion?

Me complace informar de que Emma M. Lion no es una cobarde y, por lo tanto, me volví hacia él.

Me dio la impresión de que no se sentía cómodo cuando añadió:

—No nos conocemos muy bien y, por lo tanto, lo que voy a decir puede que sea erróneo.

Mi intención era reír, pero lo que salió de mí fue un sonido extraño, similar al que emitiría un animal moribundo.

—¿Me dice eso después de lo de hoy? —observé con ironía.

El señor Pierce esbozó una sonrisa triste.

—Tiene usted sentido del humor y una cantidad considerable de coraje natural, a falta de mejor palabra. Una actitud temeraria frente a circunstancias muy serias.

No supe adivinar en aquel momento, y tampoco soy capaz de descifrarlo ahora, si sus palabras tenían la intención de ser un cumplido o una amonestación sutil.

—Trato de salir adelante. No tengo tendencia a… Lo que quiero decir es que hace ya mucho tiempo que aprendí que debo separar mi felicidad de las cosas que escapan de mi control.

—Admirable —dijo el señor Pierce como si no me creyera.

—Necesario —repliqué sintiendo el apremio de defenderme.

—Creo que la mayoría entendemos todo eso en teoría, pero no lo hacemos ni la mitad de bien que usted.

—No es propio de mí elegir la tristeza si puedo evitarlo —dije encogiéndome de hombros para excusar el desmoronamiento que acababa de sufrir—. Los días tristes existen, pero hay mucho más —agité una mano—, muchísimo más de todo lo demás, supongo, como para tener que vivir bajo su peso.

—Y, aun así, va siempre acompañada por su fantasma —repuso el señor Pierce—. Lo busca por encima de su hombro.

Contuve de pronto la respiración. Sus palabras me dolieron como duele la verdad cuando desearías que fuese mentira, pero no puedes afirmar que lo sea.

—No es ninguna crítica —añadió el señor Pierce.

—Y entonces ¿qué es? —repliqué con sequedad.

—Es una esperanza… La esperanza de que no tenga que cargar por mucho tiempo con los muertos.

Si cualquier otra persona me hubiera dicho eso, habría… Bueno, la verdad es que no sé qué habría hecho. Pero el mapa que acababa de dibujarle de Maxwell y las confesiones de toda la tarde —las mías en palabras, las de él en silencio— le permitían decirme lo que acababa de decir.

—Cargo con más fantasmas de los que podría imaginarse, señorita Lion. Conozco lo que significa ese peso. No es vida.

Me costó responder a la sinceridad de su confesión, pero, cuando hablé, hice la tontería de hacerle una promesa:

—Mañana seré yo misma.

Y me fui.

Ahora me encuentro deambulando de un lado a otro de mi buhardilla.

Tengo las ventanas abiertas y oigo que alguien en Whereabouts anda tocando un melancólico flautín.

Demasiado cansada para asomarme, demasiado despierta para quedarme sin hacer nada, me siento dividida en dos, como un papel rasgado por la mitad.

No tendría que haber hablado tan gratuitamente de cosas

complicadas. Confesar tantas quejas. No. Gratuitamente no. No había hablado gratuitamente. Cada palabra pronunciada exigía su precio. Y quizá no era un precio demasiado alto a pagar a cambio de un poco de comprensión, pero sin duda era demasiado alto para volver a hacerlo.

Pero ¿por qué no podría contárselo a alguien que conoce el precio que se cobra la guerra?

Mi humor indomable, por no decir grotesco, casi puede percibir el espíritu inquieto de tía Eugenia trepando por la ventana de la buhardilla para regañarme.

Ya está. Me he reído por primera vez en lo que va de día.

28 de julio

Querido Evelyn:

Me alegró mucho recibir tu carta en mayo. Me pareció notar que te expresabas como siempre, lo que me permite albergar esperanzas de que estás bien. Soy consciente de que la fecha de esta carta está demasiado próxima al aniversario del fallecimiento de Maxwell, pero supongo que es por eso por lo que te escribo, para preguntarte si tus padres se plantean aún la posibilidad de traerlo a casa para enterrarlo en Barrows Edge.

Dímelo, por favor, pues me gustaría estar presente en el funeral. Significaría mucho para mí, creo. Poder formar parte de su despedida.

Estoy bien en casi todos los sentidos, y trato de encontrarle el humor a las cosas. Mi primo Archibald sigue siendo… ¿Cómo lo llamabas tú? ¿La mitad de la vanidad estúpida del mundo concentrada en una única persona? Pues es justo eso. Solo que peor, si acaso puedes lograr imaginártelo.

Ambos sabemos que a tu padre le interesará poco que le des recuerdos de mi parte, pero ¿podrías dárselos a tu madre? Le tengo mucho cariño.

Anoche soñé con Maxwell. Todo muy deshilvanado: la mitad sucedía en Spencer Court y la otra mitad aquí en Londres, con gente equivocada en lugares equivocados. Nada encajaba, excepto casi al final, cuando vi a Maxwell cruzando el puente que hay en el prado de detrás de Spencer Court. Estabas también tú, subiendo la colina con Damian y Arabella. Yo iba unos pasos por

detrás de ti, pero Maxwell nos llevaba la delantera a todos. Tú estabas diciendo algo así como que te negabas a ir a pescar a toda costa, lo que me parece muy propio de ti. Era tan reconfortante como un recuerdo antiguo, aunque a la vez se sentía muy lejano. La edad dorada había pasado…

Escríbeme, por favor.

Emma

29 de julio

Una cena con tía Eugenia.

Una velada íntima con doce personas. Seis caballeros, cinco damas y yo.

Tía Eugenia me elogió por haber interpretado con aplomo mi papel de alma pobre y algo abatida.

—¡Arabella ha brillado a más no poder! Y tus suspiros trágicos han surtido efecto, convirtiéndote en una joven poco deseable y tediosa. Los pretendientes han tomado debida nota y gracias a ello han disfrutado más si cabe de las sonrisas de Arabella. Me siento orgullosa de ti, Emma. Toma, cinco libras.

30 de julio

Esta tarde no es apta para un ser humano, ni para un animal, ni para Emma M. Lion en su buhardilla.

He dejado las ventanas abiertas toda la noche, pero es inútil.

Ahora la casa está llena de moscas.

31 de julio

El doctor le ha retirado por completo la dosis de láudano al primo Archibald.

Lo que hasta ahora parecía un infierno simbólico —debido al calor — se ha convertido en una realidad palpable en Lapis Lazuli House. Y mi estado de humor no es ninguna excepción.

Me despido de julio.

HACE UN CALOR DE MIL DEMONIOS.

Efectivamente, señor Pierce. Efectivamente.

¿HA VISTO A TEOBALDO POR AHÍ? NO HA VENIDO A CENAR.

Está ganduleando en la buhardilla oeste mientras los ratones parecen disfrutar de un club para caballeros a menos de un metro de él.

~~DESGRAC~~ VAGO DESVERGONZADO.

Le doy la razón. Tanto en lo que iba a decir de entrada como en la rectificación.

1 de agosto

La vida nunca te defrauda en una cosa: siempre se producen giros inesperados.

Mary se ha presentado en Lapis Lazuli esta mañana.

—Feliz agosto, Emma —dijo en cuanto bajé.

—Y adiós por fin a julio —fue mi respuesta algo vehemente.

—¿Tan mal estuvo *Julio César*?

—Qué va. Pero las circunstancias que lo rodearon han sido complicadas.

Mary sugirió que charlásemos mientras dábamos un paseo por el parque. Lo cual fue una idea estupenda ya que, justo en aquel momento, el primo Archibald empezó a gritar desde su alcoba.

—¿Por qué no comentamos las dificultades de tu vida, Mary? Las mías presentan cierta tendencia a morder.

Decidimos ser atrevidas y mostrarnos por Hyde Park, por elevadas que fueran las probabilidades de tropezarnos con muchos Respetables (mi muy ~~estimada~~ dictadora tía entre ellos).

Al poco de comenzar nuestro pausado paseo, le pregunté a Mary por su hermano.

—Espantoso como siempre, pero su esposa me gusta —respondió con su sinceridad habitual—. Como estuvieron fuera durante casi toda mi visita, disfruté de la casa para mí sola y únicamente tuve que ocuparme de que los niños y los perros siguieran con vida.

—Bien hecho.

Mary sonrió.

—Y por suerte no ha habido ni un solo hueso roto. Lo sé seguro

porque mi hermano, nada más llegar, obligó a los niños a salir de la cama y los examinó de arriba abajo antes de decir: «Veo que al menos los has mantenido con vida». A lo que mi cuñada se atrevió a replicar: «Y ahora además de vivos están enfurruñados, cariño, ya que los has despertado cuando estaban en sus dulces sueños».

—¡Bravo por Mable! —dije sonriendo.

Mable era una chica tímida y callada cuando se casó con el hermano de Mary. O eso al menos decía mi amiga. Pero había empezado a tener voz propia. Y al parecer eso no le sentaba nada bien a su marido.

—¿Y cómo se tomó él esa exhibición de pensamiento independiente? —pregunté.

—Mi hermano ha tenido la mala fortuna de enamorarse de Mable. Lo que dificulta las cosas.

¡Bien!

Después de comentar otros deméritos del hermano de Mary, recuperé la conversación que quería mantener: el peculiar interés de Jack por el profesor para el que trabajaba mi amiga.

—¿Por qué, Mary? —dije casi disparando con pistola mi pregunta.

Ella esquivó la bala y respondió en tono risueño:

—¿Y por qué muestra interés Jack por las cosas, Emma? Por puro divertimento. El profesor para el que trabajo es inofensivo. Es un viudo con tres hijos, todo chicos, que se pasa los días impartiendo clases en la universidad y las noches escribiendo su libro. Y ahí es donde entro yo, mecanografiando sus notas y haciendo las revisiones. Sé más sobre la Compañía de las Indias Orientales de lo que jamás quise saber.

Teniendo en cuenta que, cuando en alguna ocasión tomamos el

té, Mary suele comentar detalles sobre este tema, pronuncié un silencioso «amén».

—¿Lo ves? —continuó Mary—. Es de lo más inofensivo.

—¿Calificas de inofensivo a un viudo con tres hijos? —repuse.

Mary me miró como si no me entendiese. Hasta que de pronto, como si se le hiciese la luz, se echó a reír.

—¡Ay, madre mía! Nunca. ¡Jamás! Es inofensivo de verdad. —Debo dejar constancia por escrito de que Mary dudó un momento antes de añadir—: Créeme, Emma.

El día en que Emma M. Lion crea que un viudo con tres hijos es inofensivo será el día en que se arroje al Támesis.

—¿Así que has conocido a este profesor?

—No exactamente. Tenemos un conocido común que coordinó esto del trabajo.

—Ah. Entonces no lo has visto. Por lo que no puedes saber con toda seguridad si es perverso o no.

—Emma —Mary me habló blandiendo su sombrilla como una espada—, si se pudiera reconocer a un personaje perverso con solo mirarlo, el mundo sería muy distinto.

Me eché a reír. Y le dije que tuviera cuidado, no fuera que su profesor anduviera en busca de una esposa joven y saludable para ocupar el puesto.

—¡Imagínate, tú una madrastra!

Solo de pensarlo, nos dio a las dos tal ataque de risa que no nos recuperamos hasta que nos tropezamos de pronto con lady Stanton, que solo aprueba los ataques de ira.

2 de agosto

Parian, al parecer, ha alcanzado su punto crítico. Dice que ha perdido la cabeza. Lo dudo mucho, aunque es incuestionable que podría haber sucedido, porque el primo Archibald sigue empeñado en hacernos sufrir.

A pesar de que prácticamente nunca hemos sido del mismo parecer en nada, Parian y yo, aunque a regañadientes, nos encontramos ahora en el mismo bando de una guerra brutal. Tampoco diría que hayamos creado un vínculo. No, eso no. Pero sí que los dos entendemos, por pura desesperación, lo espantoso que puede llegar a ser Archibald ~~cuando está malo~~.

—No es que el señor Flat nunca nos hubiera gritado, señorita —me dijo Agnes esta mañana—. Sino que antes pasaba una parte de su tiempo gritándole a otra gente y ahora, como no sale de casa, nos cae a nosotros toda la dosis. ¡Soy incapaz de oír en mi cabeza otra cosa que no sean sus gritos!

Yo, que estaba completamente de acuerdo con su opinión, contesté con voz apagada:

—¡Al menos Londres se libra!

Por suerte, los gritos solo duran hasta que cae dormido. Y entonces el deber de toda la casa es seguir haciendo nuestras cosas de la manera más silenciosa posible. Yo, por ejemplo, no me pongo los zapatos hasta que llego a la puerta para salir.

La tragedia nos obliga a todos a hacer sacrificios.

Más tarde

¡Un día marcado por un gran triunfo!

Me encuentro en posesión de un nuevo libro.

Es muy cortito, un ensayo, de hecho, pero vivo con la ilusoria esperanza de que parezca un libro en mi estantería.

El ensayo lo adquirí durante una visita al señor Pierce en su estudio, que sigue sumido en el desorden. Hablamos sobre temas triviales mientras él iba de un lado a otro. Yo tomé asiento en el sofá. Me sentía cómoda. En terreno seguro, a pesar de los sucesos no mencionables del pasado 27 de julio.

Durante nuestra conversación, declaré que mi objetivo era cultivarme. Creo que dije algo así como:

—Debo avanzar al respecto antes de que mi deseo se desvanezca y me convierta en una de esas almas conformistas que viven encadenadas a su pequeña rutina, creyéndose libres. No piense que no me interesa una rutina; es justo a lo que aspiro. Pero anhelo la rutina correcta. Mi rutina. Dos paseos al día, varias horas de lectura, quizá una visita a alguien que sea de mi agrado. Una cena o una actividad de entretenimiento a la semana en caso necesario, dos como mucho, pero, por favor, que haya lectura.

El señor Pierce esbozó una expresión de estarse divirtiendo mientras seguía ordenando, lo que le otorgó un aire muy masculino e incluso atractivo, debo reconocer.

—Su idealismo es desbordante, señorita Lion —dijo.

—¿Tan descabellado es esperar un mínimo de perfección en la vida?

Justo entonces oímos a Archibald gritándole a Parian.

El señor Pierce arqueó las cejas a modo de respuesta y a continuación preguntó:

—¿Qué está leyendo?

—Nada en este momento —admití. Y le expliqué que mi biblioteca personal había quedado aniquilada por circunstancias bastante excepcionales—. Una historia para otro día —añadí al ver que parecía moderadamente interesado. Me gusta pensar que parecía moderadamente interesado, lo cual siempre es preferible a imaginarme que está moderadamente desinteresado en lo que yo tuviera que decir—. Tengo la Biblia, las *Obras completas de Shakespeare*, las *Comedias de Shakespeare. Íntegras* y *Jane Eyre*, que he leído al menos siete veces.

Y, puesto que mi compromiso es contar la verdad, debo dejar constancia de lo que dijo a continuación, por blasfemo que parezca.

—Demasiado Shakespeare.

Eso fue lo que dijo. Dos palabras pronunciadas en un tono ciertamente desagradable.

¿En qué estaría pensando ese hombre?

—¡Como si fuera posible! —exclamé poniéndome a la defensiva.

El señor Pierce levantó la vista.

—¿Cuando supone el cincuenta por ciento de una biblioteca personal? Por supuesto que es demasiado. ¿Acaso no hay libros en Lapis Lazuli House?

—Los hay. En la segunda planta, justo al lado de las habitaciones del señor Flat, hay una biblioteca. Pero me tiene prohibido entrar.

—Ya, pero pensaba que había reivindicado usted su propiedad y puesto al señor Flat en el lugar que le corresponde.

—Y lo he hecho —repliqué—. La prueba es que ahora realizo todas mis cenas en el comedor. Pero resulta que la biblioteca fue la

única cosa legada a Archibald Flat cuando mi tía abuela falleció. Todos los libros de esa biblioteca son de su propiedad.

—¿Y su primo lee?

—Me imagino que no. ¿Cree que si leyera podría seguir siendo tan increíblemente estúpido? Ay, le ruego que me disculpe. Bueno…, la verdad es que esto es exactamente lo que quería decir. Calificarlo de estúpido no es tanto un reflejo de su capacidad, sino más bien del estado en el que vive.

El señor Pierce sonrió.

—¿El estado en el que vive? Entonces, mientras nosotros vivimos supuestamente en un estado de gracia, ¿el señor Flat vive sumido en un estado de estupidez?

Sus palabras me sonaron como la más pura verdad.

—Creo que vive tanto en un estado de gracia como de estupidez. Imagino que tampoco será una condición humana tan excepcional.

El señor Pierce ladeó la cabeza y alrededor de sus ojos se formaron unas arruguillas.

—Imagino que no.

Después de un momento de reflexión por parte de ambos, el señor Pierce dijo:

—Existen las bibliotecas públicas. ¿Y la biblioteca de su tía?

¿Acaso tengo que explicar mis inclinaciones lectoras a toda alma viviente?

Pues parece que sí.

Intenté ofrecerle una versión condensada.

—No soporto la idea de leer un libro de préstamo. Soy una lectora reflexiva y me gusta escribir notas al margen.

—¿Notas al margen?

—Material suficiente para llenar varias novelas.

—Entonces es usted una lectora peligrosa.

—Lo sería. Podría serlo si mi biblioteca estuviese formada por más de cuatro libros. Quizá me ponga a leer de nuevo *Coriolano*.

—No, no, no. —Hizo bastante énfasis—. No puede volcarse solamente en Shakespeare, por muy admirable que considere a El Bardo. Lea alguna cosa nueva. Lea algo que la invite al debate.

—Con Shakespeare se puede debatir.

—No, no se puede. En realidad, no. Busque otra cosa.

—Acabamos de repasar todo el catálogo de mi biblioteca.

—Pues lea algo de la mía.

—Señor Pierce, ¿es que no ha oído nada de lo que le he dicho?

—La he oído. Parámetros ridículos que usted misma se ha impuesto. Veamos. Si necesita escribir notas al margen, si solo puede leer lo que es suyo…

Se acercó a una caja, removió su contenido, la dejó de lado y siguió buscando en otra lo que fuera que estuviera buscando.

Jamás se me había pasado por la cabeza que el señor Pierce tuviera libros. Jamás se me había pasado por la cabeza que no los tuviera. Simplemente no había asociado ambas cosas. Entra y sale a todas horas, y cuando está en casa se consagra a su estudio. La idea de que fuera capaz de detenerse el tiempo suficiente como para leer otra cosa que no fuera un periódico me produjo una sensación… agradable.

Sacó de la caja un pequeño volumen marrón, lo abrió, pasó un par de páginas, volvió a cerrarlo y vino hacia mí. Lo depositó en mis manos.

Su seriedad natural hizo que aquel sencillo movimiento se volviese

significativo; fue como si me estuviese haciendo entrega del Vellocino de Oro.

—Debata con esto. Es suyo.

Una situación incómoda y encantadora a la vez. Mi vida, en otras palabras.

—Me niego a cogerle sus libros —dije, por mucho que mis dedos se hubieran cerrado ya sobre la cubierta.

—Se lo estoy regalando.

Lo abrí y me encontré con una dedicatoria.

Niall, mi audaz amigo.
Rw. Emerson

—¡No puedo aceptarlo de ninguna manera! —Le planté la dedicatoria casi en la cara—. Si he de creer que «Rw. Emerson» es, en efecto, Ralph Waldo Emerson, el autor de… —avancé hasta la página del título— *Autoconfianza*, es evidente que yo no soy nadie para quedarme con un ejemplar que incluye una dedicatoria personalizada.

El señor Pierce restó importancia a mis palabras.

—Tengo dos ejemplares más, uno de ellos también con dedicatoria.

La curiosidad me empujó a preguntar:

—¿Sí? ¿Y qué dice la otra dedicatoria?

—Dice: «Niall, eres un terco y un tonto. Rw. Emerson». —Levantó la vista sonriendo—. Ese ejemplar me gustaría conservarlo.

—De verdad le digo que no puedo aceptar…

Entonces, el señor Pierce soltó el aire con fuerza y dijo:

—Cuando estoy en Estados Unidos, me siento decididamente

inglés. Y cuando estoy en Inglaterra, me siento irritantemente estadounidense.

Fue una declaración singular y una prueba de su contaminación, eso seguro, pero esperé sin decir nada —por increíble que parezca— a que el señor Pierce me explicara por qué había dicho aquello.

Lo hizo.

—Emerson era un amigo. Tengo tres ejemplares de su ensayo. Lo he leído y me he sentido de acuerdo con él y en desacuerdo con él al menos media docena de veces, si no más. Así que puede quedarse este ejemplar, Emma, y a ver qué puede hacer con él. No sea tan condenadamente inglesa. Haga garabatos en los márgenes, subraye el texto, táchelo, haga todo lo que quiera o se atreva a hacer con él. Pero acepte el maldito libro.

Mi expresión de perplejidad se transformó lentamente en una sonrisa.

—Muy estadounidense por su parte, señor Pierce.

Emitió un quejido.

Y acepté el libro.

3 de agosto

Les he dicho a Parian y Agnes que se tomen el día libre. Las últimas dos semanas han sido insoportables y ambos —Agnes con elegancia y Parian con algo menos— se han desenvuelto bajo circunstancias realmente deprimentes.

Me las arreglaré sola en lo que a las comidas se refiere.

Agnes me ha dejado en la despensa una bandeja preparada para el primo Archibald. Lo único que tengo que hacer es hervir agua.

(Y podrá considerarse afortunado si no se la echo por encima de su desagradecida cabeza).

Aún no he empezado a leer *Autoconfianza*. Lo reservo para esta tarde.

Siento curiosidad. ¿Podría ser extraño que nunca haya leído un libro escrito por un estadounidense?

No lo es, puesto que responde en gran parte a mi lógica interna. Entre estas dos gloriosas islas tenemos toda la literatura que necesitamos.

Sin embargo, tal vez eso de ampliar fronteras tenga su razón de ser. No para obtener la ciudadanía de un lugar así, pero ¿un pasaporte…?

Más tarde

Ay, Dios. *Autoconfianza*.

No había leído ni siquiera la primera página entera y ya ha había

discrepado dos veces y ~~posiblemente~~ me había mostrado de acuerdo una vez.

Esto será interesante, pero ni agradable ni cómodo.

~~Lo cual suena como una descripción de los estadounidenses en general.~~

~~Tal vez lo que acabo de decir no es justo.~~

~~O tal vez sí.~~

En cuanto abrí el libro, Teobaldo hizo algo inesperado. Estaba durmiendo en mi cama y, de pronto, aguzó las orejas, levantó la cabeza, se desperezó y saltó de la cama al escritorio.

—¿Vienes a ser testigo de mis estudios? —le pregunté.

Parpadeó a modo de respuesta. Y se quedó allí sentado, observándome durante todo el rato que estuve leyendo. El Inquilino, al parecer, me ha enviado un espía.

Bien.

Pues le informará de lo siguiente:

Notas sobre Autoconfianza
Escrito por un tal Ralph Waldo Emerson,
amigo y crítico de un tal Niall Pierce

La persona debe aprender a detectar y atender ese destello de luz que cruza el interior de su mente en lugar de admirar el lustre del firmamento con sus bardos y sus sabios. Y, sin embargo, el hombre desecha su pensamiento sin dudarlo, y lo rechaza porque proviene de sí mismo.

Un sentimiento muy democrático; aunque no tiene en cuenta la cantidad de tontos de remate que no dedican ni un mínimo de su

tiempo a aprender a pensar. ¿Dónde está la sombra de Sócrates cuando se la necesita? Dicho esto, seguiré el argumento de este ensayo y veré si la resolución tiene un pase, por inaceptable que me parezca la confianza del autor en la mente promedio.

Después de revisar lo que he escrito, me siento una esnob.

¿Lo soy?

Nunca se me habría ocurrido.

Ya que, si yo soy una esnob, ¿qué diablos es entonces tía Eugenia?

> *En la educación de todo individuo hay un momento en el que llega a la convicción de que la envidia es ignorancia, que la imitación es suicidio…*

Violento e interesante. Muy interesante. Pues sí, Niall Pierce, el del espíritu atormentado, eso te lo reconozco.

Más tarde

Llevo dos páginas y ando metida en una acalorada discusión conmigo misma y con el señor Emerson. He mirado y me quedan treinta y nueve páginas para acabar.

Menuda discusión. El señor Pierce sabía bien de qué estaba hablando.

Esta noche no estoy segura de si soy lectora o boxeadora. Quizá las dos cosas al mismo tiempo.

4 de agosto

No hay vuelta atrás. He tendido puentes y me he sumado a los rebeldes del otro lado del mar.

Las páginas del ensayo de Emerson están repletas de anotaciones. He tenido que ir corriendo al Reed and Rite para comprar más tinta, pues no solo he tatuado los márgenes, sino que he llenado además varias hojas aparte. (Debo reconocer que mi prolífica afición a escribir este diario tiene algo que ver con el gasto de tinta).

Hacía tiempo que mi mente no disfrutaba tanto con una conversación así.

Exceptuando a Shakespeare.

Siempre exceptuando a Shakespeare.

Hay varias frases memorables, y algunas de ellas son merecedoras de quedar plasmadas en mi diario.

Dios no dejará que un cobarde enseñe su obra.

Pensé entonces en el Joven Hawkes.

Confía en ti mismo: cada corazón vibra con esa cuerda de hierro.

Creo que incluso El Bardo habría deseado escribir una frase así. Es propia de El Bardo. ¿Inspirada quizá en El Bardo?

Aquel que quisiera ser un hombre, habrá de ser un inconformista.

Un sentimiento noble, aunque el inconformismo universal podría provocar graves problemas: véase como ejemplo a Archibald Flat.

Vuestra bondad ha de tener espinas; de lo contrario, no será nada.

Ah, señor Emerson. Quizá, después de todo, resulta que al final es usted de los míos.

5 de agosto

Parian me ha preguntado si podría acompañarme hoy a la iglesia. Me ha pillado por sorpresa, pero le he respondido que sí, siempre y cuando Agnes se quedara en casa para vigilar al primo Archibald.

—Se quedará en casa —replicó Parian—. Nunca va a la iglesia.

—No, no va —dije, pensando que esa sería la última frase que nos cruzaríamos.

Pero entonces Parian añadió, de forma innecesaria aunque con cierta gracia:

—La madre de Agnes le dijo que no hiciera nunca caso a lo que pudiera decirse en una iglesia de Londres, la capital pagana del mundo.

¡Bueno!

Más tarde

Cuando el Joven Hawkes hizo su entrada, volvió a darme la impresión de que no se había acostado en toda la noche. El pelo revuelto, los ojos azules con expresión de seriedad y concentrados en la tarea que tenía por delante. Leyó un fragmento extenso del Levítico y entonces, cuando vio que gran parte de la vieja guardia se había quedado dormida, dio comienzo a su ronda mensual de poesía.

No entra nunca en el dramatismo pomposo, pero cómo lee los versos este hombre. Incluso los chicos de Cambridge del fondo se pusieron cómodos y todas las jóvenes presentes se inclinaron hacia

delante para dejar que las palabras se derramaran sobre ellas como un hechizo.

Yo incluida.

Pasada casi media hora, leyó:

¿Qué puedo hacer para alejar
el recuerdo de mis ojos? ¡Pues ellos han visto,
ay, hace una hora, a mi reina deslumbrante!
El tacto tiene memoria. Oh, di, amor, di,
¿qué puedo hacer para matarlo y ser libre
en mi antigua libertad?

¡Pero de qué manera lo dijo! Con honestidad, sin afectación. «El tacto tiene memoria». En aquel momento, habría jurado que unos dedos fantasmagóricos me acariciaban la nuca.

Leyó el poema entero, Keats reencarnado, ya no muerto en una solitaria tumba italiana.

Fue una sensación inquietante, tanto para Hawkes como para prácticamente todos los que estábamos allí.

Como una extraña sesión de espiritismo.

Fue casi como si sintiera el peso de la mirada de Maxwell sobre mí.

Me volví y nada. Solo una capilla repleta de las historias de fantasmas que se habían cruzado en la vida de todos los presentes.

El Joven Hawkes continuó —con varios versos que jamás pensé que llegaría a oír en una iglesia— y llegamos al final. Pronunciadas con sinceridad y sin ornamentos, las palabras transmitieron lo que su entonación no lograba expresar.

¡Oh, la dulzura del dolor!
¡Dame otra vez tus labios!
¡Basta! ¡Basta! ¡Bastante es para mí
soñar contigo!

Terminó, cerró el libro que tenía delante, le dio unos golpecitos distraídos con los dedos, miró a la congregación, que contenía colectivamente la respiración, y dijo:

—Amén.

El cántico final fue un mero formalismo. Y, a continuación, los asistentes salieron de la iglesia sumidos en una sensación de aturdimiento.

Cuando me volví hacia Parian para comentarle lo maravilloso que había sido, descubrí que estaba dormido. Como un tronco. La barbilla descansando en el pecho, la boca esbozando una mueca.

No está hecha la miel para la boca del asno, dicen.

Suspiré. Y lo desperté con un codazo en las costillas.

Más tarde

La interacción de hoy con un tal Niall Pierce ha sido breve y del estilo Píramo y Tisbe.

¿QUÉ TAL VA EMERSON?

Preveo que, cuando termine Autoconfianza, usted y yo libraremos una batalla.

ESPERO LA PRIMERA DESCARGA.

6 de agosto

Muchísimo calor.
Los vientos frescos de agosto me han abandonado.
Los poetas me han fallado.
Pero los estadounidenses no. Sigo leyendo.

Algunas citas adicionales de Autoconfianza

Antes bien, la percepción no es caprichosa, sino obligatoria.
Eso sí que es genial.

El poder que los hombres tienen de fastidiarme, soy yo quien se lo ha dado por mi débil curiosidad.
¡Ajá!

La plegaria es la contemplación de los hechos de la vida desde el más alto punto de vista.

No afirmaría haber alcanzado alturas tan elevadas en mis oblaciones. Las mías suelen ser pensamientos apresurados desde el lugar tan inferior que ocupo.

Nuestros lamentos son otro tipo de falsas plegarias.

De ser este el caso, quizá resulta que soy más devota de lo que imaginaba.

7 de agosto

Terminé con el señor Emerson a última hora de la tarde, antes de cenar.

Pero la verdad es que tengo la creciente sospecha de que no he terminado ni mucho menos con él.

De todos modos, di por finalizada mi primera lectura de *Auto-confianza*.

Después de cerrar el libro, lleno a rebosar ahora de notas, caí en la cuenta de que sería capaz de comerme un caballo. O cualquier cosa similar en tamaño a dicho animal. Cogí el libro, bajé la escalera (en su totalidad) y llegué al recibidor. Por los olores que salían de la cocina y la hora que marcaba el reloj, llegué a la conclusión de que la cena estaría lista en nada.

Me dirigía a la cocina cuando vi que la puerta del estudio estaba abierta.

Asomé la cabeza.

Sin invitación previa.

Tía Eugenia me despellejaría viva.

—¿Hola? —saludé.

—Hola —fue la respuesta.

El señor Pierce apareció por detrás de un escritorio de gran tamaño que estaba colocando en el fondo de la estancia.

—Buenas noches —dije, como si abordar fotógrafos incautos fuera lo más normal del mundo.

—¿Sigue abierta esa puerta? —preguntó.

—Así es.

—Le ruego que me perdone, señorita Lion. Parian se ofreció a traerme una pequeña sierra de mano, pero no lo he vuelto a ver. Aunque quizá estaba tan ocupado que no me he dado ni cuenta.

—¿Cuánto rato hace de eso?

—¿Unas horas?

Parian. El hombre ideal para tener como empleado.

Me disculpé con el señor Pierce y le dije que no me importaba en absoluto que la puerta siguiera abierta.

—Es agradable. Le da vida a la casa.

Su sonrisa, cuando pronuncié la palabra «vida», parecía llevar unida un ancla.

De dejarse guiar una por los gestos y señales que transmitía el señor Pierce para entrar en conversación, podría acabar pensando que era un ser de otro mundo.

No le pregunté si era un niño feérico que ha crecido entre los humanos y ha llegado ya a la edad adulta.

Por tentada que estuviera…

Le dije en cambio:

—Ya he terminado el ensayo del señor Emerson.

Y alcé el libro en un gesto triunfante, agitándolo en el aire.

—¿Y?

—Y tengo mucho que decir, de modo que supongo que tendrá que acompañarme.

El señor Pierce se apartó el pelo oscuro de la frente y descansó una mano sobre el escritorio que estaba instalando.

—¿Acompañarla?

—Ando a la caza de algo de alimento. De la cena, como diría un

nativo de St. Crispian's. Agnes la sirve últimamente en el comedor. Imagino que no habrá cenado aún, ¿verdad?

El señor Pierce tamborileó con los dedos el lateral del mueble y se quedó mirándome.

—No voy vestido para una cena.

Y no lo iba, cierto. Pantalones de trabajo, botas viejas, las mangas de una camisa blanca desvaída subidas hasta la mitad de los antebrazos. Sin chaleco. Sin chaqueta. Invitar a mi comedor a un hombre que va vestido como un jornalero ambulante va contra Todas las Reglas de la Existencia Refinada. ¿Y si la Mala Suerte fuera a traer a tía Eugenia a mi puerta? El precio a pagar sería muy alto, probablemente mi cabeza. (Tía Eugenia tiene cierto instinto herodiano). Dicho esto, tía Eugenia no ha puesto un pie en St. Crispian's en todos los años que han transcurrido desde que la conozco. En consecuencia, consideré que el entorno era seguro y así se lo hice saber al señor Pierce.

—Seré su única compañía, señor Pierce. Y bien puede ver que, aunque llevo uno de mis vestidos más viejos, no tengo intención de cambiarme para cenar. Así que venga tal y como está.

En aquel momento, Agnes apareció en el umbral. Clavó la mirada en el señor Pierce y luego en mí, abochornada por haberlo mirado.

—La cena está lista, señora.

—No soy ninguna señora, Agnes. ¿Y podrías poner un segundo cubierto en la mesa? Esta noche me acompañará el señor Pierce.

Los ojos de Agnes se abrieron como platos, pero obedeció sin discusión.

—Me mira como si yo acabara de ahogar a su gato —observó el señor Pierce.

—Al parecer da usted miedo.

—Como supongo que debería ser —fue su réplica.

Poco después, estábamos instalados en el comedor, sentados el uno delante del otro en la zona central de la mesa, el señor Pierce con el brazo extendido sobre el respaldo de la silla que tenía a su lado, haciéndose dueño de la estancia de un modo maravillosamente inconsciente. Con el libro descansando entre los dos, tardamos muy poco en sumergirnos por completo en la batalla. Que no fue tanto una batalla como un contrainterrogatorio.

Apareció entonces Parian —la era de los milagros en la que vivimos— y nos sirvió la cena mientras el señor Pierce y yo recitábamos frases de Emerson. El señor Pierce, con el ceño fruncido y sonriendo de vez en cuando, disfrutó claramente leyendo la letra inclinada de mis comentarios y descifrando mis garabatos.

Deberíamos haber contratado un secretario para registrar por escrito nuestra conversación, pues yo creo que no voy a poder hacerle justicia. El ritmo era tal que solo recuerdo partes.

Como la primera vez que sonrió con sorna al leer lo que yo había escrito.

—¿Se está riendo de mí?

—No —respondió tranquilamente. Pasó página y siguió leyendo—. Sí. Pero porque lo estoy disfrutando.

—¿Así que lo disfruta?

—Mire lo que ha escrito usted aquí. ¿Desafía el concepto del hombre que se ayuda a sí mismo? ¿No está de acuerdo con ello? ¿Acaso el hombre que se esfuerza por tomar las riendas de su propio destino, que trabaja duro, no tiene «todas las puertas abiertas de par en par»?

—Sí, maravilloso —repuse—. El hombre que se ayuda a sí mismo. Que le abran todas las puertas. Que organicen un desfile en su honor. Que reciba una medalla de la reina. Sin embargo, no estoy de acuerdo con la afirmación anterior de que es una tontería «sentarse y llorar pidiendo compañía». A veces necesitamos una hora de congoja antes de poder levantarnos y sacudir a otros mediante esos «choques rudos y eléctricos» de los que habla Emerson.

—Está usted hablando de cosas específicas que la visión más amplia del autor ya tiene en cuenta.

—Así es, pero el autor tiene una manera de presentar sus argumentos que hace que sea perfectamente lógico estar en desacuerdo con ellos en un momento dado y estar luego de acuerdo al siguiente. Por ejemplo, en la misma página que justo estábamos discutiendo ahora afirma que «Así como las plegarias de los hombres son una enfermedad de la voluntad, así sus credos son una enfermedad del intelecto».

—¿Y no está usted de acuerdo con ello?

—Me parece intrusivo exigir que las plegarias de una persona sigan una línea argumental en concreto. Y, en cuanto a los credos, he descubierto que a veces la manera de salir del laberinto consiste en adentrarse en la filosofía de otro, echar un vistazo alrededor y luego verse a uno mismo en ese otro lado. ¿Acaso es una tontería sopesar y analizar distintas escuelas de pensamiento? ¿De qué otro modo se puede discernir la verdad?

El señor Pierce se cruzó de brazos, ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Defenderá entonces su postura sobre los clásicos, por rancia que sea?

—¡Sin reservas! —A punto estuve de aporrear la mesa—. No me

da ningún miedo enfrentarme a esos grandes hombres de los que habla, ni pelearme a puñetazos si es necesario, con tal de dejar claro lo que opino sobre sus filosofías. Y en cuanto a su señor Emerson, parece tan versado sobre los clásicos como cualquiera, con todas sus citas del califa Alí.

Y fue entonces cuando el señor Pierce rompió a reír de verdad. Echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Es un hombre muy cultivado —dijo cuando por fin consiguió hablar—. Y seguro de sí mismo a la hora de expresar sus contradicciones, si insistiendo en ellas consigue exponer la verdad.

—¿Su verdad? ¿La verdad de usted? ¿O La Verdad?

—¿Y no es esta, acaso, la pregunta fundamental?

Y seguimos así durante horas. La comida, las bebidas, el postre y el té aparecieron y desaparecieron mientras seguíamos debatiendo, solo para acabar retomando el uno los argumentos del otro. Era como si entre nosotros hubiera… ¿Cómo puedo expresarlo? ¿Una fisión? ¿Una energía? Como si esa tormenta en formación que parece llevar consigo estallara de repente en forma de maravillosa lluvia. Y me dije entonces: esto. Este tipo de batalla, este tipo de discusión, esta risa cuando vemos que estamos diciendo lo mismo…, esto es lo que deseo de la vida.

Al final, el señor Pierce leyó las últimas frases del ensayo: «Nada puede darte paz sino tú mismo. Nada puede darte paz sino el triunfo de tus principios».

—No estoy segura de si estoy totalmente de acuerdo —me vi empujada a replicar—, pero lo ha leído estupendamente.

Sonrió.

Sonreí.

Qué maravilloso es encontrar amigos.

8 de agosto

Cuando volví a casa por la tarde, oí voces en el salón de recibir. El tono, la charla animada, la sensación de que quienquiera que fuese que se encontraba detrás de esas puertas estaba muy satisfecho consigo mismo me resultaron familiares.

Ya que Parian no se veía por ningún lado, abrí yo misma las puertas.

—¡Aquí la tenemos!

—¡Hola, cabeza loca!

Sentados en el salón de mi casa, uno en el sofá verde y el otro en el sillón rosa, estaban las más benditas pesadillas de toda la existencia: Oliver y Phineas Brookstone.

—Dos sinvergüenzas en un mismo día —dije—. Qué suerte tengo.

Se levantaron e intercambiamos besos antes de tomar yo asiento al lado de Phineas en el sofá.

—Teniendo en cuenta el informe de Arabella, me sorprende veros en el país —les dije—. Creía que habíais huido de la amenaza del matrimonio para disfrutar de la vida en el Continente.

Phineas y Oliver sonrieron en tándem, con un aire muy privilegiado y muy inglés. Cabello castaño claro, ojos verdes, algo más bronceados de lo habitual. Idénticos. Una sensación un tanto inquietante.

—Nos hemos perdido la primera oleada de compromisos y las más desesperadas ya han encontrado prometido, así que mamá consideró que podíamos regresar con seguridad. —Phineas cruzó las

piernas y se recostó en el sofá—. Necesitaba que estuviéramos presentes para algún evento.

—¿Y qué ha dicho al veros tan sanos y fuertes?

—Mamá piensa que estamos espléndidos —dijo Oliver arrastrando las palabras—. Papá, por el contrario, tiene la firme convicción de que nuestro aspecto no es nada inglés y nos ha prohibido montar hasta que nuestra tez vuelva a ser translúcida, con algunos toques de rojo. Es tremendamente patriótico, el viejo. Cree que nuestro deber británico es tener un aspecto enfermizo.

Bueno.

—¿Os habéis encontrado, por casualidad, con mi primo Damian mientras estabais en el extranjero?

Oliver miró a Phineas. Se produjo entre ellos algún tipo de comunicación silenciosa y entonces se volvieron los dos hacia mí y me ofrecieron un «no» simultáneo.

¿En qué andaría metido actualmente Damian?, me pregunté. Viendo que no deseaban divulgar la información, seguí presionando.

—¿Vais a quedaros mucho tiempo en Londres?

—Iremos y vendremos, locuela —respondió Phineas—. Iremos y vendremos.

—Pero ahora cuenta tú, Emma —dijo Oliver bastante serio—. Nos ha dicho Arabella que te quedas aquí definitivamente. ¿Tienes intención de permanecer en Londres todo el año?

Sonreí.

—Lapis Lazuli House es mi hogar. ¿En qué otro sitio querría estar?

—La ciudad está llena de hollín durante todo el año, es un poco sosa, ¿no te parece? —dijo Phineas levantando una ceja.

—La verdad es que no puedo opinar. Será mi primer invierno.

Ambos respondieron con una silenciosa manifestación de lástima. Oliver suspiró.

—Ha llegado la hora de hacer el trabajo sucio, Phineas.

Phineas, con cara de resignación, hundió la mano en el bolsillo y extrajo un sobre de color melocotón cuyo origen conocía perfectamente.

De mi garganta salió un gemido forzado.

—Acabamos de estar con Arabella y nos ha pedido si podíamos actuar como mensajeros de tu tía. Ten. Te pedimos disculpas por facilitar la imposición de estos horrores sociales, Em.

Depositó el sobre en mi mano.

Nos quedamos todos mirándolo durante unos instantes antes de que yo, alzando la barbilla con determinación, procediera a abrirlo.

—Léenoslo, vieja amiga —dijo Oliver con una sonrisa.

—Sí, por favor. Sus insultos son siempre de los mejores.

—Sois terribles. —Creo que se lo tomaron como un cumplido y, en consecuencia, hice una clarificación—: No pienso leer en voz alta mi correspondencia personal.

Phineas soltó una especie de chillido que acabó en carcajada.

—Oh, pues ella fue leyendo en voz alta a la vez que escribía. En el Segundo Salón, debo añadir. Nos han degradado del Primero.

—¿Por qué será que estoy convencida de que os merecéis tal degradación?

Abrí la carta y empecé a leer.

Emma:

Debes presentarte en Spencer House el 23 para acudir desde allí al Baile de la Duquesa de Bedford. No tenía intención de invitarte,

puesto que es un Evento que supera con creces Tu Estatus, por muy relacionada que estés conmigo por lazos de Sangre. Pero resulta que esos gandules patanes que te harán entrega de esta misiva, a saber, Phineas y Oliver Brookstone, asistirán también.
Momento en el cual Phineas empezó a reír.

Puesto que se trata de una Noche Crucial para Arabella, no podemos permitir que ese par de tontos echen a perder mis planes…
Momento en el cual Oliver también empezó a reír.

Son unos idiotas de primera categoría. Así que ya ves mi dilema…
—Lo vemos —dijeron simultáneamente los gemelos.

Le he pedido a Madame Tasset que rehaga uno de los vestidos más bonitos de Arabella para que encaje con tus medidas con el fin de que no nos pongas en un compromiso con tu apariencia. Estará terminado para el 23. Si no mantienes a los chicos Brookstone ALEJADOS de Arabella, te castigaré por todos los medios necesarios.

Te espero el viernes a la hora del té.

Tu Tía

Miré a los gemelos.

—Habla de vosotros como si fuerais la peste. ¿Pero qué habéis hecho, en nombre de Dios?

La sonrisa burlona de Oliver fue la respuesta no verbal que acompañó a las palabras de Phineas:

—Ambos le hemos comunicado que nos gustaría casarnos con Arabella simplemente para sacar de quicio a la vieja.

Sentí la gélida presión de tía Eugenia constriñéndome el corazón.

—No puede ser.

—Esperamos quedar relegados al Tercer Salón en menos de un mes. Seguro que agradará en el club.

Audaces, temerarios y un poco locos, metiéndose con tía Eugenia por puro divertimento, pero los gemelos Brookstone siempre han tenido grandes aspiraciones.

No tardaron mucho en marcharse.

—Y ahora nos vamos a Blackman's para empezar a propagar el rumor de que Phineas y yo estamos mirando anillos de boda —dijo Oliver despidiéndose de mí con un beso en la mejilla—. Nos vemos el 23, Emma.

9 de agosto

El doctor Fairchild pasó hoy por casa para evaluar el estado de la pierna del primo Archibald.

Fue de lo más asqueroso.

Archibald no está listo aún para levantarse y se niega a que Parian lo asee. La habitación, por lo tanto, empieza a oler fatal.

El buen doctor pareció no darse cuenta de ese importante detalle y dijo que pensaba que en dos semanas Archibald podría empezar a apoyar un poco de peso sobre la pierna, un poquito más cada día.

—¡Lo que quiere usted es arrancármela! —gritó Archibald—. ¡Está aliado con la bruja!

Fairchild tuvo la elegancia de mostrarse confuso, por mucho que las pocas visitas que había realizado le hubieran dejado claro que todos aquellos sentimientos negativos iban en mi dirección.

—Es usted muy afortunado, señor Flat —dijo Fairchild con gentileza—. La señorita Lion y Parian le están brindando unos cuidados excelentes.

—¡Todo forma parte de su gran plan! —vociferó Archibald en respuesta escupiendo saliva.

—¡Cielos! Estoy impresionada —contesté—. No tenía ni idea de que yo formara parte de algún gran plan.

El buen doctor contuvo su sonrisa hasta que salimos al pasillo. Y fue entonces cuando tuve el placer de oír algo que jamás había oído en toda mi vida.

Emma M. Lion documenta un Gran Cumplido

—Es usted una santa, señorita Lion —declaró Fairchild, y lo dijo sin ironía—. De Primera Categoría.

Que quede constancia.

Yo, Emma M. Lion, soy una santa.

Y de Primera Categoría.

Estoy bastante impresionada conmigo misma. Ser una santa de cualquier categoría es algo bueno, incluso envidiable. E imagino que debe de haber bastantes. Pero ¿ser una santa de primera categoría?

Este hombre no debe de haber oído nada sobre la debacle en The Cleopatra.

Cuando bajábamos por la escalera, Fairchild me dijo algo un poco raro.

—Señorita Lion, tengo entendido que Niall Pierce es su inquilino.

—Así es —repuse—. Es mi inquilino, famoso por su paciencia.

Fairchild carraspeó levemente.

—¿Lo conoce usted bien?

Me quedé sorprendida. Lo dijo con cierto tono.

—Todo lo que sé de él me da motivos para celebrar su presencia en mi casa —fue mi leal respuesta.

Fairchild asintió y, cuando llegamos al recibidor —Agnes le hizo entrega del sombrero, poniendo en práctica una reverencia de lo más sofisticada, para regresar luego corriendo a la cocina—, se aclaró la garganta, un poco como hacen los médicos antes de comunicar ciertas noticias.

—El señor Pierce es un buen hombre. Un hombre excelente. Mejor de lo que muchos creen.

—¿Por qué tengo la sensación de que está usted ocultando otra

idea completamente distinta?

—No, no —respondió—. Solo que, por muy buen hombre que sea, todos tenemos nuestros defectos.

No pretendo afirmar que el señor Pierce sea un santo. (Me reservo esta distinción para mí misma. Véase la nota previa). Sin embargo, me pareció que el comentario del doctor Fairchild estaba fuera de lugar.

Me dispuse a defenderlo.

—Doctor Fairchild, Niall Pierce ha sido un buen inquilino y ha acudido en mi ayuda en muchos frentes.

—Estoy seguro de ello. Es muy propio de él. No me malinterprete, señorita Lion. Niall Pierce es uno de los mejores hombres que conozco. De todos los inquilinos que pudiera usted tener, es el mejor.

—Eso es justo lo que yo pienso. —Y sonreí.

—¿Sabe si le sigue molestando mucho la pierna?

Otra pregunta fuera de lugar, cuando no extraña.

—Nunca hace mención alguna al respecto. Quizá debería preguntárselo usted directamente.

—Humm…

El médico no pareció nada convencido.

Cuando Fairchild se marchó, me quedé unos minutos inmóvil detrás de la puerta cerrada.

10 de agosto

Té con tía Eugenia y Arabella.

Después de un sermón interminable sobre las Conductas que Debo Exhibir en el baile que se celebrará en casa de la duquesa de Bedford, nos ordenaron sentarnos en silencio y reflexionar sobre el pequeño espacio que ocupamos en el universo. Arabella rompió el humilde periodo de reflexión cuando dijo:

—He recibido una carta de Damian. Nos manda todo su cariño.

Antes de que me diera tiempo a responder cualquier cosa, tía Eugenia declaró:

—No menciones su nombre. En estos momentos no reconozco tener un hijo.

—Oh —dije con una mirada de complicidad—. Entiendo entonces que no volverá para asistir al baile de la duquesa de Bedford del 23.

—Por supuesto que no —contestó tía Eugenia, y con un resoplido desdeñoso nos dejó solas.

Miré a Arabella inquisitivamente.

—Ni en broma es verdad eso de que Damian nos manda todo su cariño.

—Tienes razón —reconoció Arabella—. Me lo he inventado. Lo que me pregunta en la carta es si tú o yo tenemos algo que podamos vender, pues se ve que mamá le ha recortado la paga y anda mal de dinero.

Eso sí que suena típico de mi querido primo.

—Pero Damian es ahora lord Spencer. ¿No tendría que disponer de esos fondos?

Arabella me lanzó una mirada elocuente, como preguntándome si acaso no conocía a su madre.

Touché.

Le pregunté a Arabella si sabía por qué Damian había caído en desgracia con tía Eugenia.

—Creo que anda corriendo por las calles de Roma detrás de una chica italiana. Y mamá no aprueba eso.

—Imagino que no —dije—. Aunque, si se casara con una italiana, tendrían hijos preciosos.

Arabella se encogió perezosamente de hombros.

—Mamá no aprueba la belleza si no es totalmente inglesa.

Un té inglés es un asunto muy partidista.

11 de agosto

Querida Emma:

En Italia hay más condes de lo que una tiene tiempo —o deseos— de pintar. Desesperada, me he pasado a los paisajes. Acabaré volviendo a casa con más de lo que voy a poder vender, así que te pido un favor. Pásate por mi estudio, comprueba que todo sigue en orden y elige dos o tres cuadros que te gusten de esos que están apoyados contra la pared.

Acabo de rechazar mi séptima proposición del verano. Italia es maravillosa para aumentar la confianza en mí misma, pero nefasta para mi vanidad.

Tuya, con cariño,

Saffronia March

12 de agosto

Una vez más, el Joven Hawkes tenía el aspecto de haber pasado la noche en vela. Nos ofreció un sermón sobre Aaron y Hur sosteniendo en alto los brazos de Moisés. Me fijé en que los jóvenes caballeros de la última fila estaban excepcionalmente callados, con la cabeza agachada y cruzando sonrisas tímidas.

Pero la auténtica joya del día llegó después del sermón, en forma de rumor. Según se cuenta, El Romano —mi querido y esquivo espectro— ha sido visto por Whereabouts Lane.

Dicen que la señora Ivy Ale lo vio hace unas noches.

Delicioso.

Es un consuelo que *Julio César* no haya conseguido ahuyentarlo.

Es casi de noche y estoy montando guardia en la media ventana de mi buhardilla. La hora del crepúsculo parece más melancólica y bella los domingos.

He cogido de la estantería de la sala del desayuno el libro titulado *El significado de las flores* y he estado hojeándolo. Es un libro muy bello. Me gusta especialmente el diente de león.

Tengo la media ventana abierta y también está abierta la mitad perteneciente a:

Nombre científico: El Inquilino

Nombre común: Niall Pierce

Familia botánica: Fotógrafo

Lo sé porque me he atrevido a asomarme por la ventana. ¡Está abierta!

Si quisiéramos, podríamos pasarnos por aquí cualquier cosa que necesitáramos.

Una porción de tarta, por ejemplo. O un diccionario.

13 de agosto

Fui a casa de la señorita March acompañada por Agnes.

Después de convencer al ama de llaves de que habíamos acudido por encargo personal de la señorita March —le mostré la carta como prueba de ello—, subí con Agnes al estudio y le dije:

—Estamos aquí para encontrar nuevos tesoros para mis paredes. Pero mira también por si ves alguna cosa que te gustaría colgar en la cocina.

E inicié la búsqueda, dejando a Agnes haciendo lo mismo.

El estudio de la señorita March contiene la cantidad necesaria de orden y caos, un universo en perfecto equilibrio. Está ordenado pero de manera desordenada. Hay color por todas partes, sobre todo en forma de pintura sobre el suelo de madera y en los caballetes abandonados. Las ventanas son altas y despejadas, por lo que dejan pasar una cantidad abundante de luz del norte, y hay montones de bocetos y pinceles por todas partes.

Los lienzos estaban apoyados contra las paredes.

Paisajes bellísimos, figuras con rostros expresivos, jardines y arquitectura… Un abanico de lo más interesante. Es muy buena. Algunas de sus pinturas demuestran que es un genio. Eso dicen los críticos. Eso decía mi padre.

Elegí un cuadro que representa un jardín, otro con una pieza arquitectónica y otro con una figura solitaria al lado de una ventana, y decidí que a los tres les daría la oportunidad de decorar mi buhardilla. Cuando miré a Agnes, vi que abrazaba un lienzo contra su pecho.

—¿Has encontrado algo de tu agrado? —le pregunté.

—Sí, me gusta mucho, señorita Lion —respondió casi con veneración.

—Maravilloso. Cuélgalo donde quieras.

Y, entre las dos, cargamos con los cuatro cuadros y volvimos a casa.

Más tarde

Entré en la cocina para preguntarle a Agnes si necesitaba que comprase alguna cosa en el Reed and Rite, y de repente me encontré mirando a los ojos de Islington, el duque de.

—¡Agnes! ¿Qué demonios es esto? —exclamé.

Agnes salió corriendo de la despensa y siguió mi mirada hasta llegar al retrato que colgaba ahora de la pared de mi cocina.

A pesar de no ser la variedad en carne y hueso que conocía, Islington me miraba con cierta desaprobación.

—¡Dijo que podía elegir lo que me agradara! —gimoteó Agnes como un zorro atrapado; parecía terriblemente avergonzada.

—Sí, eso dije. Solo que no esperaba…

Encendida como una manzana, Agnes inició su débil defensa.

—Cuando lo vi, me hizo pensar en grandes mansiones y en todos esos cuadros que tienen los nobles y… y… y… se me ocurrió que no quedaría muy… ¿Verdad?

Suspiré y miré de nuevo a Islington.

Por lo que parecía, el cuadro no estaba totalmente terminado, pero quizá por ello el resultado era agradable: había pinceladas gruesas en los bordes, el colorido no era tan intenso como en la

mayoría de las obras finalizadas. Me da la impresión de que es un estudio para un retrato de mayor tamaño. Islington aparece sentado en una silla, con esa expresión de desaprobación que parece natural en él, sí, pero también como si estuviera esforzándose para no intimidar. Y, claro está, fracasa estrepitosamente en su intento.

Agnes, sufriendo en silencio mientras yo estudiaba a nuestro inesperado invitado, se merecía un alivio, así que dije:

—No pasa nada, Agnes. No es raro tener en casa retratos de los amigos. —Y mi sonrisa le permitió sonreír también, con labios aún temblorosos, con ojos amenazando con la inundación de lágrimas jóvenes más intensa que pudiera haber presenciado yo en Lapis Lazuli House—. Pero dejémoslo en la cocina. No creo que al duque le guste estar sentado en otro sitio.

Agnes dirigió al retrato una sonrisa cómplice, como si acabaran de mantener un encuentro amoroso, y a continuación me preguntó si me apetecía un té.

Acepté la propuesta.

Resignada a mi destino.

14 de agosto

Volvía del parque hace cosa de una hora, bajando por Whereabouts, cuando me tropecé con el señor Pierce, que caminaba —o, mejor dicho, cojeaba ligeramente— Whereabouts arriba. El encuentro dio como resultado una invitación para ver su estudio, que ya está casi terminado.

Es precioso, y me despierta un poco de envidia.

El encuentro fue como de amigos.

Primero, intercambiamos las formalidades de rigor.

—Buenas tardes, señor Pierce.

—Lo mismo digo, señorita Lion.

—¿Cómo va el estudio? Lo tendrá ya casi listo para empezar a trabajar.

—Creo que sí —respondió.

Su respuesta fue de satisfacción, aunque no tanto su aspecto. Su expresión era tensa; de dolor, supongo.

Y, en segundo lugar, llegó la invitación.

—¿Le gustaría ver cómo van las cosas? —preguntó.

—¡Por supuesto!

—Pues nos vemos dentro —dijo el señor Pierce mientras buscaba la llave en el bolsillo.

Nos acercamos a nuestras respectivas puertas y ambas cerraduras se atascaron al mismo tiempo antes de que volviéramos a probarlas, consiguiéramos entrar y cerráramos las puertas al unísono.

Parian bajaba en aquel momento por la escalera cargado con una bandeja con restos del té.

—¿Qué tal va todo, Parian? —dije intentando mostrarme amable —. ¿Fue reconfortante su día libre?

Parian levantó su nariz puntiaguda, me lanzó una mirada de soslayo totalmente desproporcionada a mi pregunta y echó a andar por el pasillo en dirección a las escaleras de la cocina. Si aquel hombre no estuviera cuidando ahora del primo Archibald, ya lo habría despedido. Pero, teniendo en cuenta que estaba desempeñando esa hazaña heroica, había decidido conservarlo en su puesto.

Miré por encima el correo que había en la mesita de la entrada —una factura de la tienda de ultramarinos, nada más— y esperé a oír al señor Pierce en el estudio.

Me quité entonces el sombrero y los guantes, crucé el recibidor y me disponía a llamar a la puerta del estudio cuando él la abrió.

—Pase —dijo—. Creo que la luz del atardecer jugará a mi favor.

Y así era.

La Atmósfera que envuelve al señor Niall Pierce ha quedado bellamente transferida a su estudio. El resultado es extrañamente embriagador. Tuve la misma sensación que se tiene al contemplar una tormenta desde un pórtico cubierto. Las paredes azules evocan su altura y la intensidad de ese tono complementa a la perfección las cortinas rojas, que mantiene recogidas. El sofá de color ciruela está cerca de dos de las ventanas, aunque un poco apartado de ellas, con una alfombra grande de procedencia exótica ante él. A un lado del sofá, un sillón de cuero marrón forma una L con él. Ocupando el centro de la alfombra, una mesita baja, del tamaño perfecto para descansar los pies si uno está solo, con la altura ideal para depositar una bandeja para el té si se está acompañado.

Hay algunas fotografías enmarcadas colgadas y muchas más

apoyadas en las paredes, a la espera de ser colocadas. Todas en blanco y negro excepto una, una fotografía de colores suaves de un lugar exótico, con palmeras, arquitectura extraña y una línea del horizonte desconocida. Mi aparador —el aparador con motivos de hojas de higuera— está colocado justo debajo, y encima hay algunas revistas, una lámpara y una planta.

Hablando de plantas, hay dos o tres macetas repartidas con mucho gusto por la estancia, cerca de las ventanas. Me quedé, y sigo, totalmente maravillada con ellas.

En el centro del estudio, colocada en dirección a la pared sur, hay una mesa de trabajo. Y al fondo, a la izquierda de la puerta que comunica con Lapis Lazuli Minor, hay dos secreteres grandes pintados de negro que supongo que serán para guardar cosas. El espacio que queda a la derecha de la puerta, más cerca de la ventana, está libre.

Le pregunté si pensaba hacer sus retratos allí, a lo que me respondió:

—Sí, aunque puedo moverlo todo de un lado a otro en caso necesario.

—¿Y esos objetos enrollados del rincón? ¿Son sus telones de fondo pintados?

El señor Pierce me miró, casi afligido.

—Por desgracia, sí.

—No pueden ser tan malos —dije.

Se limitó a refunfuñar.

Estábamos en pleno recorrido informativo cuando Agnes se presentó en la puerta.

—Ya le he servido la cena al señor Flat, señorita Lion.

—Gracias, Agnes. ¿Ha intentado morderte hoy?

—Sí, pero he sido más rápida que él.

—¿Qué tal está el señor Flat? —me preguntó el señor Pierce, medianamente preocupado.

—Con un humor de perros, pero aún incapaz de levantarse de la cama. Lo cual es una bendición para todos. —Dirigiéndome entonces a Agnes, dije—: Si ya tienes la comida lista, cenaré ahora.

Agnes respondió con una reverencia. No tengo ni idea de por qué.

—¿Subirá entonces a cambiarse, señorita? —me preguntó.

Como Agnes sabe que nunca me cambio (con la excepción de aquella fatídica noche que invitamos al señor Pierce a cenar), me pareció una pregunta extraña.

—No suelo cambiarme para cenar en mi propia casa, ¿verdad, Agnes?

—No, señorita. Aunque mi madre dice que una verdadera dama siempre se cambia, incluso con la muerte.

—¿Incluso con la muerte? ¿Incluso después de haber muerto, quieres decir? Me parece excepcional. Siempre pensé que las damas de la alta sociedad no eran capaces de tantas cosas.

Pobre chica. No debería burlarme de ella.

—Quiero decir después de la muerte de sus seres más queridos.

—Ah.

Por el rabillo del ojo vi que el señor Pierce se volvía hacia el otro lado con una sonrisa disimulada.

—Esta noche no me cambiaré, Agnes, pero te agradezco que me hayas dado una meta hacia la que trabajar.

Hizo otra reverencia y se marchó.

Miré al señor Pierce, que estaba examinando algunas de las

fotografías que tenía por colgar y observando los espacios vacíos en las paredes.

—¿Le gustaría acompañarme en la cena, señor Pierce? No insistiría en que se cambiase, ni siquiera después de muerto.

—Gracias por la invitación, señorita Lion —dijo, y sus ojos no me miraron hasta que terminó de hablar—. Tengo una cita para cenar esta noche. Una cena para la que, por desgracia, debo cambiarme.

—Es usted todo un pilar de la sociedad.

—Mi papel consiste en ser una novedad para la sociedad, señorita Lion. Jamás un pilar.

Sonreí.

—Mejor aún.

Cuando regresé a la buhardilla, después de una cena para la que no me cambié, encontré una serpiente muerta enroscada en la esquina de mi alfombra. Teobaldo estaba dormitando en la silla y, cuando grité, sorprendida, abrió un ojo como diciéndome: «De nada».

Y siguió durmiendo.

15 de agosto

No he tenido respuesta de la carta que le envié a Evelyn hablándole sobre el posible entierro de Maxwell.

Reconozco que solo han pasado dieciocho días.

Sin embargo, considero que es tiempo suficiente para redactar una carta sencilla como, por ejemplo:

Emma:

Sí, traemos a Maxwell a casa.
En esta fecha, tal y cual.
Ven para el funeral.

Evelyn

O quizá:

Emma:

No, papá es de los del puño cerrado.
No piensa costear los gastos.
Maxwell nunca volverá a casa.

Evelyn

Opino que ninguna de las dos respuestas está fuera del alcance de nadie, por mucho que una persona sea introspectiva, cruel y egoísta.

~~Tranquila, Emma. No digas disparates~~.

Serán disparates, vale. Pero me parece espantoso que no me haya respondido.

Quizá sea que Evelyn ha cambiado *complètement* de personalidad y ahora, en vez de ser una criatura egoísta, se ha transformado en un alma trabajadora que no tiene tiempo para responder misivas porque está demasiado ocupado dando de comer a los pobres o enseñando a leer a los huérfanos.

Mis dudas al respecto son robustas.

Más tarde

Viendo que mis pensamientos eran demasiado sombríos para el mes de agosto, decidí hacer una buena obra. Si la moralidad victoriana no es capaz de sostenerme, ¿qué lo hará? De modo que me adentré en la guarida de mentiras, malos olores y engaños del primo Archibald.

—¿Quieres que te traiga algo, primo? ¿Quizá un pastelito de Everett's?

Pero resultó que no quería nada de mi mano mancillada.

Un mensaje que me fue transmitido cargado de palabrotas y con una zapatilla lanzada en mi dirección.

16 de agosto

Estoy sentada en la media ventana de mi buhardilla. Tengo abierta la Biblia de mi madre por el libro del Apocalipsis.

> *Y miré y vi un caballo pálido; y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Infierno lo seguía…*
>
> La culpa la tiene el señor Pierce.

Ha hecho una referencia a este versículo esta misma tarde, después de un té improvisado.

Son cosas que suceden. Desafío a cualquiera a vivir sin sucesos esporádicos.

Al té improvisado, me refiero. No al señor Pierce citando las Escrituras.

Es como un ave exótica, poco probable de ser avistada de nuevo.

Aunque, con una voz como la suya, me inclino a pensar que su lectura de cualquier texto antiguo daría en el clavo…

Estoy divagando.

Fue mi torpeza la que nos llevó al libro del Apocalipsis —no suelo ser torpe—, pero fue la falta de control de Agnes la que desencadenó toda la escena.

Porque Agnes había preparado demasiados *scones*.

~~Como si tal cosa fuera posible.~~

Puede que tal cosa sea posible, pero dudo que alguien lo haya visto jamás.

De modo que yo —la generosidad personificada— me pasé por mi

antiguo-salón-reconvertido-en-estudio e invité al señor Pierce a acompañarme.

Aceptó.

Tenía pensado tomar el té en el salón de recibir, pero el señor Pierce estaba ocupado limpiando sus cámaras y esperé, importunándolo con preguntas sobre las diversas piezas que iba separando. Y entonces fue cuando Agnes apareció en la puerta del estudio cargada con la bandeja del té.

—Oh, no, Agnes, lo tomaremos en el otro salón. No hay necesidad de enredar el estudio del señor Pierce.

El Inquilino se apresuró a decir que no le importaba y que si Agnes tendría la bondad de dejar la bandeja en la mesita baja, delante del sofá.

Eso hizo Agnes, y se marchó rápidamente.

El señor Pierce tomó asiento.

Nos servimos el té.

No dije gran cosa, más allá de formular muchas y buenas preguntas. (La frase suena contradictoria, pero no lo es. Al menos, según mi definición). Mis preguntas estaban relacionadas con las fotografías colgadas en la estancia. Le pregunté acerca de la historia que tenían detrás, las rememoró y me contó detalles, aunque sospecho que esquivó los hechos lo suficiente como para mantener oculta la mayor parte de la verdad.

Había una fotografía de un pequeño estanque con varios hombres y una mujer de pie en la orilla, charlando. La fotografía en sí misma estaba bellamente capturada, sobre todo el efecto de la luz reflejada en el agua en la distancia. Los hombres estaban de espaldas al fotógrafo, pero la mujer, totalmente vestida de blanco, miraba hacia

atrás por encima del hombro. Al estar en movimiento, su rostro era la única parte de la imagen que no estaba enfocada. La foto no tenía quizá la envergadura o la grandiosidad de sus otras obras, pero tenía energía, una sencillez elemental.

—¿Dónde está tomada?

—En Estados Unidos. Massachusetts. ¿Ve ese caballero de ahí? Es su señor Emerson.

—¿En serio?

Me quedé de lo más satisfecha por poder ver la espalda del hombre con el que había estado debatiendo.

—¿Qué fue lo que lo llevó a Estados Unidos? —pregunté entonces.

No me había dado cuenta de que el señor Pierce hubiera cogido una gran cantidad de aire, pero la exhalación que hizo en ese momento fue lenta y duró una pequeña eternidad.

—Hay muchas guerras, señorita Lion. Y no todas ellas se combaten con rifles.

Se levantó y siguió trabajando mientras yo, tranquilamente a pesar de su evasiva, terminaba mi taza de té. Tengo la sensación de que me estoy acostumbrando a su climatología.

Cuando terminé, eché un vistazo a la gran cantidad de cosas esparcidas y amontonadas por el estudio y le ofrecí mi ayuda.

—Algo habrá que pueda yo hacer.

El señor Pierce señaló una montaña de cajas.

—Todo eso tiene que ir en ese secreter de allí, el de la izquierda. Los estantes están hechos a medida para que entren bien. Quíteles las etiquetas, por favor.

Las cajas también parecían estar hechas a medida: de forma

irregular, más planas y largas de lo habitual, etiquetadas todas en la parte lateral, algunas con nombres, otras con fechas. Me dispuse a ordenarlas lo mejor que pude. Pero ¿dónde, por ejemplo, colocar una caja con la etiqueta ESTUDIOS DE MOVIMIENTO? Había años: 1864-1865. (Los últimos años de la Guerra Civil estadounidense, supongo). Y también etiquetas como DESPUÉS DE APPOMATTOX, PASAJE, DAMASCO, CAMINOS PERDIDOS, NUEVA YORK 1874-75, ASHANTI, SUDÁFRICA, etcétera.

Necesité una cantidad considerable de honor personal para dar la espalda a las cajas y no abrirlas. Habría sido una violación. El equivalente a destapar el alma del señor Pierce y hurgar para ver qué encontraba.

¡Ay!

Y ahora llegamos al acto de torpeza alrededor del cual gira todo el día. En un momento dado, mientras me dedicaba a hacer pilas de cajas similares, me volví con excesiva celeridad, tiré una caja al suelo, la tapa se soltó en cuanto tuvo oportunidad y las fotografías que contenía quedaron esparcidas por el suelo.

—¡Qué mala suerte! —exclamé mientras el señor Pierce volvía la cabeza hacia mí y corría a ayudarme.

Cuando recuperé la caja, con la idea de devolver a su lugar las imágenes en blanco y negro, me fijé en la etiqueta que llevaba escrita en el lateral.

AFGANISTÁN 1880.

La caligrafía que a estas alturas conocía de sobra hablaba de un año y un lugar donde una parte importante de mi futuro había quedado borrada por un disparo.

No era, debería decir, lo ideal.

De ser yo la heroína de una novela, habría notado que mi corazón se encogía, que el dolor de todo lo que había pasado a tantísimos kilómetros de distancia me paralizaba. Quizá habría cerrado los ojos con fuerza y me habrían empezado a temblar las manos, habría sentido las aristas más afiladas de la pérdida.

Pero no soy la heroína de ninguna novela. Soy de carne y hueso: interesante de vez en cuando, con ratos aburridos aquí y allá, vivo una vida de lo esperado y lo inesperado, de lo deseado y de lo peor de lo no deseado.

De modo que, cuando me encontré ahí, con una caja vacía en las manos y las fotografías esparcidas por el suelo, supe que debía contenerme. Obligarme a abordar el momento de manera prosaica.

Tenía en el suelo la guerra donde él había muerto. El año. Y era casi como si no sintiera nada. Cuando cobré conciencia de ello, me vinieron mil preguntas a la cabeza. ¿Empiezo a estar mejor? ¿Serán tres años de duelo pago más que suficiente? ¿Tiene que vestir el corazón siempre de luto? ¿Es esto una señal de que estoy avanzando en el sentido en que Arabella insiste en que debo hacerlo? ¿Estoy quizá confundiendo parálisis con curación? ¿Me parecerán absurdas todas estas preguntas cuando la perspectiva entre a formar parte de la complicada ecuación?

El señor Pierce comprendió lo que estaba pasando, lo que ambos mirábamos fijamente. Y le agradecí que no dijera nada antes de que yo me decidiera a hablar.

—¿Cree que debería mirarlas? —pregunté; una reflexión extraña y casi académica—. Ya me lo ofreció antes. ¿Cree que debería conocer cómo fue aquello?

El señor Pierce inclinó la cabeza hacia delante y las comisuras de

su boca descendieron, pero no dijo nada.

—¿Considera que no son apropiadas para que las vea una mujer? —añadí.

—Están hechas para que las vea todo el mundo. No hago distinciones.

Pero, incluso así, dudó.

Esperé a que se acercara, a que se acuclillara y a que empezara a recoger con cuidado las fotografías, restaurándoles su orden. Cuando por fin volvió a hablar, lo hizo con sinceridad.

—No son fotografías agradables, señorita Lion. No son sonetos a las glorias de guerrear por Dios y por la patria.

—Me lo imagino.

—Sufrirá si las ve. Verá la realidad de la muerte de su Maxwell.

—Lo sé —dije.

Aunque no lo sabía.

Y, cuando pienso de nuevo en la expresión del rostro del señor Pierce, sé que lo entendió.

—Hubo fotógrafos que se enfadaron por lo que me atreví a capturar. Sangre, mutilaciones y cuerpos destrozados.

Se incorporó sin soltar las fotografías.

—La muerte está aquí, en mis manos.

Ese fue el momento en el que debería haberme dado cuenta de que mi desapego insensible era una forma de negación.

Que no iba a ser capaz de verlas y decir: «Bueno, por las glorias de la guerra…».

—¿Sigue queriéndolas ver? —dijo entonces el señor Pierce, presionándome.

—¿Lo querría usted? —fue todo lo que se me ocurrió decir—. ¿De

ser yo?

—Sí —respondió al instante y con sinceridad—. Creo que querría entender. Por doloroso que fuera el precio a pagar.

Examiné la expresión de su rostro, me advertí a mí misma diciéndome que estaba viendo a un hombre atormentado, e hice entonces un rápido gesto de asentimiento para no poder echarme atrás.

—Siéntese —me ordenó.

Crucé la estancia y tomé asiento en el sofá. El señor Pierce me siguió y empujó hacia un lado todas las cosas del té a fin de tener espacio suficiente para exponer las fotografías. Las dejó allí, se sentó en el brazo del sillón de cuero y se cruzó de brazos.

—Afganistán —dijo.

Me incliné hacia delante y conseguí a duras penas coger el montón de fotografías y depositarlas en mi regazo.

Las primeras imágenes eran de soldados junto a sus tiendas de campaña, de campamentos vistos desde lo alto de las montañas, de hombres de una familia afgana. Y entonces llegó la imagen de un cuerpo yaciendo solo en un campo, vestido con el uniforme británico que se utilizaba para el desierto y que yo desconocía. El cuerpo estaba retorcido, despatarrado. Sin nobleza alguna, un simple recordatorio contra natura de quien debió de ser aquel joven. Su cara miraba hacia el otro lado.

Parpadeé.

—Estas serán las únicas imágenes agradables que verá —declaró el señor Pierce.

Sin dejar de mirar al soldado muerto, hice un gesto de asentimiento silencioso y pasé a la siguiente fotografía.

Creo que mi estremecimiento debió de ser visible.

Había una fila de soldados tumbados de espaldas, las manos por encima de la cabeza.

La siguiente era de un solo soldado. Tenía un aspecto raro.

—La mano —dije—. ¿El pecho?

La respuesta del señor Pierce no fue agradable.

—Inflados. Lo encontré varios días después de que lo mataran. Había sido dado por desaparecido. Mejor no mire la siguiente…

Pero ya lo había hecho. El mismo soldado desde un ángulo distinto, una cara desfigurada perfectamente visible, los ojos —lo que quedaba de ellos— abiertos. Mi instinto me llevó a taparme la cara, a cerrar los ojos ante la grotesca burla de una vida robada. Pero no sirvió para borrar la imagen.

No conocía al joven de la fotografía, pero en lo único que pude pensar fue en Maxwell.

—¿Hay más como esta? —pregunté.

—Sí.

Sabía que no debía continuar, pero miré la siguiente imagen, y la siguiente. Una montaña de cuerpos al lado de una carreta. Soldados cavando tumbas, soldados a la espera de ser enterrados. Un cadáver macilento en su uniforme. Los ojos abiertos de par en par. La boca tensa por la deformidad de la muerte. Una medalla prendida en su pecho.

Aquello me conmocionó tanto como la mirada inexpresiva del soldado.

Habían enviado todas las medallas de Maxwell a su casa, a Barrows Edge.

Dejé las fotografías. Avergonzada por haberlas mirado.

Avergonzada por haber apartado la vista.

El señor Pierce adivinó mis pensamientos.

—La condena tiene que recaer sobre la cabeza de los líderes de las naciones. Son ellos los que deben avergonzarse… Nosotros solo deberíamos avergonzarnos en el caso de suscribir el imperialismo que permite que sucedan estas cosas.

El señor Pierce retiró las fotografías, las guardó en la caja, colocó la tapa y la dejó en el secreter. Una historia que almacenar, a miles de kilómetros de nosotros, que seguimos vivos, que seguimos respirando.

¿Habrían metido a Maxwell en un ataúd, claveteado a toda prisa? ¿O lo metieron en un simple agujero excavado en el suelo?

Seguía viendo las caras, los cadáveres desfigurados, y me llevé las manos a los ojos cerrados, como si aquel acto fuera a servir para ahuyentar los fantasmas que yo misma había despertado.

—¿Está usted bien, Emma?

En aquel momento, creo que no me di cuenta del todo de que el señor Pierce acababa de utilizar mi nombre de pila, de que las puertas de la Formalidad Correcta —mi sinceridad me exige reconocer que ya la descarté semanas atrás— se habían abierto sin posibilidad de volver a cerrarse.

No, no me di cuenta porque estaba concentrada en el contenido de su pregunta: no estaba nada bien.

Estaba horrorizada. Estaba furiosa. Y se lo dije con esas mismas palabras. Y, cuando el señor Pierce asintió, sus ojos brillaron con una luz extraña.

—Bien —dijo—. Enfurézcase. Enfurézcase con la fuerza de mil demonios. Mejor la furia que la tristeza.

Parpadeé. En todos esos años, nadie me había dicho nunca que aquello fuera aceptable.

Y, sin darme tiempo a responder, se levantó.

—Venga. Vamos. Coja lo que necesite. Vamos a dar un largo paseo.

—¿Un paseo? —repetí, como si fuera una palabra susceptible de ser fácilmente confundida.

—Un paseo —replicó el señor Pierce—. Traiga consigo toda su furia. Aliméntela, luche con ella, arda con ella. Y pasearemos por las calles de Londres hasta que se vea capaz de gestionarla o, como mínimo, de mantenerla a raya. No pienso abandonarla con todas esas imágenes en su cabeza. No voy a permitir que vuelva a donde estaba hace quince días.

Me sentía…

Sentía mi dolor con más intensidad que nunca desde la muerte de Maxwell. Me sentía como si me hubieran dado un arma para luchar contra lo insoportable.

—Pues salgamos a pasear —dije.

El señor Pierce dio media vuelta, cruzó el estudio y abrió la puerta que conectaba con Lapis Lazuli Minor.

—Póngase buen calzado —dijo por encima de su hombro.

Me puse buen calzado.

Mis viejas botas marrones que me habían acompañado durante los tres años que había pasado cuidando de la prima Matilde, la ogresa residente.

Bajamos por Whereabouts y cruzamos King Henry’s Road. Después de eso, ya ni me molesté en saber qué dirección tomábamos. Fui simplemente siguiendo sus indicaciones, y caminé y

caminé. No le pedí al señor Pierce el brazo, tampoco él me lo ofreció. Caminaba a grandes zancadas a pesar de su cojera —no debía de ser nada cómoda— y tuve que esforzarme un poco para seguirle el ritmo. Confiaba en que no tardara mucho en disminuir su velocidad. Pero no fue así.

La gente, los carruajes y los caballos se movían en la periferia de nuestros pensamientos, pero permanecían distanciados de nosotros, como si fuera todo un paisaje pintado y el señor Pierce una nube que transitaba por él. No quería pensar más en las fotografías, pero obligué a mi mente a recordar lo que había visto. Confiando en que el señor Pierce sabía más de guerras que yo, seguí su consejo: cuando la rabia amarga me ascendió por el pecho, la retuve allí, me forcé a contenerla. Pensamientos, recuerdos y recortes de periódicos se agolparon en mi cabeza. No me sorprendió que aquel torbellino acabara en Evelyn. Y mi boca se inundó de amargura cuando pensé en mi carta no respondida.

Estábamos acercándonos al Parlamento. Levanté la vista hacia el señor Pierce. Su mirada se volvió más oscura cuando la dirigió hacia Westminster.

—Si le apetece escupir, le prometo que no se lo contaré a nadie —dije.

Su sonrisa de respuesta fue seria, pero apartó los ojos del Parlamento y miró las calmadas aguas del Támesis.

—No se merecen el esfuerzo.

No dijimos nada más hasta que cruzamos el puente sobre el río.

—Señor Pierce, si no baja un poco el ritmo, aunque sea solo un

poquito, lo empujaré al agua sin pensármelo dos veces. Sus piernas son más largas que las mías a pesar de…

Emma.

Lo dije sin pensar. Y fue un alivio darme cuenta a tiempo.

Los buenos modales exigen no bromear sobre el estado impedido de un hombre sin que él lo haya hecho antes.

Sin embargo, el señor Pierce no dio señales de percatarse, no dijo nada. Aunque sabíamos perfectamente el final de la frase que no había acabado de pronunciar.

Pero bajó de todos modos el ritmo, sacó las manos de los bolsillos y se quitó el sombrero.

Establecido un paso que podía seguir durante un buen rato, continuamos nuestro paseo, abandonando el Londres respetable para adentrarnos en zonas en las que no había estado nunca y a las que probablemente jamás habría ido sin compañía.

Cuando la puerta de la tarde empezó a cerrarse, nos encontrábamos en el lado norte de Primrose Hill.

Me dolían los pies, me estaban saliendo ampollas —¿saliendo? ¡Ya me habían salido!— en el talón del pie izquierdo. Tenía el bajo de la falda asqueroso. El sudor me caía por la espalda, entre los hombros.

Estaba agotada.

Nos sentamos en un banco con una vista que permitía que el horizonte de Londres se alzara por encima de los árboles.

Inspiré hondo.

—¿Tiene usted muchos amigos, señor Pierce?

—¿Por qué lo pregunta?

A juzgar por lo que se veía, parecía tan cansado como yo, y vi

que estaba intentando masajearse los músculos de su pierna herida sin que yo me diera cuenta.

Fingí no verlo y respondí:

—Porque si cansarlos hasta dejarlos agotados es su manera de brindarles ayuda, no creo que pueda caerles en gracia por mucho tiempo.

Sonrió y me sentí triunfante.

—Tengo defectos mucho peores que los alejan de mí. Pero los auténticos amigos siguen ahí. A pesar de las marchas brutales a las que los he sometido.

—Me alegra oír eso.

Vi pasar algunas caras conocidas. Sonreímos, los hombres saludaron con sus sombreros, el señor Pierce les dirigió el más mínimo gesto de reconocimiento, cambiando de postura para intentar estar más cómodo, eliminando el gesto de dolor de su boca, pero no de sus ojos.

Noté que estaba imitando su expresión, y decidí asumir la responsabilidad de devolverlo a la privacidad de su buhardilla lo antes posible.

—Deberíamos ir volviendo, creo. Haber dejado tantas horas a Agnes y a Parian a solas con el primo Archibald podría dar como resultado un crimen.

El señor Pierce hizo un gesto de asentimiento; sus ojos eran como plata reluciente a pesar de las arruguitas que los rodeaban. Aquello me dejó sin excusas para quejarme de las ampollas de los pies. Por mucho que deseara ponerme a gritar.

Abandonamos renqueantes el parque y bajamos por Whereabouts

Lane. La tarde se oscurecía y había adquirido la tonalidad morada del crepúsculo en verano.

Cuando llegamos a la puerta de Lapis Lazuli Minor, me volví para dar las gracias al señor Pierce, pero vi que tenía la mirada fija más allá de mí.

—¿Se encuentra usted bien, señor Pierce?

El señor Pierce parpadeó y entonces me miró a los ojos.

—¿Me odia, Emma?

No era la pregunta que esperaba oír.

—¿Odiarlo? —exclamé—. ¿Por qué razón? ¿Por qué debería odiarlo?

—Sabe quién soy. Sabe lo que hago. —Parecía dolido—. Soy un hombre encadenado a lugares oscuros. Sigo al caballo pálido.

Reconocí de inmediato la referencia.

Y me embargó una sensación de vacío.

—«Y miré y vi un caballo pálido; y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Infierno lo seguía…» —recité; eran palabras extrañas para pronunciar en voz alta.

El peso de su persona, tan amigable hasta entonces, se transformó en una fuerza de otro tipo.

Durante un momento irracional, me pregunté qué era exactamente lo que tenía delante.

Pero entonces se oyó el canto de un pájaro.

Un grupo de niños apareció corriendo por la calle.

Y la sombra que lo acechaba —fuera lo que fuese— pasó de largo. De pronto me encontré de nuevo delante de Niall Pierce, que había obligado a mi dolor interior a salir a caminar hasta que se hubo concentrado en las plantas de mis pies.

—No le odio —respondí—. Y siento todo lo que ha visto.

Restó importancia a mis palabras encogiéndose de hombros y se volvió para descansar la mano en la barandilla. Pero no entró.

Inspiré hondo y mi mente buscó algo con lo que poder desviar la conversación. Y encontró, nada más y nada menos, que la tácita e inesperada transgresión del día.

—Con esta ya son hoy dos veces que se dirige a mí por mi nombre de pila. Creía que había decidido no actuar de forma tan temeraria.

El señor Pierce se sentó en las escaleras y emitió un siseo de dolor.

—Aunque deseara utilizar la formalidad adecuada a las circunstancias, ya no lo veo probable. Cuando dije que eso sería lo mejor, aún no habíamos cenado juntos, no habíamos rescatado a su ridículo primo, no habíamos hablado seriamente sobre ese fantasma del barrio que todavía dudo que exista… No, déjeme terminar… Ni compartíamos la propiedad de un gato. Eso por no mencionar todas las demás cosas que han acontecido desde que me mudé a su casa embrujada. A estas alturas, me resulta fingido llamarla señorita Lion. Al menos en privado.

—Bien dicho. Supongo que era inevitable que cualquier formalidad que hubiera entre nosotros estuviera condenada a caer víctima de la ley de los rendimientos decrecientes.

—La ley de los rendimientos… —repitió con sorna—. Emma, pues. En privado.

—¿Tengo, por lo tanto, permiso para llamarlo Niall? ¿En privado?

—Niall o Pierce. Lo que más le apetezca. Mis amigos me llaman cualquiera de las dos cosas.

—Hecho, pues. Utilizaré ambos, para que sea más efectivo.

Se quedó mirándome y entonces, sin previo aviso, me tendió la mano.

Pensándolo en retrospectiva, he caído en la cuenta de que, a pesar de tantos mensajes a través de la pared, nunca nos habíamos tocado. Y tal vez esté engañándome al pensar que tenía cierto significado el hecho de despojarme del guante derecho y tenderle también la mano.

Me parece que estoy diciendo tonterías.

Pero cuando nos estrechamos la mano fue… Bueno, se produjo como una descarga.

Como si nos hubiera atravesado un rayo.

Nos quedamos los dos sorprendidos, retiramos enseguida la mano y su rostro reflejó la sorpresa que el mío también debía de estar mostrando. Torpemente, intenté volver a ponerme el guante, y entonces él dijo:

—Debería entrar. Tengo una cena.

Esbocé sin querer una mueca, sintiendo lástima por su pierna. Pero su expresión me disuadió de hacer algún comentario al respecto.

—Gracias por lo que ha hecho. Me siento mucho mejor de lo que me sentiría si no hubiese hecho nada.

—No hay de qué —repuso—. No se habrá quedado demasiado… perturbada, ¿verdad?

Respondí con sinceridad.

—No tengo ni idea. Pero, si me siento así, me limitaré a molestarle cuando regrese.

—Usted nunca molesta, Emma.

Se marchó intentando subir con paso firme la escalera de Lapis Lazuli Minor.

Cuando crucé la puerta, me recibió Agnes, tremendamente nerviosa.

—¡Me preguntaba si se la habría cargado, señorita! ¡Aunque no se me ocurría dónde podría haber metido su cuerpo!

Creo que mi rostro reflejó una leve decepción.

—Agnes. ¡Cómo eres! Cualquiera sabe que el río es un lugar estupendo para estas cosas.

Y ahora es más de medianoche. Tengo el camisón manchado de tinta y me da miedo dormirme. Voy por la mitad del libro del Apocalipsis, con todos sus caballos y demás, y la verdad es que no encuentro gran consuelo.

Me pregunto cuánto tardará Niall Pierce en volver a casa y si falta mucho para oírlo deambular al otro lado de la pared.

17 de agosto

Arabella me invitó a tomar el té por la tarde.

La conversación transcurrió más o menos así:

—Tienes un aspecto terrible, Emma. Pero ¿qué has estado haciendo?

—He estado despierta leyendo el Apocalipsis hasta las tantas de la noche.

—¿Y por qué diablos haces esas cosas?

Suspiré.

—Porque vivo con un hombre atormentado.

—¿Vives con?

—Vivo al lado de.

—Eres un escándalo, querida hija de irlandés.

—Querida en cuanto a hija del mencionado irlandés, supongo.

—Precisamente.

Era lo que siempre había sospechado. Ay.

Cuando me iba, me abordó la doncella de tía Eugenia con uno de aquellos temidos sobres de color melocotón.

Emma:

Contra todos mis deseos, te necesito para que equilibres la mesa en una cena que celebraremos mañana aquí, en Spencer House. Ponte el vestido verde esmeralda. Y esfuérzate por no comportarte con la actitud con la que te encontré esta tarde.

Tu tía

Decir que es pesada es quedarse corta.

18 de agosto

Agnes decidió hoy ponerse filosófica mientras sacaba lustre a la plata.

Habló una hora seguida. Sobre nada que merezca la pena que deje registrado.

Más tarde

La señorita Hunt, la actual responsabilidad de Roland, estaba presente en la cena de tía Eugenia. ~~Me voy a contener y no pondré cara de sarcasmo~~. Sin duda estoy poniendo cara de sarcasmo. Llevaba el pelo peinado con un recogido austero. Ladeaba la cabeza para que sus pendientes de diamantes captaran la luz y, a resultas de ello, parecía un pájaro. Iba vestida de naranja y se lo merecía.

Durante toda la cena, se esforzó por reírse siguiendo la tendencia más en boga hoy en día entre las mujeres, es decir, imitando el alegre tintineo de una campanilla.

Lo consiguió.

Su risa sonaba menos horrorosa de lo que me habría gustado.

En resumen, me exasperó.

Cuando las damas pasamos al salón, busqué dónde refugiarme de la tormenta. Un canapé junto a la ventana —demasiado pequeño para un dúo confortable— se convirtió en mi balsa de salvación. Me sentí como Robinson Caruso. No, no se llamaba así. ¿Coruso? ¿Curso? ¡Crusoe! Eso es. Me sentí como Robinson Crusoe, decidida a sobrevivir. O eso me gustaría creer. De hecho, no había leído el libro.

¿Sobrevivía Robinson? ¿Volvía horriblemente desfigurado? ¿Sufría cojera? ¿Y por qué? ¿Por qué El Inquilino, un tal Niall Pierce, cuyo nombre de pila ya se me permite usar, sufre cojera? ¿Me lo diría si se lo preguntara?

Estoy divagando.

Y allí estaba yo, contenta y feliz mirando por la ventana, cuando vi a la señorita Hunt a mi lado. Sonreía con expectación. Y yo, siempre un dechado de modales mediocres, no me tomé la molestia de esbozar una sonrisa encantadora. Sino que más bien puse cara de sorpresa.

—Oh, hola —dije, pronunciando el «oh» y el «hola» con el mismo tono.

¿Grosero? No.

¿Descortés? Podría decirse.

¿Instinto de supervivencia? Seguramente.

—Señorita Lion. Estábamos en extremos opuestos de la mesa y no he tenido aún oportunidad de hablar con usted.

—Me imagino —repliqué.

La señorita Hunt miró el canapé con expectación.

Fue un momento decisivo.

En una ocasión, mi madre me dijo que esperaba de mí que viviera sin hacer nunca uso de la malicia.

«No, no, cariño —recuerdo que dijo mi padre desde el otro lado de la estancia, inclinado sobre una de sus ilustraciones—. Mejor que tenga una pizca. La necesitará. ¡Nunca en exceso!», añadió cuando vio la cara que ponía mi madre.

Fuera por malicia o no, se produjo una batalla importante entre mi naturaleza bondadosa y mi naturaleza de uso diario. Al final,

ambas se volvieron contra mí y me encontré edulcorando mi sonrisa y moviéndome un poco hacia un lado para que la elegante y anaranjada señorita Hunt pudiera tomar asiento. Tuvimos las dos que ponernos de lado para poder acomodar ambas caderas.

—¡Pensaba que nos habríamos conocido antes! —exclamó de entrada la señorita Hunt—. Mi madre y su tía se han hecho amigas. He pasado horas y horas con Arabella. ¡Nos llevamos de maravilla! —Cosa que dudo—. Ha habido varias reuniones muy selectas, de lo mejor que hoy en día puede ofrecer la alta sociedad. ¡Pero a usted no la he visto en ninguna de ellas!

Lo dijo todo con una sonrisa, pero sus ojos brillaban con astucia. Incluso podría decirse que mi pizca de malicia no es nada comparada con la suya.

Mamá, puedes sentirte orgullosa de mí.

—Humm… —repliqué.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la señorita Hunt ladeando la cabeza para forzar de mí una respuesta de más de una sílaba.

Sinceramente no sé qué espera la gente de los demás. ¿En qué nos hemos convertido si ya no hay lugar para una respuesta monosilábica? La excepción a la regla es Islington, el duque de, que siempre dice «Ah». Todos coincidimos en que ese hombre va por libre. Y con «todos» me refiero a la alta sociedad en general, de la cual he decidido ser representante en este asunto. Mi recién autoproclamada presidencia de la Sociedad del Monosílabo, sin embargo, no impresionó en absoluto a la señorita Hunt. De hecho, creo que ni siquiera se enteró.

Pero por desgracia había que hacerlo, había que dar una respuesta.

—He estado acompañando a mi tía de vez en cuando, pero estoy muy ocupada con mi propia agenda. Me parece encantador que Arabella y usted hayan estrechado tanto los lazos.

Sonrió y, al hacerlo, arrugó la nariz.

(Alzo una ceja solo de recordarlo).

—Tendremos que hablar más cuando el señor Sutherland cumpla su promesa de llevarnos a la ópera —dije para terminar.

—Oh, ¿no se ha enterado?

Abrió los ojos de par en par e hizo una pausa, con la boca entreabierta, la historia a punto de salir de su puntiaguda lengua. No podía ocultar su satisfacción. Pero no dijo nada, obligándome con ello a formular la abominable pregunta.

—¿Enterado de qué?

—¡Se ha roto el brazo! ¡El pobre! —Corrección: Roland Sutherland no es pobre, por muy lesionado que esté—. ¡Se lo fracturó en mil pedazos y tiene que permanecer encamado en el campo! ¡Imaginaba que lo sabía! Como son ustedes tan buenos amigos… La verdad es que me sorprende.

No era momento de poner la otra mejilla.

—Oh, lo que pasa es que Roland y yo no nos comunicamos para hablar de cosas tan aburridas —repliqué—. Si no se trata como mínimo de un cuello roto, señorita Hunt, no veo razón para tanto alboroto.

Sonreí.

Y ella respondió con una carcajada difusa.

Carcajada difusa. ¿Acaso sirve eso para algo?

¿Una carcajada contenida? Sin lugar a dudas.

¿Una carcajada truncada? Evidentemente.

Pero ¿difusa? Esa sí que es fastidiosa.

Ni que decir tiene que me marché de la fiesta a la primera oportunidad que se me presentó.

Por irónico que resulte, ¿qué es lo que me esperaba justo al llegar a casa?

Emma:

No sé si estás al corriente, pero me he roto el brazo por todas partes. El ama de llaves de lord Bennington me tiene encerrado a cal y canto. No creía que el Parlamento británico le hubiera otorgado autoridad para hacer tal cosa. En consecuencia, me encantaría verte en cuanto pueda fugarme de aquí y volver a Londres, lo cual calculo que será en el plazo de un par de días.

Roland

Meneé la cabeza y subí a mi buhardilla para redactar una respuesta.

Roland:

¡Eres un sinvergüenza! ¿Sabes quién me ha contado que te habías roto el brazo? La señorita Hunt. ¡La señorita Hunt! ¡Eres una criatura realmente repugnante!

¿Cómo te encuentras?

Emma

Una vez cumplido con mi deber, abrí una segunda carta que en realidad era una nota.

E:

¿Te importaría decirme qué hacías en el East End y quién era tu acompañante?

J

Pobre de mí.

La J es la inicial de la serpiente.

De Jack.

Dónde he estado y en compañía de quién no es asunto suyo.

Y ahora en lo único que soy capaz de pensar es en las tartaletas de manzana de Everett's.

19 de agosto

Niall Pierce.

¿EMMA LION?

Esta mañana me he despertado bastante convencida de que ya hemos cumplido con creces nuestra cuota de Cosas Serias.

Hay que hacer algo al respecto.

¿SUGIERE PARA ELLO ALGÚN REMEDIO?

Humor o distracción. Estoy segura de que una cosa o la otra servirán para aliviar nuestro actual estado de aflicción.

¿AFLICCIÓN?

Aflicción, Pierce. Estamos afligidos.

HE ESTADO MUCHAS COSAS, SEÑORITA LION, PERO NUNCA AFLIGIDO.

¡Qué triste!

¿USTED CREE?

Quizá sea incluso aflictivo.

QUIZÁ SEA QUE SE HA VUELTO LOCA.

Creía que eso ya lo sabía.

¿UN TÉ EN EL REED AND RITE Y DESPUÉS UNA VISITA A EL RECAUDO? ¿MAÑANA?

¿Perdón?

LE ESTOY SUGIRIENDO UN REMEDIO PARA NUESTRA AFLICCIÓN.

Pensaba que no creía en la aflicción.

LOCA, YA LO HABÍA DICHO.

20 de agosto

Animorum Impulsu et coeca magnaque cupidine ducti.
JUV. SAT. X. 350.
Guiados por el impulso de las almas
y por una gran pasión ciega.

La sonrisa dibujada en mi rostro solo podría describirse como estúpida. O ebria. O ambas cosas.

Pero no por el vino. Sino más bien por el latín.

Para ser concretos, por un pequeño libro de color negro, lo bastante grueso como para prometer felicidad.

La mañana transcurrió tan bien como cabría esperar. El doctor Fairchild llegó para ver qué tal seguía el primo Archibald. Y consideró necesario que yo estuviera presente. Por mucho que yo no lo considerara necesario. Por mucho que Archibald tampoco lo considerara necesario. Pero el doctor Fairchild lo consideró necesario y por eso permanecí con cara de mal humor en un rincón mientras la figura postrada en la cama se secaba el sudor de la cara y hablaba sobre los abusos intencionados que yo había infligido sobre su persona. (Lo cual es categóricamente falso, puesto que Parian ha actuado como intermediario durante toda la semana pasada y yo no he tenido oportunidad alguna de infligirle a Archibald algún tipo de abuso, intencionado o no). Y, hablando de Parian, estuvo también presente durante la visita, con cara de mal humor junto a la cama, a la espera de que el doctor Fairchild terminara su exploración y dispuesto a ofrecer su cuerpo de comadreja a modo de apoyo en el caso de que Fairchild le diera a Archibald orden de levantarse.

Entre todos los presentes, había una cantidad importante de mal humor acumulada.

Después de un examen concienzudo, Fairchild anunció que el primo Archibald tendría que esperar hasta primeros del próximo mes —es decir, diez días— antes de empezar a caminar con ayuda.

El alivio que reflejó el rostro del primo Archibald se hizo evidente, por mucho que nos reprendiera con rotundidad a Fairchild, al Joven Hawkes y a mí por las muchas injusticias de su situación.

—El Joven Hawkes no tiene nada que ver con tu estado actual —le dije desde mi rincón seguro. No podía lanzar platos ni vasos hasta la esquina más alejada de la cama, una hipótesis que los miembros de la comunidad científica de Lapis Lazuli House hemos tenido amplia oportunidad de verificar y confirmar, aportando al mundo un dato nuevo e imborrable.

—¡Hawkes me debe una visita! ¡Tengo quejas que presentarle! ¡Hace muchísimos días que no lo veo!

—Su ministerio abarca bastante más que los viejos amargados.

—Eres…

Pero no llegó a revelarse lo que iba a decir, ya que Fairchild carraspeó levemente y anunció que volvería en una semana.

Mi productiva mañana incluyó quitar el polvo de la buhardilla, de la totalidad de la cuarta planta y del salón de recibir, seguido todo ello por una hora en la ventana y una breve charla con la señora Morrow desde la susodicha ventana. Me contó que anteanoche el hijo del señor Able había visto a El Romano en Baron’s Square, al lado de la fuente de Perseo y Medusa.

—Hay que ver lo culto que es el fantasma —comenté.

—Imagino que solo finge saber de qué va aquella historia, como

todos nosotros —fue su respuesta.

Me resulta sospechoso que no haya aprendido aún nada sobre la mitología griega. No tiene otra cosa que hacer.

Almorcé en la sala del desayuno, algo que a Agnes le pareció muy gracioso.

—Me parece que se ha equivocado de hora, ¿sabe?

Reed and Rite

Para tomar el té

Pierce y yo, después de una negociación a través de la pared, acordamos la hora de vernos en el Reed and Rite.

Sintiéndome mejor que cuando decidimos esta salida, me puse mi vestido de tarde de color verde botella y mis guantes rojos, y me sentí como un jardín.

Cuando entré en el local, vi a Pierce sentado en el rincón, al lado de nuestra ventana.

Estaba ocupado escribiendo alguna cosa y no levantó la vista hasta que me encontré a tres pasos de la mesa.

—Hola —dijo poniéndose en pie, dispuesto a acercarme la silla. Pero yo ya estaba en ello, le indiqué con un gesto que no era necesario y tomamos los dos asiento.

—¿Algo importante? —pregunté señalando sus notas.

—He recibido algunos encargos más para hacer retratos. Y estoy confeccionando una primera versión de mi agenda para establecer los horarios.

Durante el té —café para Pierce—, mencionó que entre una de las cajas que había abierto había descubierto un volumen completo de ensayos de Emerson.

—Tengo otro entre los efectos personales que me van a enviar desde Estados Unidos, de modo que puede pintarrajear este ejemplar todo lo que le apetezca con sus comentarios, siempre y cuando no le dé miedo volver a enfrentarse a él.

—Su señor Emerson no me asusta en absoluto —repliqué—. Ahora que lo he visto de espaldas, dudo mucho que llegue a influirme.

Respondió con una sonrisa de esas de quedar bien.

—He estado pensando en esa fotografía que me enseñó, aquella en la que salía el señor Emerson.

Pierce se quedó a la espera de que continuara.

—En el grupo había una mujer —añadí.

—Es usted muy sabia, Emma, pues es a la mujer de blanco a quien debería temer.

Niall Pierce subió puntos en mi escala de estima.

Me gusta el hombre que es capaz de hablar sin ironía de temer a las mujeres.

—¿Quién es?

Pierce se apoyó en la esquina de la pared, de modo que sus hombros quedaron orientados hacia el resto del local, y fijó la mirada en algún punto lejano.

—Esa fotografía es la única que tomé de ella, en la sola ocasión en la que logré convencerla de que saliera de su casa en mi compañía.

—¿Una reclusa?

—Sí y no. Su alma no está confinada entre cuatro paredes.

—Me siento intrigada. ¿Son ustedes amigos íntimos?

—No. Bueno, supongo que sí. A nuestra manera. Nos hemos

escrito mucho en los últimos diez años. Digamos que… a ella no le da miedo lo que yo hago y a mí no me da miedo lo que ella hace.

—¡Cielos! ¿Y qué hace?

Pierce ladeó la cabeza desdeñosamente.

—Sabe guardar sus secretos.

Y lo dejó así.

El Recaudo

Y un cortaplumas desaparecido para los escépticos

Una ojeada a El Recaudo dio como resultado el descubrimiento de un cojín perteneciente al salón de Lapis Lazuli (me había preguntado dónde habría ido a parar), mientras que Pierce encontró un cortaplumas con sus iniciales que ni siquiera era consciente de haber extraviado.

—¡Me alegro de que lo haya encontrado! —exclamé desde detrás de una montaña de bordados inacabados que rara vez iba a reclamar alguien.

—¡Esto es absolutamente imposible, demonios! —replicó con una agitación difícil de disimular.

The Dalliance

Libros Nuevos, Ligeramente Utilizados y Abominablemente Tratados, Aunque Resucitados

Cuando enfilamos Whereabouts para volver a casa, vimos que dentro de The Dalliance había una cantidad excepcional de gente. Tres pasos más nos permitieron vislumbrar el cartel que colgaba en el escaparate.

—¡Ah! ¡Es una rifa! —grité triunfante.

Pierce frunció el entrecejo.

—¿Se trata de otra de sus absurdas tradiciones?

—¡De absurda nada! —repliqué.

Y después de ordenarle que me siguiera, entramos y nos apretujamos contra la pared de la derecha de la puerta.

El señor Graves, librero y crítico de Emma M. Lion, estaba ayudando a los clientes y repartiendo boletos.

—¿Qué clase de rifa es esta? —preguntó Pierce, cuya voz grave casi quedó eclipsada por el bullicio de la escena.

—El señor Graves organiza una rifa varias veces al año. Entrega un boleto por cada libro comprado y el boleto ganador obtiene eso.

Señalé un libro envuelto en papel de regalo que había encima de un expositor.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué quiere decir con lo de «eso es todo»?

Creo que fue mi expresión, más que mis palabras, lo que apaciguó a Pierce y le llevó a aceptar en silencio que la belleza estaba en la simplicidad. Me dejó entonces pegada a la pared y se puso a deambular por el establecimiento y a mirar libros hasta que encontró algo que le llamó la atención lo suficiente como para empezar a hojear sus páginas.

Sin más referencia que aquel vistazo rápido —sin percatarse siquiera de que mucha clientela femenina estaba echándole a él un vistazo rápido para tener alguna referencia—, se acercó al mostrador y compró el libro.

El señor Graves se lo envolvió y le entregó a Pierce un boleto.

Cada vez había más gente y Pierce se vio obligado a maniobrar un poco para regresar a nuestro puesto, junto a la pared.

—¿Ha encontrado algo que le llamase la atención? —pregunté mirando el libro con bastante envidia.

—Sí.

¡Y no dijo nada más!

¡Ni el título! ¡Ni me dio ninguna pista!

Me pareció un nivel de privacidad excesivo, pero cerré la boca y me vi recompensada por ello. Puesto que acto seguido me hizo entrega del boleto.

—Para usted. Le deseo mucha suerte.

—¡Pierce! ¡Qué detalle!

Momentos después, el señor Graves pidió orden en la sala, hizo un discurso sobre la necesidad de apoyar la palabra escrita (¡eso, eso!) y la necesidad de comprar más libros en The Dalliance antes que en otras librerías de Londres, porque su establecimiento era «muy superior a la librería común y corriente» que uno encuentra Hoy en Día.

¿Hoy en Día?

(Algún día escribiré un libro entero sobre todo lo relacionado con Hoy en Día).

El señor Graves le pidió a un joven que tocara una animada marcha —nada menos que con trompeta— antes de extraer el número ganador.

Una mirada a mi alrededor me dejó ver docenas de rostros esperanzados.

Excepto el de Pierce. No sonreía, pero se lo estaba pasando bien a nuestra costa, estoy segura.

Sostuve el boleto rojo entre mis guantes rojos, deseando con todas mis fuerzas ser la ganadora.

Graves, después de decidir que ya había habido suficiente suspense, extrajo el número.

—¡Cincuenta y tres!

No podía creerlo. El boleto que tenía en la mano llevaba impreso un precioso «53».

—¡He ganado! —exclamé.

Todo el mundo se volvió hacia mí y murmuró. Una oleada de gente me empujó literalmente hacia el señor Graves, claramente insatisfecho con lo que el destino había deparado.

Le mostré el boleto, tuve una pequeña discusión relativa a la legalidad de mi victoria, puesto que no era yo la que había comprado el libro, y Pierce salió rápidamente en mi defensa. Cuando declaró que él y yo habíamos adquirido el libro conjuntamente y que sí, que compartíamos también el boleto, gracias, fue como si de repente hubiese crecido en altura.

A regañadientes, Graves me hizo entrega del premio, el público me vitoreó de forma simbólica y empezó a dispersarse.

No desenvolví de inmediato el paquete. Pero, en cuanto salimos a la calle, lo elevé triunfante y le dije a Pierce:

—¿Está preparado para la gloria de este momento?

—¡Adelante! —dijo sujetando bajo el brazo su libro.

Arranqué el papel y apareció un libro negro de tamaño perfecto. Cuando le di la vuelta, el título provocó la carcajada de Pierce.

Frases en latín para los impenitentes.

Era lo más bello que había visto en mi vida.

—¡Maravilloso! —exclamé, y los que estaban por allí a la espera de ver el premio coincidieron conmigo.

De vuelta a casa —yo hojeando el libro y leyendo frases en voz alta—, la boca de Pierce mantuvo un esbozo optimista, aunque muy leve.

—Solo usted podría ganar un libro así —murmuró.

A lo que repliqué:

—*Fata viam invenient*.

21 de agosto

Esta mañana recibí una visita. Una visita Ilustre, para colmo.

Estaba arriba con *Frases en latín para los impenitentes* cuando Agnes tuvo la osadía de anunciar:

—Tiene visita, señorita Lion. Lo he hecho pasar al salón. Y le he ofrecido té. Y pastel. Y un poco de ese pegajoso pudin de *toffee*.

Tenía las mejillas sonrosadas. Los ojos brillantes. Resplandecía con el fulgor de diez mil soles. El conjunto era una prueba irrefutable que apuntaba hacia cierto duque.

—Enseguida bajo, Agnes. Y no andes merodeando por allí.

Me acerqué sigilosamente al salón de recibir; una forma alternativa de decir que me agaché y miré por el ojo de la cerradura. Emma M. Lion, una adulta extraordinaria.

Islington estaba instalado en la esquina más alejada del sofá verde. Las piernas cruzadas, el codo descansando en el reposabrazos del sofá, una mano apoyada en el lateral de la cara. Su mirada ducal estaba centrada distraídamente en el sillón rosa situado delante de él.

Es indiscutible. Todos los hombres que conozco se apoderan de mi sofá verde con una facilidad que resulta admirable.

Me enderecé, hice mi entrada y le ofrecí lo que consideré un saludo perfectamente razonable.

—Islington. Es usted un amante del sufrimiento.

Me miró, se levantó, me ofreció una reverencia cortés, aunque sin palabras de por medio, y volvió a sentarse cuando yo lo hice, recuperando su postura de comodidad controlada.

—Señorita Lion. Espero que se encuentre bien esta mañana.

—Me encuentro muy bien, ¿y usted?

—También, gracias.

—Me ha dicho Agnes que ya le ha ofrecido un té. Y pastel. ¡Y un poco de su pegajoso pudin de *toffee*! Confío en que no se haya sentido abrumado.

Los ojos de color avellana de Islington miraron hacia la puerta.

—Su casa es muy generosa. Y no se tome a mal, por favor, el haber declinado el ofrecimiento del pudin de *toffee*.

—¿Debo entender entonces que sí ha aceptado el pastel?

Con un parpadeo lento y esa expresión de control tan típica de él, Islington replicó:

—¿Y quién no querría pastel?

Como si con esa frase acabaran de darle la entrada, Agnes llegó en aquel momento con un carrito para el té anticuado que debía de haber encontrado en algún rincón olvidado de Lapis Lazuli House. Estaba limpio, pero chirriaba a más no poder. Aplaudo a Islington por haber sido capaz de mantenerse inexpresivo, porque yo no pude.

—¡Cielos, Agnes! ¿Dónde has encontrado este dragón?

Agnes, inconsciente del jaleo que estaba montando, miró al duque —y no miento— con ojos velados.

—Solo lo mejor, señorita Lion.

Y. No. Miento.

Solo lo mejor.

¿En qué estaría pensando esa chica?

Su Gracia esbozó una sonrisa de circunstancias que se prolongó durante los dos segundos en los que Agnes se atrevió a mirarlo a la

cara. Se lio para servir el té. Se entretuvo demasiado tiempo. Y yo lo único que deseaba era perderla de vista.

—Deja, ya lo hago yo, Agnes. Sí, mejor deja aquí el carrito. Es encantador. Sí. Mucho. Gracias, Agnes. Es el mejor té que se ha visto en esta casa.

—Gracias, señorita —dijo Agnes casi sin aliento.

Se marchó después de hacer una reverencia exagerada. Me sentí cruel por separarla del objeto de sus recién descubiertos afectos.

Islington no dijo nada. Preparé dos tazas de té y corté dos porciones de un delicioso y esponjoso pastel.

Comimos en relativo silencio. Creo que durante aquel rato estuvimos evaluándonos mutuamente. Estudiando la situación.

Debo reconocer que Islington subió puntos en mi estima por el modo en que presionaba con el tenedor las migas que quedaban en el plato: una actitud controlada pero ausente al mismo tiempo. Cuando tomó la palabra, no fue para hablar de lo que yo me esperaba.

—¿Qué tal está su amigo, el señor Hollingstell? —preguntó de pronto Islington.

Empecé a preparar una segunda taza de té para cada uno.

—No tengo ni idea. Hace casi un mes que no lo veo. ¿Por qué lo pregunta?

El duque carraspeó un poco para aclararse la garganta.

—Porque lo vi la otra noche.

No era mi intención mostrarme tan sorprendida.

—¿Dónde pudo haberlo visto?

—En la ópera. En el momento en que me quedé solo, accedió a mi palco.

—Eso va en contra de mis reglas —espeté tontamente.

—Ah —repuso él como si me hubiera pillado desprevenida.

Ah.

Exasperante. Qué hombre más exasperante.

Me miró directamente y siguió hablando:

—Hollingstell me dio a entender que está usted dispuesta a jugar con fuego por mí. Y que por eso tiene que dejarme en paz. Quería saber por qué. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y también quiero saberlo yo.

—Oh, Jack, qué tonto —murmuré. Y a continuación—: Usted, Islington, no ha sido elegido especialmente: Jack y yo hicimos un trato. Y al haber entrado usted en mi círculo, se beneficia del mencionado trato, igual que mis demás asociados. No es que sea usted especial.

—Me alivia saberlo.

Me quedé blanca.

—No lo decía en ese sentido. Sin duda alguna, usted debe de ser la persona más especial del mundo para alguien. Lo que quiero decir es que hice un trato con Jack, el señor Hollingstell, porque es una serpiente malévola, por mucho que le guste darme de comer pasteles.

El duque se quedó atónito con la mención de los pasteles.

Supongo que debería haberle aclarado que Jack nunca me había «dado de comer» en la boca.

Pero Islington no buscó ningún tipo de aclaración al respecto, sino que preguntó:

—¿Qué trato hicieron?

—Eso es asunto mío.

—Es evidente que no —replicó—. Ahora formo parte del tema. Esa serpiente suya encontró la manera de acceder a mi palco.

—Usted no forma parte de nada —dije—. Yo sí. Usted es un bendito ignorante. Jack simplemente andaría merodeando. Le llamaré la atención al respecto.

Se rio entonces. Su risa, pulida y ensayada.

—No la necesito para que me proteja de nadie —declaró, como si su palabra fuera ley.

—¡Estoy totalmente de acuerdo! Excepto de Jack. Podría decirse que fue un acuerdo al por mayor, Islington. Que incluía a todos mis conocidos. Jack dejaría a mi gente en paz y a cambio yo… Bueno, el caso es que llegamos a un acuerdo. De haber llegado a dicho acuerdo hace un mes, usted no habría quedado incluido. Y Jack habría tenido libertad para desplumarlo hasta dejarlo sin una libra. Por desgracia, el destino parece que me la tiene jurada. En Lapis Lazuli House no hay manera de escapar del humor cósmico.

Extendí las manos: un gesto pensado para dar credibilidad a mi afirmación.

Islington ladeó ligeramente la cabeza y en su rostro se dibujó una dura sonrisa de incredulidad. Y entonces dijo, y cito textualmente:

—O bien una amistad con usted es lo más increíble del mundo, señorita Lion, o bien está usted delirando. ¿Cuál de las dos cosas es cierta?

Una pregunta injusta, me pareció.

¿Acaso no hay espacio para un poco de las dos cosas?

—Dejo en manos de su sabiduría resolver esa cuestión, Islington.

Soltó una media carcajada y se levantó.

Seguí su ejemplo.

Agnes había dejado el sombrero y los guantes de Islington en la mesita, de modo que se los di. Mientras se los ponía, dijo:

—Le ruego, por favor, que en el futuro me mantenga alejado de…, ah, ¿cómo lo diría yo? Sí, de los asuntos de los bajos fondos.

Me contuve y conseguí no esbozar una mueca. Pero fue por los pelos.

—Lo intentaré.

—Y ya que tan caballerosamente se ha encomendado la tarea de protegerme de la amenaza que representa el señor Jack Hollingstell, un nombre que a buen seguro no es el suyo, le rogaré que mantenga la espada afilada. Y le ruego, asimismo —y debajo de su lustre ducal vislumbré cierta sinceridad—, que venga a verme si necesita ayuda. Estrictamente como humilde escudero de su gloriosa condición de caballero. No repetiré el error de insinuar que no es usted capaz.

Y antes de que a Agnes le diera tiempo a salir de la cocina, Islington cruzó el recibidor y salió por la puerta.

—¿Ya se ha ido, señorita?

—Se ha ido, Agnes.

Suspiró.

Yo no.

22 de agosto

Un día de suerte dudosa por lo que al correo se refiere.

¿Por qué dudosa?

La definición de la palabra «dudosa» conlleva cierto grado de sospecha. Encaja de maravilla con las circunstancias de ~~la vida~~ mi vida. Podría incluso escribirle una oda.

Oda a la Dudosa Vida de Emma M. Lion

Ahora recuerdo lo de la «dudosa batalla» de Milton y me pregunto qué pudo hacer el primo Archibald con aquel ejemplar de *El Paraíso perdido* que estaba yo leyendo en marzo… Hablando de cosas dudosas.

Mi primera carta se sitúa más bien en el lado prometedor de la sospecha.

Porque yo, Emma M. Lion, recibí una invitación que no es resultado de ningún tipo de ardid por parte de mi tía.

Las sorpresas no terminan nunca.

Resulta que lady Trewartha, de Baron's Square, siempre celebra una velada exclusiva a finales de agosto para despedir La Temporada. Y me han enviado una invitación porque resido en St. Crispian's.

Es prestigioso.

Sé con certeza que el primo Archibald nunca ha sido invitado.

Se celebrará el 31. La tarjeta de invitación —azul oscuro con letras doradas grabadas en relieve— decía, después de los detalles

pertinentes: «Cuando los aburridos hayan huido de Londres, lo festejaremos».

Me siento intrigada. Y más que complacida.

No tengo ni idea de cómo me ha llegado la invitación.

La segunda carta resulta sospechosa por asociación, ya que es de mi querida tía Eugenia.

Emma:

Mañana es el baile de la duquesa de Bedford. Llega a mi casa no más tarde de las cuatro. Tomaremos el té, te probaremos el vestido y, mientras Arabella descansa, las criadas verán qué pueden hacer con tu aspecto en general.

Se trata del último evento de La Temporada. Tendrás que ayudar a atraer a los caballeros de la lista adjunta para que, como mínimo, lancen dos Miradas y entablen una Conversación.

No me defraudes.

Se la leí en voz alta a Teobaldo, que se quedó mirándome casi un minuto y luego parpadeó lentamente para indicar que estaba de acuerdo con tía Eugenia.

No fue la muestra de lealtad que esperaba.

23 de agosto

En una escala del uno al diez, el baile de la duquesa de Bedford fue una fiesta de diez.

Y quiero que conste en acta que me divertí inmensamente.

No reía tanto desde hacía… Dios mío, no tengo ni idea de cuánto tiempo hacía.

¿Había visto alguna vez a Oliver y Phineas Brookstone en mejor estado de forma? Creo que no.

Y, por lo que a mi propio triunfo se refiere, puedo decir que Charles Goddard fracasó estrepitosamente en su intento de conseguir un baile, por mucho que me siguiera con insistencia por todo el salón.

¡Y no hablemos de Islington! Con qué habilidad lo gestionó todo…

Me parece que me estoy adelantando.

Se supone que un diario tiene que seguir un orden cronológico, tal y como demuestra no solo el mío, sino también el del respetable Islington.

Debo esforzarme en seguir ese orden.

Todo empezó cuando subí a un cabriolé para ir hasta casa de tía Eugenia; todo un lujo, pues sus lacayos siempre pagan al conductor.

A mi llegada, fui conducida a la habitación de Arabella.

—Aquí estás —dijo ella desde su *chaise longue*—. Mamá empezaba a desesperarse con la posibilidad de que, si llegabas después del té, no dispusiéramos de tiempo suficiente para ponerte presentable.

Me quité los guantes rojos y los dejé sobre la cama de Arabella.

—No tengo que estar presentable. Lo único que tengo que hacer es evitar que Phineas u Oliver Brookstone te propongan matrimonio.

—Estarás presentable. Hablarás poco o nada. Y acatarás todas las órdenes —dijo en tono imperativo la voz de tía Eugenia, que acababa de entrar—. Te esperaba hace una hora. Vamos, cámbiate y ponte eso que ves ahí. —Señaló un brillante vestido de gala de color champán, una prenda muy por encima de mi nivel social—. Y no hagas nada más hasta que la doncella haya recompuesto la totalidad de tu persona. —Frunció el entrecejo y la línea de su doble mentón expresó idéntico desagrado—. ¡Dejo de prestarte atención durante dos días y mira lo poco agraciada que te ves! ¿Acaso tu acompañante no cuida de que no parezcas una florista del mercado? Veo que tendré que vigilarte más de cerca.

Abrí los ojos de par en par ante la mención de la figura de la acompañante, que en mi caso tiene la amabilidad de no existir.

—Mamá —dijo Arabella reconduciendo la conversación—, confiaba en poder lucir tus diamantes azules esta noche.

—¿Los azules? No, no. Los azules son para La Temporada próxima. Los diamantes azules hacen que los hombres incluso saliven. Lucirás mis diamantes de lágrima, y no se hable más del tema. Y ahora, Emma, intenta mantener la compostura. La duquesa de Bedford tiene una hija fea y no debemos distraer a nadie de ese hecho.

—No la defraudaré, tía —contesté mientras Arabella ladeaba la cabeza con una sonrisa de aburrimiento y sus rizos dorados seguían el movimiento a la perfección.

Tomamos el té.

Tía Eugenia abandonó la estancia cuando entró la doncella.

—Tu madre piensa que mi pelo es demasiado rebelde —dije.

—Pues a mí me parece encantador, Emma. —Arabella suspiró—. Le dice con claridad a cualquier hombre lo que puede esperar.

La doncella me ayudó a desvestirme y a enfundarme el vestido de gala.

—No tengo intención de decirle nunca nada a ningún hombre, Arabella.

—Tonterías. Por supuesto que encontrarás pareja en esta vida. Creo que lo necesitas.

—¿En serio? —dije desafiante—. ¿Y me recomiendas que utilice tu estrategia? ¿Centrarme en el hombre con más dinero, más mansiones y facciones menos atractivas?

—Oh, no. —Arabella agitó la mano—. Tú te casarás con un hombre atractivo y de rostro agradable. Y así las dos disfrutaremos mirándolo. Deja lo del dinero para mí.

Refunfuñé, recelosa.

El vestido me quedaba perfecto. Jamás en la vida había llevado algo que brillara tanto, y reconozco que me gustaba muchísimo. Benditos sean Phineas y Oliver Brookstone. Quizá en el futuro los utilice para aumentar mi guardarropa.

La luz de las ve…

¡¡¡!!!

¡De pronto, cayó una araña sobre el papel! Dios mío. Un escalofrío me recorrió la espalda entera. Cerré de golpe el diario —claro está— y tuve que ir corriendo a buscar un pañuelo para retirar los restos. Quiso la suerte que la araña conociera su fin sobre las palabras de tía Eugenia.

De lo más apropiado.

Estoy divagando.

La luz de las velas de la habitación de Arabella hacía que mi aspecto fuera casi cautivador, y el hecho de que me hubiera peinado su doncella parisina le daba un *je ne sais quoi* al resultado general.

Incluso tía Eugenia, al verme, aspiró levemente por la nariz en un gesto que no era para nada de desaprobación.

Mientras Arabella descansaba, me vi sometida a tres horas de enérgica formación sobre los hombres cuya atención debía encargarme de dirigir hacia Arabella.

Aquello casi acaba conmigo.

Cuando Arabella se despertó, todo el mundo bailó a su alrededor hasta conseguir que resplandeciera con perfección.

Y entonces nos pusimos por fin en marcha.

Todas mis experiencias y expectativas previas sobre cómo debía de ser un baile se fueron por completo al traste. ¿Belgravia House? De una belleza devastadora. Recorrí estancias refulgentes consciente de que ni todo el dinero de mis cuentas bancarias habría servido para pagar tantas velas y, mucho menos, tal cantidad de cristal, flores, música. Los trajes de los caballeros. Los vestidos de las damas…

Todo era de primera categoría.

Tardé poco en localizar a los gemelos Brookstone y amenazarlos diciéndoles que, si no me dejaban disfrutar de la velada, me encargaría personalmente de llenarles la cama de serpientes.

—Espera un momento, cabeza loca —dijo Oliver con una sonrisa —. No desperdiciarás la noche teniéndonos que seguir por todos

lados, pero no estaría nada mal hacerle creer a tu tía que somos un par de revoltosos.

—Que tu tía se piense que nos estás controlando. Y de verdad te decimos que serás libre para hacer lo que te apetezca —añadió Phineas—. No te fallaremos, Emma.

Y no me fallaron.

Phineas y Oliver Brookstone son las personas más graciosas que conozco, y sus observaciones son tan afiladas que creo que me resultaría arriesgado beber algo en un lugar desde donde pudiera escuchar sus bromas. Había oído decir que, cuando ríes muy fuerte, es posible que el líquido se te vaya por la nariz.

Pues resulta que ya comprobé la teoría.

Los gemelos tuvieron una actuación perfecta, mostrando su exaltada intención de abordar a Arabella siempre que tía Eugenia —con los ojos casi saltándosele de las órbitas— dirigía su mirada hacia ellos, mientras yo representaba mi papel posándoles la mano en el brazo para retenerlos y fingiendo que los distraía. Todo salió estupendamente. E incluso bailé con ambos. Dos veces.

Y en cuanto a la sagrada tarea que se me había encomendado, los Caballeros de la Lista, nueve en total, fueron fáciles de gestionar. Arabella atrajo la mirada de todo el mundo a lo largo de toda la velada y no me resultó en absoluto difícil garantizar la repetida atención de los caballeros en cuestión. Lord George West fue el que más me costó; no paraba de dar vueltas, deslumbrado no por las luces, sino por las mariposillas nocturnas que pululaban a su alrededor. Hasta que no le comenté que la tonalidad rosa brillante del vestido de Arabella era idéntica a la de un guisante de olor que había visto en una ocasión en Bournemouth, no fui capaz de atrapar

su atención. Eso sí, solo después de que me pidiera la localización exacta de dónde lo había visto y sacara del bolsillo una libretita para tomar debida nota.

Le solté la primera dirección que me pasó por la cabeza de aquel sombrío lugar y después me escondí en un pasillo, riendo solo de imaginármelo saltando a hurtadillas al jardín de la prima Matilde. Se darían mutuamente un buen susto.

En un momento dado de la noche, tía Eugenia me acusó de exhibir Excesiva Jovialidad, algo inaceptable en mi papel de Contrapunto de Arabella.

—¡Soy su contrapunto, tía! ¡Arabella es la heroína y yo soy la tonta graciosa! —repliqué sonriendo después de que me sorprendiera llorando de risa por algo que Oliver había dicho sobre la marquesa de Gainsbourg.

—Quiero que seas el contrapunto pobre, la que inspira lástima, Emma. ¡Cesa de inmediato de mostrarte tan feliz contigo misma!

Suspiro.

Después de varias horas y de una docena de bailes, y mientras contemplaba el deslumbrante espectáculo, descubrí que tenía un duque instalado a mi lado.

Supongo que son cosas que pasan en Belgravia.

—Señorita Lion.

—Islington.

Iba tan acicalado como cualquiera de los demás hombres presentes —lo cual no era poca cosa—, mantenía la espalda erguida hasta rozar la rigidez, no llevaba ni un pelo fuera de lugar y sus ojos de color avellana estaban en ese exasperante punto intermedio entre el apego y el desapego.

—¿Me permite expresar cierta sorpresa por verla en el baile de la duquesa de Bedford? No me suena como una de sus invitadas habituales.

Fue ligeramente insultante. Podría haber empezado con, por ejemplo, «¡Cómo resplandece su vestido!».

En fin.

Por suerte para él, estaba yo de muy buen humor.

Cuando abrí la boca dispuesta a decir algo inteligente, Islington añadió:

—Normalmente, sus invitados carecen de cierta energía que usted parece poseer en abundancia, es solo eso.

—¿Y se supone que eso es un cumplido?

—Por supuesto. —La sonrisa con la que el duque acompañó sus palabras fue controlada—. Muchos de sus conocidos son políticos.

—Políticos, ¿en el sentido de…?

—Estirados. Aburridos. Fatuos. —Miró alrededor del resplandeciente salón—. ¿Ha visto la biblioteca?

—No.

—Pues debería verla alguna vez. ¿Le apetece un baile?

Fue un cambio de guion confuso. La promesa de una biblioteca de Belgravia borrada al instante por una invitación a bailar. Fue justo en ese momento cuando sentí la mirada de adoración de Charles Goddard desde el otro lado del salón. Había hecho un esfuerzo tremendo por evitarlo y no estaba dispuesta a echarlo todo a perder.

—Mire lo que ha hecho, Islington.

—¿Qué he hecho?

—Charles Goddard. Esa jirafa viene directa hacia nosotros. Mi Pretendiente No Pretendido, si no me equivoco.

La fachada de Islington se resquebrajó y dejó entrever algo de confusión por su parte.

—¿Está diciendo que *ese* hombre es su prometido?

—Desde luego que no —repliqué—. He dicho que era mi pretendiente *no pretendido*. En ningún momento he dicho que esa sea *mi* intención. Pero mi tía, después de otra Temporada de humilde servitud a sus planes maquiavélicos, estaría feliz viéndome casada con él y teniendo hijos muy altos.

—Las amenazas a las que se enfrenta son muy reales, señorita Lion.

—Cada día que pasa es una prueba para mi supervivencia. ¡Cielos! Veo que ha logrado sortear esa aglomeración de viudas. Ahora ya no habrá quien lo pare. Prepárese para una conversación de lo más sosa con un chaleco.

Islington, debo admitir, es la elegancia personificada cuando se encuentra ante una situación difícil. Ni siquiera pestañeó. Y antes de que Charles Goddard pudiera acercarse lo suficiente como para reclamar mi atención, me tomó por el brazo y salimos a bailar el vals.

—Bien hecho —declaré, perpleja ante tan heroica intervención.

—He lidiado con un buen número de pretendientes no pretendidos, señorita Lion.

¿Sería verdad? Ladeé la cabeza.

—Y yo que pensaba que sus talentos había que encontrarlos en la escritura y en la intimidación en general.

Islington, guiando el baile con una confianza digna de admiración, esbozó una mínima sonrisa.

—Pues ya que lo menciona, le encantará saber que he invertido

en una pluma blanca, que he colocado sobre mi diario. Todas las demás las he desterrado a Stonecrop.

—¿Stonecrop?

—Mi casa de campo.

—Qué aristocrático. Mi casa de campo está en el jardín trasero de Lapis Lazuli.

Su expresión se ensombreció un poco.

No debería haberlo dicho, supongo. Aunque solo era para poner un toque de humor.

Pasado un instante, dije:

—Es encantador.

—¿Perdón?

—El nombre. Stonecrop. ¿Dónde está?

—En Derbyshire.

Era quizá demasiado pedir abstenerme de hacer cualquier referencia literaria. Lo intenté, pero mi cara se quedó congelada en un gesto más bien pícaro y él me respondió con una expresión de cierto fastidio.

—Adelante. Suelte su broma.

—¿Es su conducta con nosotros, en todos los sentidos, tan agradable como cuando se encuentra en Derbyshire? —solté incapaz de resistirme a la cita de Austen.

—No —me espetó.

—Supongo que ya se lo habrán dicho antes.

Islington me atrajo más hacia él mientras seguíamos girando —lo hizo con gran elegancia, y de todo se encargó él, pues yo soy una bailarina más bien mediocre— y dijo entonces:

—Me sorprende que en Fortitude, escuela preparatoria para

señoritas, les permitiesen leer una novela tan demodé como esa.

—Contrabando.

—Ah.

Reí.

Y entonces, por el rabillo del ojo, vi algo bastante grande y horroroso.

—Cielos. Mire lo que ha hecho, Islington.

—Es la segunda vez que dice eso. ¿Sigue ese desafortunado joven pisándonos los talones?

—Peor si cabe. Mire por encima de mi hombro. ¿Ve ese impresionante grupo de matronas de la alta sociedad congregado allí? La del vestido plateado con pedrería es mi tía. Si nos ve bailar, caerá la maldición sobre nosotros.

—¿La maldición?

—La maldición. Es una gorgona de primera categoría.

Islington miró hacia tía Eugenia como si no le diera ningún miedo. Fue un gesto displicente, sobre todo porque justo en ese momento mi tía estaba barriendo con la mirada la totalidad de la pista de baile.

—Cuidado —murmuré—. Le convertirá en piedra.

—He lidiado con un buen número de gorgonas, señorita Lion.

—¿De verdad? Está usted hecho todo un Perseo —dije mientras él, muy hábilmente, nos conducía hacia el lado opuesto de la pista de baile.

—Perseo no transformó a la gorgona en piedra por méritos propios. Recibió la ayuda de Atenea —replicó Islington.

—Ah, ¿sí? Pues un punto para usted, Islington. No lo sabía.

—¿Como consecuencia de su educación deficiente? —preguntó en

tono de burla.

—Pues supongo que sí. Los mitos paganos estaban prohibidos. Aunque conozco bien todas las Bienaventuranzas.

—Bienaventurados sean los mansos —replicó secamente Islington —. ¿Cómo descubrió entonces a Perseo?

—Por mi padre.

Islington se paró. Y me llevó un momento darme cuenta de que la música también se había detenido.

Sus brazos se relajaron de forma inesperada y a punto estuve de caer hacia atrás.

El vals había acabado.

—Su tía viene directa hacia nosotros —observó Islington sin perder la calma.

Tenía razón. Allí estaba tía Eugenia, con los brazos balanceándose, los diamantes resplandeciendo y forzándose a avanzar más rápido. Por suerte, Islington estaba de espaldas a ella y tía Eugenia no podía verle la cara.

—Márchese, Islington. Lo convertirá en piedra. Y después lo devorará.

—No me siento intimidado.

—Qué ingenuo. Me parece que no conoce a mi tía.

—Lady Spencer, creo. Y, a pesar de que no me siento intimidado por mujeres adineradas con hijas bonitas, tiendo a evitarlas. Buenas noches, señorita Lion.

Después de haber bailado tan pegados, pensé que se mostraría galante y me besaría el guante.

No lo hizo.

Más bien me dio la impresión de que disfrutaba entregándome a

mi maldición. Y, con una sutil inclinación de cabeza, desapareció entre la muchedumbre. Cuando tía Eugenia llegó a mi lado, el duque de Islington había quedado reducido a un sueño.

Me veo obligada a confesarlo: ese hombre sabe lo que es bailar el vals.

—¡Emma! —dijo entre dientes cuando llegó a mi lado—. En nombre del cielo, ¿qué crees que estás haciendo?

—Estaba bailando, tía.

—Eso ya lo he visto. ¿Con quién?

Atenea, siendo como era la diosa de la sabiduría, consideró prudente mantener el nombre y el título de Perseo lejos del alcance de la gorgona.

—Un conocido, eso es todo.

—Nunca debiste bailar con un hombre con ese aspecto, Emma.

—¿Le has visto la cara?

—No, no con claridad. Pero su persona desprendía sin duda un aire de buena cuna y, en general, de atractivo. Mediocridad, eso es lo que espero de ti hasta que Arabella esté casada.

—¿Y entonces?

—Respetabilidad Plebeya.

—Qué esclarecedor, tía. Mi vida futura suena a auténtico triunfo.

Fue entonces cuando los Brookstone fueron directos hacia Arabella y me vi despachada con la misión de interceptarles el paso.

Al final no hubo tiempo para ir en busca de la biblioteca, pero, para resumir, me lo pasé muy bien.

Mi ventana y media está abierta y me parece haber oído el chirrido de la puerta de entrada al abrirse. Hay que engrasarla.

Bajaré a investigar antes de quitarme el vestido.

Quizá Parian no la ha cerrado por completo. Su pereza es casi monumental.

Más tarde

Acabo de vivir una experiencia de lo más irreal.

No sé muy bien qué pensar al respecto.

Ha sido como…

Bueno, ha sido como uno de los cuentos de hadas de mi padre.

Me recogí la falda con una mano y bajé con cuidado las escaleras, descalza y sin la luz de ninguna vela. Cuando llegué al vestíbulo, la puerta de entrada estaba abierta de par en par, como si alguien hubiera olvidado cerrarla. Me quedé allí un rato, disfrutando de la calidez de la noche. El aire era más suave de lo que recordaba cuando había llegado a casa, una hora antes.

Y, siendo como soy buena hija de irlandés, salí a la calle.

Reinaba el silencio. En Whereabouts Lane no había un alma. Las farolas se encontraban encendidas, pero todas las ventanas estaban oscuras. Casi esperaba que se me apareciera El Romano. Entre los jardines traseros de Whereabouts circulaba una brisa que levantó unas pocas hojas veraniegas y las arremolinó calle abajo.

Y entonces vi una figura que subía desde King Henry's Road. Una forma oscura al principio. Hasta que no reconocí la cojera no deduje que se trataba de Pierce.

Avanzaba entre los círculos de luz proyectados por las farolas, con la chaqueta sobre un hombro. Y hasta que no estuvo a veinte pasos de distancia de mí, no levantó la cabeza y me vio.

No dijo nada. Simplemente se detuvo y se quedó más de un

minuto pensando antes de continuar caminando lentamente hacia mí. Fue una experiencia extremadamente sensorial, si acaso esta es la palabra correcta: el sonido de sus pasos sobre la acera, el aroma dulzón de un aire que no suele ser el habitual en Londres, la presión del pavimento contra mis pies descalzos. Cuando llegó a mi lado y trazó un semicírculo a mi alrededor, sin que sus ojos se perdieran ningún detalle, todos mis pensamientos relacionados con el baile, los gemelos, Arabella e Islington se evaporaron.

Creo que nunca me habían mirado de aquella manera en toda mi vida. Fue una mirada envolvente, honesta y, en cierto sentido, reverencial. Pierce olía de maravilla, y moví la mano solo un poco, como si quisiera tocarlo, como si dudara de que fuera de carne y hueso.

Sé que suena ridículo, pero fue todo muy extraño.

Y entonces, cuando nuestros hombros estaban a punto de tocarse, Pierce se detuvo.

—¿Qué brujería anda tramando en una noche como esta?

Fue un momento digno de Shakespeare. O digno de Wordsworth.

Digno de cualquier poeta, en realidad.

Y lo único que se me ocurrió decir fue:

—Estaba cerrando una puerta.

Pierce ladeó la cabeza y esbozó a la vez una media sonrisa.

—Pero las puertas feéricas nunca se cierran del todo, ¿verdad?

Y por un momento… yo… casi… No fue intencional ni premeditado. Solo que, al mirarlo, casi me pregunté si él…

Y entonces los monjes empezaron a cantar.

Los monjes. En Jacob’s Well.

Cantos gregorianos en armonía con la brisa.

Dirigimos los dos la vista hacia la calle de donde venía el sonido. El hechizo que nos envolvía no se rompió. Cambió, más bien. Pierce se volvió. Y nos quedamos los dos el uno junto al otro, contemplando la oscuridad.

Me estremecí, aunque no de frío, pero él igualmente cogió su chaqueta y me la puso sobre los hombros, trayendo consigo el aroma a tormenta y almizcle.

Pasamos un cuarto de hora en silencio.

Y entonces:

—Es tarde.

Fue lo único que dijo. Me miró una vez más, su rostro a gusto entre las sombras, y se apartó de mí. Instantes después, él cruzaba su puerta y yo volvía a estar sola en la calle.

24 de agosto

Me desperté desorientada. Mi mente cansada estaba llena a rebosar del material del que están hechos los sueños. (Ah, Shakespeare, estás en posesión de todas las palabras). Miré a mi alrededor y descubrí en la buhardilla los vestigios de todo lo sucedido ayer: los zapatos tirados de cualquier manera en el suelo, el precioso vestido del que había conseguido salir con la ayuda de una aguja de ganchillo, mi ridículo. En mis pensamientos confusos flotaban imágenes de mi tía, los gemelos Brookstone, Islington.

Y la chaqueta de Niall Pierce doblada sobre la estantería.

Al verla, la resurrección fue instantánea. Me desperté por completo.

Muerta de vergüenza.

¿De verdad había creído que…?

Volví a leer la entrada de anoche.

Una auténtica ridiculez.

Qué tonta. De todas formas, yo no lo habría querido.

Era la hora de las brujas, simplemente eso.

De ninguna manera habría besado a Niall Pierce. Ni siquiera ~~se me había pasado por la cabeza~~ se me había pasado muy seriamente por la cabeza. Qué sandez… y qué alivio no haberme dejado llevar por el momento.

Soy su casera. Y él es mi inquilino.

Por mucho que haya entre nosotros amistad y utilización del nombre propio.

Estoy segura de que hay Leyes contra esas cosas.

Y, si no, al menos hay Normas.

Además, tal y como Agnes me hizo notar hace unos días, no sé nada de él excepto lo siguiente: es fotógrafo de guerra. Vivió en Nueva York. Tiene amigos raros. Cojea. El gobierno británico no es de su agrado. Le gusta una estancia bien ordenada. Y ocupa el espacio de manera distinta a cualquier otra persona que conozco.

Sí, señor Pierce, reconozco que es usted una persona especial.

Pero pensar en cualquier otra cosa es absurdo.

Respetabilidad Plebeya. Eso es lo que andamos buscando.

Y, como muestra de buena fe hacia tales objetivos, tengo intención de bajarle la chaqueta esta mañana haciendo gala de la indiferencia de los atareados.

Más tarde

Después de prepararme delante del espejo —me peiné de forma muy sencilla, pensando en un encuentro menos mágico—, bajé con la chaqueta y sentí una combinación de alivio y miedo al oír que Pierce estaba trabajando en el estudio.

Llamé a la puerta.

Respondió: «Adelante».

Abrí la puerta y entré.

Y resultó que no tendría que haberme preocupado por si lo de anoche pudiera haber tenido algún efecto sobre él.

De pie en el otro extremo de la sala, clasificando una montaña de papeles que había sobre el aparador, me repasó con la mirada de un modo tanto profesional como impersonal.

—Buenos días.

Y continuó con sus papeles.

—Buenos días. —Levanté el brazo sobre el que llevaba la chaqueta doblada—. Vengo a devolverle esto.

Ni siquiera una segunda mirada. Solo un:

—Ah, sí. Gracias. ¿Le importaría mucho dejármela encima del sofá?

Vaya.

Quizá anoche Pierce había bebido un poco más de lo que me había parecido, pues no se hizo aparente nada que pudiera indicar un recuerdo de nuestro encuentro a medianoche.

Dejé la chaqueta sonriendo como una tonta simpática por si acaso se tomaba la molestia de mirar hacia mí.

No lo hizo.

Y, después de un «Que tenga un buen día, Pierce», salí del salón.

Pero, en cuanto volví la espalda, el sonido de papeles cesó y estoy casi segura de que me estaba mirando.

Probablemente avergonzado por mí.

Y lo que más me desagrada, aparte de mi vergüenza, es el pánico que me embargó solo de pensar que Maxwell pudiera… Es una tontería, lo sé. Pero no puedo evitar que me siga a todas partes. ¿Y si yo quisiera…? ¿Y si solo creyera que quiero eso, pero solo pudiera pensar en Maxwell? ¿Pero solo pudiera imaginarme a Maxwell?

Ay, Dios mío, Emma, ¡cálmate!

Es hora de redoblar mis esfuerzos.

Latín, Emerson y nada más.

Más tarde

Ayer era 23.
Me olvidé de encender una vela por mi padre.

25 de agosto

Acabo de terminar de limpiar a fondo la buhardilla oeste. Incapaz de dormir después del amanecer, decidí que quitar el polvo y ordenar un poco nos vendría bien tanto a la buhardilla como a mí. Teobaldo estuvo merodeando por allí todo el rato, observando mi quehacer como el capataz de una fábrica. (No es que yo sepa mucho de fábricas, salvo por esos espantosos romances que salpicaban las lecturas clandestinas en Fortitude, escuela preparatoria para señoritas).

Cuando me miré en el espejo, descubrí una limpiadora, con el pelo recogido con un trapo, mi vestido viejo necesitado de un buen lavado y la cara manchada de mugre.

Y justo ahora llega Parian; oigo que sube por la escalera.

Puedo oír su voz crítica en cada paso.

Más tarde

Parian subía para decirme que, puesto que Agnes andaba retozando por Londres (creo que había ido a la carnicería), le correspondía a él la tarea de comunicarme que *él* me requería.

Él.

—¿Él? —pregunté—. ¿El primo Archibald?

Eran poco más de las nueve y media de la mañana y ni siquiera me imaginaba que pudiera estar ya despierto.

—No. —Parian sorbió por la nariz—. El otro Él.

Y se marchó. Él, Parian. No Él, El Otro.

Bien, es posible que Pierce me haya visto en mi versión más encantadora, pero también me ha visto llorar. Por lo tanto, no voy a preocuparme por mi aspecto actual. *Él* tendrá que aceptarlo. Igual que yo.

Más tarde

Ay.

Ay de mí.

Maldición.

Él no es Pierce.

Ando aturullada de un lado a otro, lavándome la cara, recogiéndome como puedo el pelo e intentando recordarme que, si pongo a Parian de patitas en la calle, no me tocará otra que ocuparme personalmente del primo Archibald.

Más tarde

Acabo de pasar la última hora paseando por el parque con Islington, el duque de.

No era mi intención.

Porque el Él que se presentó en Lapis Lazuli era nada más y nada menos que Roland Sutherland, dios Sol lisiado.

Cuando entré en el salón, limpiándome las manos con la tela de la falda, no esperaba encontrarme con la perfección humana de pie delante de la chimenea, sombrero en mano y brazo en cabestrillo.

—¿Emma Lion? ¿Eres tú? ¡Vas hecha una porquería!

Podía o bien admitir mi aspecto vergonzoso o bien llevar la

situación con obstinada dignidad.

Me decanté por lo último.

—Me has visto cubierta de barro, Roland. Un poco de suciedad no debería sorprenderte. Grandes cosas están por llegar que exigen algo de trabajo por mi parte.

—Sí, pero… —Y sonrió de oreja a oreja—. Cuando uno tiene cinco años siempre cabe esperar un poco de barro.

—Por supuesto, igual que acabar con un brazo en cabestrillo. Basta con verte.

Le daba el aspecto de un héroe. Replicó con engreimiento:

—¿Cómo si no voy a atraer a las damas?

—Oh, no temas, que eso lo conseguirás igualmente —observé—. Y ahora cuéntame: ¿a qué has venido? ¿A tomar el té?

—A pasear por el parque antes de que la tarde se ponga demasiado calurosa. Esperaba que estuvieras lo bastante presentable como para acompañarme.

—Quizá nunca estaré lo bastante presentable como para ser vista en tu magnífica compañía. Pero, de todos modos —dije haciendo una reverencia—, concédeme diez minutos para intentarlo.

Llamé a Agnes, que ya estaba de vuelta, para que me acompañara. Subí las escaleras, me despojé del vestido sucio, me lavé como pude con agua de la jofaina, me recogí el pelo alborotado y, con la ayuda de Agnes, me puse uno de mis vestidos de tarde y un sombrero.

Sin que me diera tiempo a impedírselo, Agnes me pellizcó las mejillas.

—¡Agnes! —grité—. ¿Por qué haces eso?

—Solo porque pensaba que así tendría un poquito más de color.

Dice mi madre que…

—Tu madre está muy equivocada si te dio un consejo así. Anda, lárgate. Y no vuelvas a hacer eso nunca más.

Agnes corrió escaleras abajo y me miré en el espejo para evaluar los daños. Decir que el color de mi tez había mejorado no viene al caso.

El suceso importante se produjo solo instantes después de haber iniciado nuestro paseo. Estaba contándole a Roland cómo había pasado el último mes de verano cuando un grupo de chicos, jóvenes en realidad, vino hacia nosotros gritando y jugando. Las miradas de desaprobación de señoras y caballeros ~~no sirvieron para detenerlos~~ me fastidiaron de verdad. Pensé que había que dejarlos tranquilos, que se divirtieran y siguieran jugando hasta que, al pasar corriendo por nuestro lado, uno de ellos tropezó ¡y cayó justo encima del brazo fracturado de Roland! Él se apartó, muerto de dolor, y justo entonces recibió otro golpe que casi le hizo caer al suelo. Apoyándose en la mano derecha, Roland logró recuperar el equilibrio, aunque, por la tensión de su mandíbula y la impresionante retahíla de palabrotas que se esforzó por contener —una lástima, porque estaba aprendiendo algunas novedosas—, era evidente que el dolor que sufría era intenso.

Los chicos se marcharon corriendo a toda velocidad.

Y, antes de que me diera tiempo a intervenir para ayudar a Roland a incorporarse, lo hizo otra persona.

—Tranquilo, Sutherland.

Y allí estaba Islington.

Con expresión impasible, estudió el codo de Roland y evaluó la

expresión de dolor con sus ojos de color avellana.

—¿Duele mucho?

Roland empezó a negar con la cabeza, de modo que dije:

—Por supuesto que duele. Mire lo pálido que está.

Fue entonces cuando Islington se dio cuenta de que la que estaba dando su opinión era Emma M. Lion.

Emitió un sonido extraño, una especie de ruido que salió por su boca cerrada como queriendo decir: «Normal que Emma M. Lion esté presente en la escena del crimen».

—Señorita Lion.

—Islington.

—¿Ha sido usted la que lo ha empujado?

Lo fulminé con la mirada hasta que volvió a volcar su atención en Roland.

—No es nada —intentó decir Roland.

—¿Es reciente la fractura? Debería ir a que le viera un doctor. ¿Dónde tiene el carruaje?

—He venido andando. Emma y yo estábamos… No es nada, de verdad. Simplemente necesito recuperar el aliento.

Aquello se estaba convirtiendo en una exhibición de ~~terquedad~~ estupidez masculina en su máxima expresión.

Y al parecer Islington pensó lo mismo.

—Miren, ahí están lord y lady Crane en su carruaje. —Y entonces Islington hizo algo de lo más inesperado: gritar en público—. ¡Hola! ¡Crane! ¡Hola, estamos aquí!

Roland, esbozando una mueca de dolor, intentó resueltamente no llevarse la mano al brazo lesionado. Y los dos nos quedamos viendo cómo Islington abordaba el carruaje y señalaba hacia Roland.

—No tenía ninguna necesidad de hacer eso —dijo Roland claramente tenso—. Pero es un tipo condenadamente bueno —inspiró hondo con dificultad— cuando juega a las cartas.

Momento en el cual el tipo condenadamente bueno nos hizo señales con las manos para que nos acercáramos.

La situación se resolvió estupendamente. Lord Crane y Roland frecuentaban el mismo club, al parecer, y Crane se mostró más que dispuesto a ayudar. Quedaron en que llevarían a Roland hasta su casa y llamarían al médico.

—Pero antes debemos acompañar a la señorita Lion a casa —insistió Roland.

—No, no, de ninguna manera, Roland. Lady Crane se encargará de que te atiendan, no te preocupes por mí. Ya hablaremos mañana.

Lord Crane no es nada guapo.

Roland es divino.

A lady Crane no pareció molestarle en absoluto tener que acudir al rescate de Roland.

—Pero Emma…

—Vamos, Sutherland. Ya acompañaré yo a casa a la señorita Lion. Usted ocúpese de su brazo —insistió Islington.

Y con eso se llevaron a Roland, que miró hacia atrás y levantó la mano buena en señal de despedida, como la heroína de un romance desesperado que dice adiós mientras el héroe contempla cómo su verdadero amor se aleja.

Reí por lo bajo solo de pensarlo e Islington me miró de reojo, aunque no dijo nada.

—¿Volvemos a Lapis Lazuli House, señorita Lion? —dijo recolocándose los guantes.

—Oh, no, acabo de llegar —respondí—. Vaya usted. No a Lapis Lazuli House, por supuesto. Sino al lugar de donde haya venido. Tengo ganas de distraerme un poco. No hace todavía demasiado calor y hay que aprovecharlo.

Pero, en vez de marcharse, Islington asintió servicialmente y empezó a caminar a mi lado.

Y paseamos. No hubo mucha conversación, pero Islington parecía satisfecho con que fuera así. Preguntó por el primo Archibald, a lo cual le respondí:

—Sigue aún encamado, pero espero que pronto pueda comenzar a andar con la ayuda de un bastón.

—¿Y es casualidad que él se haya fracturado una pierna y Sutherland, su acompañante de hoy, se haya fracturado un brazo?

Este hombre tiene ideas fantasiosas sobre mis poderes.

—¿Qué está usted insinuando, Islington?

—Nada, salvo que podría decirse que todos aquellos que la rodean acaban encontrándose en, ah, situaciones apuradas.

—¿En situaciones apuradas?

—Sí, en situaciones apuradas de las que resulta complicado salir.

—Ah —repliqué.

Intuyó, en mi tono de imitación, cierto sentido de mofa.

Y no se equivocaba.

26 de agosto

Le ordené a Arabella que le enviara una cesta con fruta a Roland con los nombres de las dos en la tarjeta. Me informó de que el mayordomo de Roland lo tenía encerrado bajo llave.

Pobre Roland.

28 de agosto

Una carta de la señorita March:

Querida Emma:

Vuelvo a casa. Parece que el número de condes italianos que una puede soportar por temporada tiene un límite. Confío en estar en St. Crispian's antes de que termine septiembre y tengo muchas ganas de verte.

Saff. March

¡Qué alegría!

30 de agosto

Cuando hoy llegué a casa, Niall Pierce estaba sentado en la escalera de acceso a Lapis Lazuli House leyendo un ejemplar del *Morning Post*. Era la informalidad personificada: recostado sobre un codo, las piernas estiradas y cada pie descansando en un peldaño distinto. Me planteé preguntarle por qué había elegido mi escalera de acceso en lugar de la suya para sentarse a descansar un rato, pero supuse que era por simple comodidad. Quienquiera que el primo Archibald contratara en su día para construir la escalera de acceso a Lapis Lazuli Minor hizo un trabajo bastante tortuoso.

Nuestro lado de la calle quedaba agradablemente a la sombra, así que, cuando Pierce me indicó con un gesto que me acercara, lo hice.

Enderezó la espalda y tomé asiento a su lado.

—Se ve que un volcán ha entrado en erupción —dijo sin más preámbulos.

—¿Dónde?

—En el estrecho de la Sonda. El Krakatoa, se llama. Sucedió hace tres días.

—Qué espantoso —repliqué. Y empecé a leer por encima de su hombro, como si fuese lo más normal del mundo. Una frase en particular me llamó la atención, y la repetí en voz alta—: «Donde antes se alzaba el Krakatoa, ahora ruge el mar». Qué tragedia. ¿Hablan del número de víctimas mortales?

—No se sabe —respondió Pierce. Y entonces presionó el periódico con tanta fuerza que lo arrugó—. Es ridículo.

Jamás se me habría ocurrido calificar de ridícula una trágica

erupción volcánica, de modo que le sondeé en busca de una explicación.

—¿El volcán?

—Una «Circular de la corte» justo al lado del artículo sobre el Krakatoa. ¿A quién le importa si la reina salió ayer a pasear en carruaje?

De modo que no es monárquico.

Leí la circular y sentí que podía confirmar con certeza que a la princesa Beatriz y a la marquesa viuda de Ely les importaba, ya que estuvieron presentes en los paseos de la mañana y de la tarde, respectivamente. Sin embargo, guardé silencio. No me pareció el momento apropiado para especular sobre cuáles podían ser o no ser los sentimientos de la marquesa viuda de Ely.

Pierce comentó entonces que, después de todas las erupciones más importantes que se han producido en el último siglo, se habían visto puestas de sol espeluznantemente intensas en todo el mundo.

—Imagino que podemos esperar lo mismo ahora, durante meses. O, más probablemente, durante años.

—¿Años? —repetí en tono algo desafiante.

—Los restos pueden tardar años en asentarse.

—¿Llegarán hasta Londres?

—Eso ya lo averiguaremos, sin lugar a duda.

Después de aquello, Pierce dejó el periódico y nos quedamos sentados en silencio —ambos imaginando el volcán, supongo— hasta que una oleada de viento levantó la primera página, que salió volando hacia el otro lado de la calle. Pierce se puso en pie y, medio cojeando, medio corriendo, cruzó la calle para atraparla. Cuando

atrapó las noticias fugitivas —cabe esperar que la princesa Beatriz no se mareara durante el viaje—, se volvió y, en vez de regresar enseguida conmigo, se detuvo un instante y se quedó mirándome mientras yo seguía sentada en la escalera de acceso a Lapis Lazuli House.

—No se mueva.

—¿Que no me mueva?

Una orden que me hizo estornudar de inmediato.

—Muévase si quiere, pero no se levante de aquí. Enseguida vuelvo.

Se dirigió a la puerta de Lapis Lazuli Minor, entró y, pasados unos minutos, reapareció con una de sus cámaras colgada del hombro y cargando en la otra mano con algún tipo de equipo. Sin decir palabra, cruzó de nuevo la calle y empezó a preparar la foto. Lo observé, entretenida.

Durante el tiempo que le llevó a Pierce prepararse para capturar la escena, Teobaldo salió por la puerta abierta de Lapis Lazuli Minor, bajó saltando los peldaños, caminó como solo un gato puede caminar por la acera y subió a la escalera de Lapis Lazuli House para sentarse a mi lado.

Y, justo en aquel momento, Pierce, que había desaparecido debajo de la tela negra de la cámara, levantó el flash y dijo:

—Si le pillo poniendo cara seria, Emma…

Eso me hizo sonreír. Y entonces dijo:

—¡Quieta!

Y disparó la fotografía.

Teobaldo no se mostró impresionado, solo un poco sorprendido cuando se encendió el flash, así que lo cogí en brazos y le acaricié la

carita con la nariz. Me parece que no se decidía del todo entre ronronear o quejarse porque lo estaba fastidiando. Durante el tiempo que tuve cautivo a Teobaldo, Pierce cargó de nuevo la pólvora en el flash y, sin previo aviso, tomó una segunda fotografía justo en el momento en que una golondrina se lanzaba en picado delante de mí y Teobaldo saltaba a por ella.

Teobaldo desapareció hacia el pequeño jardín lateral de la casa persiguiendo a la desdichada ave.

—¡Esto ha sido condenadamente brillante! —oí que decía Pierce desde el otro lado de la calle.

—¡Pero si no se verá más que una mancha borrosa!

Pierce se encogió de hombros. Un gesto similar a muchos de sus movimientos, como si lo hubiera comprado a la humanidad y fuera su único propietario. Ah, Niall Pierce se apropiaba de fragmentos de la vida sin ni siquiera ser consciente de ello.

—Confío en la casualidad —declaró.

—Pues yo no lo haría —repliqué—. La casualidad me ha metido en más aprietos de los que quisiera contar.

Pierce sonrió, recogió la cámara y vino hacia mí, intentando no descansar el peso de su cuerpo sobre la pierna mala.

«¿Duele?», me habría gustado poder preguntarle.

No lo hice.

Pierce subió a guardar la cámara, volvió, se sentó de nuevo y empezamos los dos a leer el resto del periódico y a charlar de cosas intrascendentes mientras iba avanzando la tarde.

31 de agosto

No me extraña que esté agotada.

Tienen más de tres centímetros de grosor. Los dos últimos meses de mi diario.

He subido a sentarme a Primrose Hill en busca de la soledad y del aire fresco que Londres está recibiendo, ¡por fin!

Esta noche es la cena en casa de lady Trewartha.

Teniendo en cuenta que La Temporada impuesta por tía Eugenia finaliza con el baile de la duquesa de Bedford, estoy intentando decidir…

Cielos. Pero mira quién está aquí.

Cualquiera pensaría que me han echado un maleficio.

Lo cual es de lo más injusto, puesto que no he profanado ni una sola tumba egipcia… que yo sepa.

Más tarde

Se sentó sin que yo lo invitara a hacerlo. Algo que le recordé cuando me preguntó, a modo de desquite:

—¿Es su diario *personal*, señorita Lion?

—Podría ser, Islington.

—Entonces, podría exigirle que me lo entregara.

—Desde luego que no.

—¿Y qué es esa sección que sostiene entre los dedos con una expresión tan obstinada?

—Podrían ser, o no, los últimos dos meses, los más complicados

de mi vida.

Islington arqueó una de sus ducales cejas.

—¿Todo eso? ¿Julio y agosto? O bien sus veranos son mucho más extraordinarios que los míos o bien tiene en muy alta estima sus idas y venidas.

—¿Islington?

—¿Sí?

—He mutilado a hombres inferiores a usted.

Mi comentario provocó una carcajada y un inesperado lapsus en la expresión formal que Islington suele utilizar cuando me dirige algún comentario punzante.

—Me alegra saber que todavía existen hombres a los que considera inferiores a mí.

—Tiene usted sus cualidades.

—Parece que le resulta doloroso admitirlo.

—No lo es. Sé que está usted en posesión de algunas de ellas, la mayoría de las cuales quedan reflejadas con claridad en su forma de escribir única. Sigo aún preguntándome cómo aprendió algo así.

El aspecto de Islington no se alteró ni una pizca: ni un pelo agitado por la brisa, ni el más leve movimiento de un dedo, solo una leve contracción alrededor de los ojos.

—Mi hermana y yo. Nos apasionaba la idea de tener una caligrafía peculiar.

—¿Y por eso se inventó una caligrafía propia?

No respondió.

Permanecimos sentados sin decir nada durante más de medio minuto, hasta que por fin preguntó:

—¿Por qué complicados?

—¿Perdón?

—Ha dicho que los dos últimos meses han sido complicados. ¿Lo dice por su primo?

Me recosté en el respaldo del banco y miré hacia Londres. ¿Se puede confiar en los Islington? ¿Para qué podrían servirme exactamente? Por lo que parece, me ha tocado uno, así que debería averiguarlo. Ser duque descarta determinadas posibilidades, pero ya tengo un fotógrafo afligido para los problemas de la vida real y un sinvergüenza, Jack, por si acaso necesito algo ilegal. De modo que la pregunta sigue ahí: ¿qué se puede hacer con un Islington? Dejé la pregunta de lado para su posterior estudio y me centré en las generalidades.

—Sí, no —respondí de modo evasivo—. Entre otras cosas.

Seguimos sentados.

Reflexioné sobre la Gran Pregunta de Islington.

Y entonces Islington se levantó.

—Hasta esta noche.

—¿Esta noche?

—Ha recibido una invitación para asistir a la velada de lady Trewartha, ¿verdad?

—Así es.

—Pues entonces repito: hasta esta noche.

Y se fue.

Cuando lo vi marchar, dos pensamientos se entremezclaron en mi mente. El primero, una defensa contra su desprecio con respecto a la efusividad con la que me explayo en mi diario. (¿Efusividad? Creo que no. Han sucedido muchas cosas sobre las que escribir. No es mi problema que los julios y los agostos de Islington no tengan nada de

especial. Porque en mi caso sí que han sucedido muchas cosas dignas de mención. Y si tuviera que insertar notas a pie de página en el relato de mi vida —sí, he estado tentada—, insertaría una ahora mismo que dijera: Islington no es precisamente un gran ejemplo de brevedad en sus escritos, y puedo dar fe de ello).

¿En qué más estaba yo pensando…? Ah, sí, en la segunda cosa que me vino a la cabeza. Mi espécimen Islington en particular parece disfrutar de gran manera tratando todas nuestras conversaciones como si fuesen un combate de esgrima. Sutil, sí, y con una dignidad tan rígida como el cuello de su camisa, pero como un duelo, al fin y al cabo.

Cuando se va, siempre tengo la sensación de quedarme con una espada en la mano.

Tendré que acordarme de llevar una a la cena.

Más tarde

Acabo de volver de casa de Lady Trewartha.

Son casi las tres de la mañana.

Supongo que no tiene ningún sentido escribir una introducción al asunto. Creo que simplemente tengo que dejar constancia de lo sucedido de la mejor manera que lo recuerde todo, para luego, en un par de días, cuando mi dolor de cabeza —itemplanza, tonta, templanza!— haya desaparecido, intentar analizarlo a fondo.

Seguro que olvidaré muchos detalles, pero mejor será que lo intente. De lo contrario, resultaría imposible entender cómo acabó una noche tan extraordinaria.

Alquilé un cabriolé precioso para que me llevara hasta Baron’s

Square. No es un recorrido muy largo a pie, pero es todo subida y no me apetecía llegar a la cena de lady Trewartha en un estado poco favorecedor. De todos modos, seguía sin tener idea de por qué había sido invitada.

¿Cuándo se enteró Archibald, a través de Parian, de que yo había sido invitada?

Sigamos.

Con el alboroto, nuestro vecino, el señor Johnston, se apresuró a venir a casa por si podía ser de alguna ayuda. Cuando vio que no se había producido ningún asesinato, decidió intentar calmar al anciano. Creo que le prometí al señor Johnston que, si su esposa no conseguía quitar la mancha de mermelada de frambuesa de la tostada que el primo Archibald le había lanzado, le indemnizaría con el importe de una camisa nueva.

Me llevó una hora decidir qué ponerme. Agnes sugirió el vestido brillante que había lucido para asistir al baile de los Bedford.

Emma M. Lion sintió tentaciones de hacerlo.

Sin embargo, no estaba del todo segura de que fuera lo más apropiado. La invitación no sugería nada de baile, solamente cena y entretenimiento. Y no me apetecía sobresalir antes de saber si debía pasar lo más inadvertida posible.

Me decidí por el azul medianoche.

Agnes me ayudó a dominar mi cabello rebelde.

Y, aunque no quedó domado del todo, tampoco parecía salvaje. Tres hurras por ello.

El cabriolé me dejó en la puerta de casa de lady Trewartha. Alguien con librea me abrió la puerta de entrada; alguien con librea me

condujo hasta un enorme salón de recibir. Mi estrategia era muy simple: divertirme al máximo sin necesidad de tener que contar con compañía. Parecía sensato. Parecía posible.

En aquel momento, deseé que mi amiga Saffronia March ya estuviera de vuelta en casa, porque, al tratarse de una de las personas más interesantes de St. Crispian's, a buen seguro habría sido invitada.

La estancia estaba llena de ellos. De ricos. De interesantes.

Y yo no soy ninguna de las dos cosas.

Nuestra anfitriona, según mi ojo experto, estaba ausente.

¡Pues vaya!

Me armé de valor y, sorprendiéndome a mí misma y agradeciendo para mis adentros a tía Eugenia los conocimientos sobre el funcionamiento de la alta sociedad que me había inculcado, atravesé el salón sonriente y sin cruzar palabra con nadie, mirando a los presentes como si yo Perteneciera a ese mundo.

Un rincón en el lado opuesto se convirtió en mi refugio —menos luces, más sombras— y me instalé allí dispuesta a observar a los demás animales de aquel reino improvisado.

Y entonces me alcanzó el aroma de la tormenta sobre el horizonte. ¿Quién entró en aquel momento en el salón? Nada más y nada menos que Niall Pierce. Que al parecer se mueve a lo alto y a lo ancho de los estratos sociales más inesperados de Londres. Estaba imponente, y su cojera era todo lo invisible que podía llegar a ser. Los reunidos en la sala se volvieron como si acabaran de percibir el cambio en el ambiente, la alteración de la presión del aire a su alrededor.

Sonreí.

Pero, en lugar de que la estancia quedara sometida a su influencia climática, se produjo un fenómeno extraño. Su presencia, pareja a la de una nube gris, generó un orden inesperado, como si estuviera plasmada en el cuadro de un naufragio en plena tormenta para que el público lo admirara.

Y vaya si lo admiraron.

Entonces apareció nuestra anfitriona e hizo las presentaciones. Más alto que casi todos los presentes, Pierce respondió con gestos de asentimiento y medias sonrisas, educadas y amables, tal y como requerían las circunstancias.

Dónde había aprendido a hacer todo eso, nunca lo sabré.

Al final levantó la vista, sintiéndose observado por alguien más que simples desconocidos, y me descubrió en mi rincón. Como una espía.

Las arruguillas envolvieron sus ojos.

Sonreí.

Era agradable ser descubierta por un amigo.

Después de algunos intercambios más, Pierce buscó también refugio en mi rincón.

—Un placer —dije.

—Un placer, efectivamente.

—¿Cómo es que ha acabado en la casa de fieras de lady Trewartha?

Los dedos de su mano se crisparon, como si anhelara estar sujetando una copa.

—Le hice un retrato a primeros de mes. Me recomendó el amigo de un amigo. Y, cuando se enteró de que vivía en St. Crispian’s, me envió una invitación. ¿Y usted?

—No tengo ni idea. No imaginaba siquiera que supiera de mi existencia. No soy un personaje Interesante, como sí lo es usted. Y lo más cerca que he estado de la guía *Debrett's* —en cuya clasificación lady Trewartha ocupa un lugar más que relevante— fue cuando tenía nueve años y me puse de puntillas sobre uno de sus ejemplares para espiar a Roland.

—Quizá es que piensa ofrecerle en el altar de St. Crispian's. El sacrificio de una virgen para garantizar buenas cosechas y fantasmas romanos.

—¡Ja! —Y entonces empecé a preocuparme ante la posibilidad de que tuviera razón—. ¿Cree que va a disfrutar de la velada? —dije.

—Será como tantas otras, y me aburriré agradablemente.

—Esto es St. Crispian's —le advertí—. Y espero que no tenga razón. Hagámonos con este rincón y defendámoslo ante los hunos hasta que llegue la hora de la cena.

Debo mencionar de nuevo que Pierce estaba impresionante vestido de gala.

Y así se lo hice saber.

—Gracias. ¿Puedo devolverle el cumplido?

—Por supuesto.

Fue entonces cuando vi el fantasma de los mediodías pasados.

Islington. Sus espléndidas facciones apenas se alteraron mientras estrechaba manos con educación. No hacía falta poseer una inteligencia extraordinaria para darse cuenta de que estaba avanzando hacia mí.

—Ay, Dios mío —dije en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó Pierce.

—Más bien «quién» pasa. Un amigo mío.

Pierce se paró un momento a pensar y dijo a continuación:

—¿Siempre anticipa la llegada de sus amigos con tanta agitación?

—Solo la de aquellos que me desaprueban —respondí.

Pierce, pasándoselo evidentemente en grande, entrecerró los ojos y sonrió.

—Debe de ser entonces la mayoría, ¿no?

Islington llegó sin que me diera tiempo a dar una réplica digna del Antiguo Testamento.

—Señorita Lion —dijo evaluándome fríamente con la mirada.

—Hola, Islington. No era consciente de que se exhibiera tan a menudo en público. Dos veces en un mismo día.

Islington no replicó, sino que simplemente intentó hacerme sentir incómoda.

Recurrí a las buenas maneras para salir airosa de la situación.

—¿Me permite presentarle al señor Pierce? Señor Pierce, el duque de Islington.

Se estrecharon la mano.

Y entonces de forma muy varonil:

—Llámeme Islington, por favor.

—Por supuesto. A mí se me conoce como Pierce.

Y en ese momento Islington obró una especie de milagro. Me dejó sorprendida.

—¿Pierce? ¿Niall Pierce? ¿El fotógrafo?

Pierce confirmó su identidad con un gesto de asentimiento, e Islington, nada menos, se mostró impresionado.

—Soy admirador de su trabajo desde hace tiempo.

Y volvió a tenderle la mano, como si un segundo apretón fuera a servirle para transmitir la admiración que sentía.

Pierce se la estrecho y dijo:

—No es un comentario de los que se oyen todos los días.

—No digo que su trabajo sea cómodo. Pero sí que es una de las exposiciones más memorables que he visto nunca.

—¿Cuál fue la que vio?

—La de París, en el 81. Me habría gustado hablar con usted, pero no estaba, ah, disponible.

(Ahí estaba su «ah». Un arma terrorífica).

Pierce se echó a reír.

—Si, efectivamente. Una forma amable de decir «indispuesto».

La sonrisa de respuesta de Islington fue irónica.

—Así es.

En aquel momento sentí una pizca de… ¿nerviosismo? ¿Alegría? ¿Pánico?

Su extraña conexión resultaba de lo más entretenida.

Aunque no estaba en absoluto segura de si quería que se produjera.

¿Por qué no?, me pregunté.

Me rondaba todo esto por la cabeza cuando Islington le dijo a Pierce:

—¿Va a quedarse en Londres mucho tiempo?

A lo que Pierce respondió:

—Justo acabo de montar un estudio. Retratística.

—¿Ya no ejerce de fotógrafo de guerra?

—Sigo teniendo intención de cubrir las campañas, de pasar algunos meses del año aquí y allí, pero he pensado en centrarme en algo más ordinario. Y quizá echar raíces.

—Es comprensible. ¿Dónde se aloja?

—Aquí en St. Crispian's, de hecho. Le alquilo Lapis Lazuli Minor a la señorita Lion. Es mi casera.

Su casera.

Eso fue lo que me llamó.

Lo cual sonaba a mujer muy madura: cuarentona, gorda y coloradota.

Pierce se dio cuenta de que yo levantaba una ceja y tuvo la elegancia de sonreír y levantar también una.

Entretanto, Islington me estaba estudiando como si yo fuese la principal sospechosa de un asesinato.

Una vez asimilada la información con respecto a mi papel en la vida de Pierce, dijo, quizá con cierta sequedad:

—Todos los caminos conducen a Roma.

Lo que hay que oír.

—Ya le advertí de que el destino tiene sus propios planes conmigo, Islington.

—Aun así, me pregunto si sus diabluras gobiernan incluso al destino.

—No, qué va. Eso sería demasiado descabellado para mí. Pero estoy empezando a desconfiar de todo esto —repliqué—. Piense lo que le apetezca pensar.

Fue en aquel momento cuando lady Trewartha tomó el control del salón de un modo para nada convencional. Porque, en vez de utilizar el típico gong para llamar a la cena, dio una palmada.

—Bienvenidos, amigos —dijo—. Tenemos una larga noche por delante… Ya lo he visto, general Braithwaite… Y prometo diversión para todos. Y ahora, sin más preámbulos, síganme hacia el invernadero.

Esperaba que el duque fuera uno de los primeros en abandonar la estancia, pero se quedó con Pierce y conmigo mientras los demás invitados salían en tropel. Me mordí la lengua, porque me entraron unas ganas tremendas de mofarme de él por estar mezclándose con las masas inmundas.

—Pierce, ¿por qué vamos al invernadero? —pregunté en voz baja.

—Sospecho que es allí donde encontraremos el altar sobre el cual va a ser usted sacrificada —respondió.

Islington debió de oírnos, puesto que miró de reojo a Pierce.

—¿Acaso van a sacrificar a la señorita Lion por nosotros?

—Por la reina y por la patria —respondió Pierce arrastrando las palabras.

—Quizá los dioses preferirían un alma más contrita —añadió Islington.

—En ese caso, debería ser usted el que subiera al altar, Islington —dije—. No me cabe duda de que los dioses estarían encantados de aceptarlo.

El comentario suscitó una sonrisa inesperada.

El invernadero era un lugar encantador aquella noche de verano, lleno a rebosar de palmeras y helechos, con velas por todas partes y mesas redondas para cuatro o cinco comensales distribuidas por todo el espacio. No había tarjetas para identificar cada asiento con el correspondiente invitado. En su lugar, lady Trewartha estaba en el umbral y nos enviaba a cada uno ~~a un asiento asignado~~ a nuestro destino, creando de ese modo experiencias gastronómicas más reducidas e íntimas.

Muchos de los presentes eran amigos de toda la vida, acostumbrados a ese tipo de arreglos. Había, por ejemplo, una mesa

con cuatro mujeres que no paraban de reír, mientras que sus respectivos y sonrientes esposos ocupaban una mesa en el otro extremo del invernadero. Un alivio evidente para ambas partes.

Al ir yo flanqueada por Islington y Pierce, que estaban hablando de nuevo de la exposición de París del 81, lady Trewartha nos saludó, nos miró de arriba abajo y proclamó:

—Islington, ¿conoce usted al señor Pierce?

—Acabamos de conocernos, aunque admiro desde hace tiempo su trabajo.

—¿De verdad? Pues yo acabo de descubrir a nuestro nuevo residente, y debo decir que estoy encantada con los retratos que me ha hecho. Debe verlos antes de marcharse. ¿Por qué no se sientan los dos en esa mesa de allí, con la señora Rushton y su hija? Están muy metidas en el mundillo artístico de Londres y les aseguro que no son para nada tontas. Espero que ambos disfruten de su compañía y de su considerable encanto. Pueden pasar.

Y les indicó con un gesto que avanzaran.

Hacia la señora y la señorita Rushton.

De las cuales no sé nada excepto lo siguiente:

La señora Rushton es una mujer atractiva.

La señorita Rushton es una joven muy guapa.

Ambas parecían ser una frustrante combinación de inteligencia y belleza.

Pierce tuvo la elegancia de volver la vista atrás, hacia donde yo me había quedado, un poco abandonada.

Y me sentí…, bueno, ¡indignada!

Ofendida, podría decir, después de haber sido privada de mi compañía.

Y pensé, levantando la barbilla en un gesto de desaprobación a lo lady Eugenia Spencer, que vivimos en un mundo ingrato.

Lady Trewartha se volvió entonces hacia mí. Sus rizos oscuros estaban veteados en plata, y sus pómulos altos y sus ojos violetas le brindaban un aspecto de vitalidad inagotable. Era una mujer guapa.

—Señorita Lion, debe de estar pensando que soy de lo más descortés, puesto que Islington es una compañía soberbia y su señor Pierce es diabólicamente atractivo. —¿Mi señor Pierce?—. Sin embargo, tengo pensado algo que creo que le resultará tremendamente divertido. Permítame que la envíe a esa mesa de allí.

Señaló hacia la esquina más alejada, donde había una mesa dispuesta para una decena de personas flanqueada por palmeras y candelabros. Solo que no había nadie sentado a la mesa. Lo único que se veía era un deslumbrante despliegue de plata, cristal y nada más.

—Por mucha estima en la que tenga mi propia compañía, lady Trewartha… —empecé a decir.

Mi anfitriona se echó a reír.

—Ah, señorita Lion, hace usted honor a sus padres. No, me disponía a invitarla a refrescarse antes un poco en el tocador. Dedíquese unos momentos y, si voy con el horario adecuado, cuando regrese encontrará una compañía que vale mucho la pena. Le he dado mi lugar favorito. Adelante.

Tan dubitativa como santo Tomás, hice lo que se me ordenaba.

Fui al tocador, me refresqué lo mejor que pude, me di cuenta de que mi pelo rebelde había logrado liberarse de algunas horquillas (lo que me proporcionaba el aspecto de una heroína de la década de

1830), desistí de intentar peinarme mejor, cogí una revista, leí un artículo sobre una mujer que había desfalcado cuarenta mil libras de la sociedad de beneficencia a la que pertenecía (¡cuarenta mil libras!) y volví al invernadero.

Debo reconocer que estaba nerviosa ante la idea de que la mesa fuera a estar visiblemente vacía cuando volviera y que las damas Rushton —con su exaltado gusto por el arte— me miraran a través de sus anteojos de ópera (por qué razón deberían llevarlos en una cena formal, ni idea, pero mi imaginación los consideró un detalle adicional justificado) y se rieran al ver que me sentaba sola.

Mi perdición parecía segura.

Sin embargo…

Cuando volví al invernadero, vi que mi mesa estaba de lo más concurrida.

Por hombres.

Hombres jóvenes.

Muchos.

Un pequeño esfuerzo de memorización me sirvió para ubicar la cara de cada uno. La Última Fila de los Servicios Religiosos Selectos, conocida también como el Grupo de Traitors Road. Los amigos del Joven Hawkes de sus tiempos en Cambridge.

Un mayordomo apareció a mi lado y dijo:

—Señorita Lion, ¿me permite que la acompañe a su asiento?

—Oh, sí, por supuesto.

Lo hizo, y el bullicio —que posteriormente supe que era lo que en Cambridge se entendía como «conversación general»— continuó a mi alrededor mientras el mayordomo me retiraba la silla, me ayudaba a tomar asiento y luego me abandonaba en aquel cubil de

varones eufóricos. Los había sentados, los había de pie, y absolutamente todos estaban hablando de algo. Les llevó un momento percatarse de que me había sentado a la mesa.

—¡Oh! ¡Hola!

—¡Por Júpiter! ¡Una fémina!

—¡Estupendo! ¿Qué tal está usted?

—¿Alguien sabe cómo se llama?

—Basta con que se lo preguntes. La tienes sentada aquí mismo.

—No puedo. Perdí una apuesta con Foxy y me está prohibido hablar con cualquier mujer hasta el 7 del mes que viene.

Risas. Y entonces el tipo sentado a mi derecha me tendió la mano y dijo:

—Striker, a todos los efectos. ¿Y usted es…?

—Tengo aún por decidir si voy a revelar esa información —respondí.

—¡Bravo! —gritó un joven que estaba con un pie apoyado en su silla, el otro en el suelo y un cigarrillo colgando de la boca.

—¿Un juego, pues? —dijo Striker—. Nos gustan los juegos. Tendremos que averiguar por nuestra cuenta quién es usted. Y, entretanto, permítame presentarle a mis amigos. El de su izquierda es Capper. Luego tenemos a Quality Jones, Sargent, El Chico, Mastiff, Charlie Cross, Odiseo, Guardián de la Noche y yo, Striker. Colectivamente se nos conoce como El Billete de Diez Libras y, más formalmente, como Los Diez Réprobos.

Cuando hubo terminado la presentación, yo ya había abandonado cualquier expresión que no fuera de absoluto deleite. Era imposible no estar encantada.

—¿Los Diez Réprobos? —repuse—. Pero si solo son nueve.

—No, qué va, tenemos uno más.

—¿Y quién es? —pregunté.

—¿Quién es? —repitió el Guardián de la Noche—. Pues no puede ser otro que el mejor…

—El más original…

—El honorable…

—El único e inigualable…

Y entonces todos dijeron al unísono:

—¡El Formidable Nigel Hawkes!

Y los vítores de alegría que siguieron a aquello provocaron dos cosas. En primer lugar, que todos los demás invitados levantaran la cabeza por encima de las plantas que los rodeaban para mirar hacia nuestra mesa y que entonces, al ver quiénes eran, retomaran sus conversaciones más educadas. Y, en segundo lugar, como si estuviéramos siendo partícipes de una disparatada sesión de espiritismo, que el Joven Hawkes en persona hiciera su entrada en el invernadero. Lo que provocó más vítores desde nuestro rincón.

Me dio la impresión de que el Joven Hawkes se sentía algo incómodo siendo el foco de todas las miradas, pero sus ojos brillaron cuando fue recibido por lady Trewartha, que lo envió hacia nosotros. Tomó asiento en la silla vacía situada entre Mastiff y Charlie Cross y me saludó con una breve inclinación de cabeza desde el otro lado de la mesa.

—Nada de revelar su nombre, Formidable Nigel Hawkes —le ordenó Striker—. Tenemos que adivinarlo.

Hawkes no dijo nada y se recostó en su asiento.

—Mi pregunta es —dijo Sargent—: ¿quién es esta joven dama para ser enviada a La Mesa de los Réprobos?

—¿Es así como se la conoce oficialmente? —pregunté—. ¿La Mesa de los Réprobos?

—Sí.

—Por supuesto.

—¿Cómo debería ser conocida si no?

—¿Por parte de ustedes o por parte de la anfitriona? —insistí.

—Por ambas partes —repuso Striker.

Hawkes carraspeó y jugó con el borde de su servilleta.

—Se la conoce, efectivamente, como La Mesa de los Réprobos.

Maravilloso.

Una etiqueta pública para mi persona. El sueño del primo Archibald hecho realidad.

—¿Por qué razón nuestra mujer misteriosa ha sido enviada a sentarse entre nosotros? —le preguntó El Chico a Hawkes.

La expresión de Hawkes dejó claro que no le quedaba otra que dar una explicación.

—Porque sus hazañas hacen que todos vosotros, caballeros, parezcáis unos colegiales.

Se oyó una exclamación generalizada de incredulidad y el escepticismo de mi rostro llevó a Hawkes a esbozar una discreta sonrisa. Levantó entonces la mano con aire de inocencia.

—Su primo me confiesa muchas cosas cuando voy a visitarlo. He oído hablar sobre una escapada con temática *Jane Eyre* que tuvo lugar justo hace dos semanas.

—¡Es imposible que mi primo sepa algo de eso! —exclamé.

Hawkes me lanzó una mirada desafiante.

—Quizá sí. Quizá no. Tal y como me lo describió, era todo muy fantasioso. Las palabras que me vienen a la cabeza son: sin

carabina, con compañías de dudosa reputación, allanamiento de morada, administración de fármacos a inocentes, robo y… regodeo, si acaso el relato es cierto.

Me quedé boquiabierta.

¿Cómo era posible que el primo Archibald supiera todo eso?

¿Cómo?

Un murmullo de aprobación recorrió la mesa y uno de los jóvenes —creo que era Charlie Cross— dijo:

—Caballeros, estamos ante la presencia de la grandeza.

Y guardaron un momento de silencio en mi honor, con la cabeza inclinada y las manos abiertas en señal de admiración. Me sentí casi como una diosa egipcia rodeada de sus acólitos.

Hawkes fue la excepción destacada, por supuesto. Permaneció sentado con expresión santurrona, dejando lo del culto pagano para sus colegas.

Fue un espectáculo tan impresionante que el invernadero entero tomó debida nota.

Niall Pierce, desde su remoto rincón en la tierra, me miró y arqueó una ceja al ver la escena. Me encogí de hombros.

Me sonrió.

La expresión de Islington estaba entre la diversión y la desaprobación. Imposible saberlo.

—Ya es suficiente, Réprobos —les ordené—. ¿Piensan destruir mi reputación por completo?

No lo hicieron.

Y el orden quedó restaurado.

Sirvieron la cena.

Siete platos.

La conversación fue una mezcolanza absurda de bromas y opiniones.

Los intentos de adivinar mi identidad enseguida fueron degenerando y se transformaron en una descarga de nombres para ver si acertaban.

—¡Mable!

—¡Catherine!

—¡Violet!

—No, Violet, no, tonto. Más bien parece una Cassandra.

—¡Eloise!

—¿Elizabeth?

—¡Agatha!

—¿Agatha? —cuestioné yo.

Hawkes, claro está, se mantuvo al margen del juego y permaneció concentrado en el plato que tenía delante; su pelo desgreñado lucía un aspecto espléndido a la luz de las velas.

Los Diez Réprobos no tardaron mucho más en darse por vencidos y decidieron llamarme María, reina de Escocia. Comenzaron entonces los comentarios relacionados con los asistentes a la velada. Fueron mesa por mesa, haciendo pullas humorísticas y, de vez en cuando, totalmente indecorosas.

Cuando Los Réprobos llegaron a la mesa de Islington y Pierce, no dijeron nada sobre las mujeres, pero elogiaron al duque.

—No tengo ni idea de quién puede ser ese otro tipo —dijo El Chico—, pero Islington es el paradigma del hombre soltero. Rico. Atractivo. Un as en las cartas. Siempre elige el caballo ganador. Lo invitan siempre. Agrada a todo el mundo. Y curiosamente se muestra distante de todo.

—Es el hombre que seríamos de no sentirnos tan felices siendo nosotros mismos —dijo un sonriente Striker.

—Pues yo sería él sin pensármelo ni un segundo —murmuró Mastiff.

El Chico rio y se pasó el cigarrillo sin encender de una mano a otra. Los demás se lo tomaron con filosofía, riéndose de sí mismos.

Intenté con todas mis fuerzas no reírme y entonces, cuando miré a Hawkes en busca de conmiseración, me lo encontré recostado en su silla, con los ojos cerrados, los brazos cruzados sobre el pecho y aparentemente ajeno a todo.

Fue durante el postre cuando vi que Islington se acercaba a nuestra mesa.

Striker soltó un silbido y la atención de todos Los Réprobos siguió la señal. Comenzaron los murmullos.

—¡Semidiós!

—La leyenda.

—Vale su precio en oro.

—Por Júpiter. ¡Viene hacia aquí!

Hawkes abrió los ojos, tomó nota en silencio del estado de veneración absurda que se había apoderado de todo el mundo, me ofreció un único gesto de asentimiento, como si quisiera darme a entender que aquello era de lo más normal, y volvió a cerrar los ojos.

Islington se dirigió a mí.

—Nuestra anfitriona me ha encargado que le pregunte sobre sus talentos musicales, señorita Lion. —Y añadió a continuación con cierta malicia—: ¿Tiene alguno?

Al oír la mención de mi nombre, un quejido generalizado recorrió

la mesa. El abatimiento quedó plasmado en todas las caras.

Islington posó la mirada sobre Los Réprobos con cierto aire de desdén.

—Les ha arruinado la diversión, Islington —dije—. Llevan casi dos horas intentando adivinar mi nombre.

—A los tontos el entretenimiento les dura poco —replicó Islington con un tono que me pareció bastante frío.

El Joven Hawkes murmuró un silencioso «amén».

—¡Pero aún nos queda por adivinar su nombre de pila! —intervino Quality Jones.

Se oyeron vítores.

Islington, sabiendo perfectamente bien lo que estaba haciendo, dijo entonces:

—¿Y bien, Emma?

Los Réprobos emitieron una segunda ronda de quejidos.

—La verdad es que es usted un auténtico aguafiestas, Islington —dije.

Su mirada de color avellana me dio a entender que no le importaba en absoluto.

—No demore mi encargo, señorita Lion —dijo Islington presionándome—. ¿Usted? ¿Su habilidad musical? ¿Coinciden ambas alguna vez?

—Solo en lo referente al aprecio de la una por la otra, me temo.

—Muy bien, pues. Llevaré mi informe a nuestra anfitriona —replicó Islington. Miró con seriedad a todos los sentados alrededor de la mesa—. Unas palabras de advertencia. Si alguno de estos chistosos intenta persuadirla para que apueste algo de valor jugando al whist, no pierda el tiempo. Juegan como tontos y siempre

apuestan de la misma manera. Con la excepción de Hawkes, evidentemente.

En cuanto se alejó de la mesa, Los Réprobos estallaron en carcajadas.

—El tipo más genial de St. Crispian's, sin contar a Hawkes el Zorro, por supuesto.

—Un hombre con mayúsculas.

—Brilla con luz propia.

—¡Y parece que conoce bien a nuestra María, reina de Escocia!

—Emma —dijo Capper corrigiendo a su amigo. ¿O era Sargent? —. Emma Lion.

—*Señorita* —subrayó el Guardián de la Noche.

—Para ninguno de vosotros es una *señorita* —dijo Hawkes con los ojos todavía cerrados.

Striker tomó la iniciativa.

—La señorita Lion es conocida de Islington, divertida, encantadora y, según ha referido el Formidable Nigel Hawkes, tiene su propio historial de proezas. ¡Creo que hemos encontrado una Lady Marian!

Se oyeron vítores.

Hawkes abrió los ojos. Cruzó una mirada con Striker y negó con la cabeza.

—¿No? ¿Y qué tal una Scheherazade?

Hawkes indicó de nuevo que no.

—¿Por qué no Lady Marian? —pregunté, pero nadie me oyó.

—¿Una María Tudor, la reina sanguinaria?

Esta vez, Hawkes levantó ambas cejas en un gesto de desaprobación.

—¡Si no es la reina sanguinaria, a buen seguro que es una Leonor de Aquitania! —declaró Quality Jones.

Hawkes no se mostró disconforme.

—¿Aquitania? —dije, muy confusa.

Pero Charlie Cross me interrumpió.

—Caballeros. Hemos encontrado nuestro penique de la suerte. Una auténtica L de A, la señorita Emma Lion. Todos los que estén de acuerdo que digan «sí».

Hubo nueve síes.

Hawkes no votó.

—Venga, Hawkes.

—Me abstengo por ser el líder espiritual de la señorita Lion.

—Ah, sí.

—Un tema un poco delicado.

—¿Te refieres a que porque ella es… A que tú… Y si…?

—Exactamente —dijo el Joven Hawkes.

—¡En ese caso, hay unanimidad!

—¿Y yo no tengo voto? —objeté—. No pienso ser una L de A para nadie sin conocer las consecuencias.

—Lo sentimos. Estas cosas son solo para miembros.

Justo en aquel momento, lady Trewartha invitó a todos los presentes a pasar a la sala de música.

Cuando me levanté, Los Diez Réprobos —un caos de gritos y risas — se levantaron también y fui transportada por el invernadero en medio de todos ellos.

Hawkes desapareció. Y, debo dejar constancia, ya no volvió a aparecer en toda la noche.

Al llegar a la puerta, me sacaron de allí.

No sé muy bien cómo lo hicieron, pero Pierce e Islington estaban cerca del umbral, con las manos en los bolsillos, hablando de alguna cosa, y uno de ellos simplemente extendió el brazo y me arrancó de en medio del grupo de «los paganos con los que había cenado», y aquí cito literalmente a Islington.

—Hola, Emma —dijo Pierce en cuanto me encontré a su lado—. Evidentemente, puede seguir con sus eufóricos compañeros, pero a Islington y a mí nos gustaría también solicitar su compañía. ¿Le agradaría sumarse a nosotros para la parte musical?

Miré hacia la sala de música con cierta sensación de alivio.

—Son encantadores en pequeñas dosis. Como una camada de cachorros, cabría pensar.

—No se haga una imagen muy romántica de ellos —murmuró Islington.

Encontramos un sofá hacia el fondo. Había espacio suficiente para que todas las damas y la mayoría de los hombres permanecieran sentados, así que de alguna manera terminé sentada en el medio, con Pierce e Islington flanqueándome.

Fue una velada curiosa, una especie de revista musical. Varios intérpretes excelentes, incluyendo un pianista profesional —el momento culminante de la noche— y un número de lo más estrafalario interpretado por Los Diez Réprobos dedicado a una servidora.

—¿Por qué la llaman Leonor de Aquitania? —preguntó Pierce en voz baja.

—Porque soy su Penique de la Suerte —respondí, como si fuese lo más natural del mundo.

La música continuó, o eso creo, puesto que me quedé adormilada

hasta que me despertó Pierce, cuyo hombro había pedido prestado.

Pero ¿se había acabado la velada? No. Porque después hubo juegos, bebidas y conversaciones de todo tipo. Muchos «¡Cielos! ¿Nos conocemos?» y «Ah, mira, veo por allí a lady tal y cual».

El general Braithwaite me reconoció y monopolizó una buena cantidad de mi tiempo. Islington fue invitado a ver el retrato de lady Trewartha, algo que yo esperaba no perderme. Pero oh, desventura. El general había decidido contarme la historia completa de su tercera década. Y entonces observé que la señora y la señorita Rushton habían conseguido llegar al lado de Pierce una vez más.

Por regla general, la antipatía debería basarse en algo más que el simple hecho de que una persona esté hablando con tu amigo.

Por regla general.

Aunque quizá no sea una regla inflexible.

La velada llegó a su fin. Y poco después, bostezando, me encontré de nuevo en la compañía de Islington y Pierce (que ahora estaban hablando de fotografía y deporte) y despidiéndome de lady Trewartha.

Salí por la puerta principal, descendí la amplia escalinata blanca y me despedí de los demás invitados, que regresaban a su casa en Baron's Square, o que bajaban hacia Sterling Street y otras zonas de St. Crispian's.

Islington y Pierce estaban hablando de alguna cosa cuando Los Réprobos se congregaron a mi alrededor y se despidieron de mí besándome la mano.

—Buenas noches, Penique de la Suerte.

—Feliz noche, señorita Lion.

—Dígale a Islington que es la Royal Mile, la calle más importante

de Edimburgo.

—Adiós, L de A.

—¡Buenas noches! —les dije a todos. (Presumo que no volvieron a casa, sino que se fueron a algún club a jugarse una suma tremenda).

Tenía la cabeza confusa y los pies cansados a pesar de que no había bailado. De modo que, mientras la conversación pasaba del deporte a Viena, nada menos, crucé la calle para acercarme a la fuente de la Medusa llorona y el arrogante Perseo. Y, haciendo algo que sería completamente inaceptable en cualquier otra circunstancia, me quité zapatos y medias y me senté en el borde de la fuente, con los pies en el agua.

Los hombres, distraídos con lo suyo, me siguieron y se quedaron a menos de tres metros de donde yo me había instalado.

Y allí permanecimos, yo chapoteando en la fuente y escuchando el ir y venir de las voces masculinas y moviendo los dedos en el agua. Cuando llegó el momento en que me pareció que mis pies estaban ya lo suficientemente refrescados, me volví y me quedé sentada de cara a ellos.

—Eso fue hace años —estaba diciendo Pierce—. Estuve en Damasco con Jonathan Revel, uno de mis amigos de Estados Unidos.

—Fue precisamente Jonathan quien me habló de su trabajo —fue la réplica de Islington.

Alejé la atención del estudio de mis zapatos abandonados bajo la luz de la luna y la dirigí a la conversación que se estaba desarrollando delante de mí.

—¿Conoce a Jonathan? —preguntó Pierce, a todas luces muy

satisfecho.

—Lo conozco, sí.

—¿Y conoce también a Maggie?

A pesar de la penumbra, vi que la sonrisa de Islington se volvía rígida.

—Sí.

Pierce sonrió.

—Acabo de recibir una carta de Maggie contándome lo bien que están los nuevos potros.

—¿Y ella sigue bien?

—Por supuesto. Si conoce a Maggie… Tiene un ojo excepcional para los buenos caballos. Wins the Day es un semental magnífico para sus establos.

—Estoy de acuerdo —repuso Islington.

Y entonces fue cuando un abanico de luz dorada barrió la calle oscura y el mayordomo de lady Trewartha y un lacayo aparecieron portando, nada más y nada menos, que una bandeja con quesos, pan, pastitas, fruta y una jarra de café recién hecho con tres tazas. Nos sirvieron en silencio mientras les dábamos las gracias. Y acto seguido dejaron la bandeja en una mesita plegable que habían instalado cerca de la fuente y volvieron a casa.

Cualquiera pensaría que ninguno de los tres acababa de disfrutar de una cena de siete platos hacía apenas unas horas. Y la extraña sensación de comodidad que reinaba entre nosotros pasó a concentrarse entonces en enfriar el café y comer lo que más nos apeteciera.

—¿Conoce bien a Maggie? —preguntó por fin Islington exhibiendo de nuevo su tono más cortante.

—Jonathan nos presentó después de que se casaran. ¿Cuánto hará de eso? ¿Tres años? El último invierno pasé unos meses con ellos en California. Y de allí viajamos a Maryland para visitar los establos de caballos de carreras.

—Ah.

—Ah —repetí en voz alta por puro divertimento.

Islington me miró por encima del borde de su taza de café.

—¿Cómo es que conoce a Maggie? —preguntó Pierce.

Mientras bebía un sorbo de café y comía un trozo de queso, vi que Islington calculaba detrás de esa máscara suya tan impenetrable. Y entonces dijo:

—Margaret es mi hermana menor.

A Pierce casi se le cae el café.

Y yo, que jamás había visto a Maggie en mi vida, arqueé ambas cejas.

¡Su hermana!

¿Qué hacía la hermana de un duque casada con un ciudadano estadounidense y criando caballos de carreras en Maryland?

Por la cara que ponía Pierce, deduje que estaría pensando lo mismo.

—Me toma el pelo —dijo riendo.

Islington no dijo nada.

—Jamás me lo habría imaginado.

—No, por supuesto que no. Lo que explicamos es que está en el extranjero y que, ahora que ha terminado sus estudios de arte, se encuentra de gira por Europa con una acompañante adecuadamente mayor.

Pierce soltó una carcajada monosilábica.

—¿Maggie? ¿Dando vueltas por Europa con una solterona? Antes que hacer eso sería capaz de comerse una silla de montar. Está loca por Jonathan.

—Eso me dijo —replicó el duque— cuando me escribió desde Estados Unidos después de fugarse.

Pierce rio a carcajadas de verdad, algo que creo que se vio favorecido por las muchas copas que había consumido a lo largo de la noche.

—¿Y por qué esa historia de que está en el extranjero? —pregunté.

Islington dejó la taza y la servilleta en la bandeja, que habíamos saqueado a conciencia.

—Mi hermana mayor no desea verse envuelta en un escándalo. Maggie solo tiene diecinueve años. En seis meses, conocerá a un estadounidense llamado Jonathan Revel y, con mi permiso, se prometerá en matrimonio con él. Se tomará la decisión de contraer matrimonio en Estados Unidos, puesto que la madre de él está enferma y no se encuentra en condiciones de poder soportar el viaje. Yo estaré tan ocupado con la gestión de mis fincas que me resultará imposible asistir al enlace, pero les enviaré un exquisito servicio de té de plata dándoles mi bendición.

—¡Cielos! —exclamé—. Qué bien elaborado.

—Y todo muy correcto, que es lo que desea por encima de todo mi hermana mayor.

Se hizo el silencio. Pierce apuró su café.

Fue Islington el que primero miró su reloj de bolsillo, y Pierce el que dio por terminada la noche.

—Es tarde —dijo pasándose la mano por el pelo—. ¿Vamos,

Emma?

Islington hizo un gesto de asentimiento y luego nos miró con curiosidad, primero a mí y luego a Pierce.

O eso creo.

Eran casi las dos de la mañana.

Y en una noche solo se puede interpretar un número determinado de expresiones.

Nos despedimos de forma amistosa: un apretón de manos para Pierce, una pausa y, acto seguido, un apretón de manos para mí. Islington echó a andar hacia su casa y Pierce y yo hacia Sterling Street, para bajar luego por la Diagonal.

—Me parece increíble que Maggie sea su hermana —comentó Pierce, divertido, cuando ya estábamos a punto de llegar a casa.

—¿Tan poco se parecen? —pregunté.

—No tengo ni idea, ya que a él solo lo he visto esta noche, pero lo que sí puedo decir es que ella es una persona de carácter férreo. Una mujer que sabe lo que quiere. Capaz de dejar a cualquier hombre sin palabras. La he visto disparar y atravesar un as de corazones montando a caballo.

—¡Dios mío! —no pude evitar exclamar. Francamente, sonaba demasiado mítico para ser real—. Suena como una Forajida del Lejano Oeste.

—Supongo que ha encontrado el lugar al que pertenece.

Nos paramos al llegar delante de Lapis Lazuli.

—Imagino que es lo que todos deseamos —dije.

—¿Humm…? —dijo Pierce en tono interrogativo, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte.

—Encontrar el lugar al que pertenecemos. Es lo que deseamos

todos —dije.

—¿Y usted? ¿Es eso lo que desea?

Creo que me daba miedo plantearme de verdad esa pregunta, ya que toda mi vida he creído que mi lugar estaba aquí. De modo que respondí muy rápidamente:

—Yo lo he encontrado, Pierce. Pertenezco a este lugar, a Lapis Lazuli House. Es un lugar mío por derecho de nacimiento.

—Supongo que puede considerarse afortunada por haberlo encontrado tan pronto.

—Supongo que sí —le confirmé.

Y, antes de que me diera tiempo a preguntarle a Pierce si él había encontrado el lugar al que pertenecía, se pasó una mano por los ojos.

—¿Está abierta su puerta? —preguntó.

—Creo que sí, pero llevo también una llave.

Subí los peldaños, giré el pomo, cedió y abrí la puerta.

—Buenas noches, Emma —dijo Pierce.

—Buenas noches.

Y, sin volver la vista atrás, Pierce desapareció por la puerta de Lapis Lazuli Minor.

No lo he oído al otro lado de la pared, de modo que imagino que se ha parado un momento en su estudio y se ha quedado allí dormido.

Ahora son casi las tres de la mañana y estoy segura de que, cuando se haga de día, pagaré mis transgresiones.

Un final inesperado para un agosto extraño.

Memorable.

Parecían amigos de toda la vida, ¿verdad?

Ay, Dios. Hablando de amigos. Teobaldo acaba de entrar en mi lado de la buhardilla, con las pupilas dilatadas y listo para una noche de cacería de ratones. Abriré la puerta de la buhardilla oeste y lo dejaré suelto para ver qué encuentra. Y, por lo que a mí se refiere, no tengo ningún deseo de cazar otra cosa que no sean mis dulces sueños.

Ojalá los encuentre antes de que amanezca.

BIBLIOTECA PARTICULAR *de* EMMA M. LION
Hasta la fecha

Obras completas de Shakespeare, de William Shakespeare
Ilustradas por Declan Lion

La Sagrada Biblia

Jane Eyre, de Charlotte Brontë
Regalo de la Sociedad Jane Eyre de Fortitude, escuela preparatoria para señoritas

Las comedias de Shakespeare. Íntegras
Regalo de Roland Sutherland

Frases en latín para los impenitentes, de Barclay Stafford
Ganado en la rifa de The Dalliance

Autoconfianza, de Ralph Waldo Emerson
Regalo de Niall Pierce

Ensayos, de Ralph Waldo Emerson
Regalo de Niall Pierce

El significado de las flores
Encontrado en la sala del desayuno

Querido lector:

Por feo que sea leer un diario ajeno, me gustaría darles las gracias a todos aquellos que hicieron posible que hayas empezado a leer el mío.

Gracias a la familia y a los amigos de Beth Brower. Son numerosos y siempre la animan y creen en ella. Lo cual resulta muy agradable. Se siente especialmente agradecida por el tiempo que le han dedicado Caitlin, Jenesse, Kimberly, su madre, su padre, Rose, Alena y Lori; vuestras aportaciones significan mucho para ella.

Gracias, Angie, por escuchar este plan descabellado entre taza y taza de cacao.

En cuanto a Rob… Lo intenta.

Gracias, Tyson Cantrell, por permitir que tu encantador diseño adorne la cubierta de mi diario.

Gracias, Jennifer Lerud. Por tu brillante edición, tu generosidad y tu bondad. Duermo mejor sabiendo que Beth te tiene a su lado.

Gracias, Allysha Unguren, por tu talento y tu sabiduría. Por percatarte de las cosas. Y por tu forma de ser curiosa, singular y peculiar.

Gracias, Ben Unguren, por tantos trucos de magia. Y por limpiarme la máquina de escribir. Y por poner tinta morada en las bobinas. Eres una rara combinación de lo analógico y lo digital en estos tiempos degenerados.

Gracias, Kip. Por hacer posible lo bueno. Y por ser el mejor. Beth será una tonta si algún día deja de valorarte.

Un apunte sobre la osada Beth Brower, quien consideró que mostrar mis diarios al mundo era una buena idea. Vive con el ya mencionado Kip, su marido químico, y su gato, Spy Cat Grey.

A Beth le gustan los aromas cítricos, los libros, las alfombras tejidas a mano y pasear con independencia de la meteorología. Oye canciones sin parar. Está muy apegada a sus seres queridos y necesita ventanas que den luz y paredes en las que colgar obras de arte.

Beth Brower ha escrito los siguientes libros:

The Queen's Gambit
The Ruby Prince
The Wanderer's Mark
The Q
The Beast of Ten
Los diarios de Emma M. Lion

Puede encontrarse más información en su página web y en Instagram.

www.bethbrower.com
@bethbrower

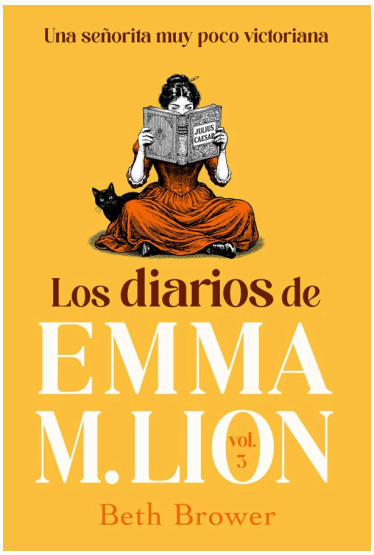
Asimismo es posible suscribirse a su newsletter y leer relatos cortos sobre los personajes de St. Crispian's en Substack.

Beth Brower Scribbles Away
bethbrower.substack.com

Atentamente,

EMMA

«Señor Pierce, ¡un poco de respeto! Llevamos representando esta obra desde hace más de cien años. Y le aseguro que estamos más que a la altura de las circunstancias. ¿Actores aficionados? ¡Para nada! Nuestro humilde vecindario ha matado a César con más efectividad que nadie en el mundo. Y repetidas veces».



En 1883, Emma M. Lion acaba de regresar al barrio en el que se crio, St. Crispian's. Pero sus planes de llevar una vida tranquila y de estudio son saboteados por su excéntrico primo Archibald, su intimidante tía Eugenia y los peculiares habitantes del vecindario.

Armada con su ingenio, su espíritu indomable y su irónico ojo crítico, esta señorita muy poco victoriana da cuenta en sus diarios de su insólita vida en Lapis Lazuli House.

Beth Brower se graduó en Estudios Literarios y durante la escritura de las cuatro primeras novelas de Emma M. Lion trabajó como jardinera profesional. Actualmente se dedica a escribir St. Crispian's Gazette, una publicación online de carácter mensual basada en los personajes de Los diarios de Emma M. Lion, y las novelas que no dejan de golpear las puertas de su mente, porque ninguno de sus personajes tiene la paciencia suficiente para esperar su turno. Vive en Utah con su marido, su gato atigrado y los libros que ocupan todos los rincones de su casa.

Título original: *The Unselected Journals of Emma M. Lion, Vol. 3*

Primera edición: octubre de 2026

© 2020, Beth Brower
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Laura Vidal, por la traducción
© 2026, Isabel Murillo, por la traducción
Mapa: © 2026, Zoë Barker

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño e ilustración original de David Mann para Bloomsbury.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-88163-24-1

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los diarios de Emma M. Lion. Vol. 3

Personas de interés mencionadas con anterioridad

1 de julio

2 de julio

3 de julio

4 de julio

5 de julio

6 de julio

7 de julio

8 de julio

9 de julio

10 de julio

11 de julio

12 de julio

13 de julio

14 de julio

15 de julio

18 de julio

19 de julio

23 de julio

24 de julio

25 de julio

26 de julio

27 de julio

28 de julio

29 de julio

30 de julio

31 de julio

1 de agosto

2 de agosto

3 de agosto

4 de agosto

5 de agosto

6 de agosto

7 de agosto

8 de agosto

9 de agosto

10 de agosto

11 de agosto

12 de agosto

13 de agosto

14 de agosto

15 de agosto

16 de agosto

17 de agosto

18 de agosto

19 de agosto

20 de agosto

21 de agosto

22 de agosto

23 de agosto

24 de agosto

25 de agosto

26 de agosto

28 de agosto

30 de agosto

31 de agosto

Sobre este libro

Sobre Beth Brower

Créditos